
Dossier 33



Más mujeres

Dossier 33

3

Editorial

5

Emily Bell: «Bienvenido a nuestro mundo, Mark Zuckerberg»

Francisco Aravena

10

Cincuenta años de «A sangre fría»

Juan Luis Salinas

16

Babar republicano, Elmer liberal

Santiago Gerchunoff

25

Pablo Ramos:

La ferocidad de las palabras

Francia Fernández

30

Graham Greene en Chile:

Un relato de los lejanos años setenta

Claudio Bravo Herrera

39

Vitrina: Los expedientes de Filebo

Cecilia García-Huidobro MCA.

Dossier: Más mujeres

45

Herencia

Larissa Contreras

51

Croquis: La cruzada de la leche

Margarita García Robayo

59

Trashumancia: El poema que se escribe caminando

María Sánchez

63

Las preguntas de Fernanda:

Ser mujer en la Bolivia del siglo XXI

Magela Baudoin

68

Cuatro columnas

*Eileen Truax, María José Navia,
Ana María Stuvan y Sol Lauría*

72

El spot: Dejen de golpearnos

Carmen Gloria López

74

¿Qué estás leyendo?

*María Sonia Cristoff, Alejandra Costamagna,
Nona Fernández, Natalia Cisterna, Cristina Vega,
Alia Trabucco, María Lucía Miranda y Andrea Palet*

Revista Dossier N°33
Diciembre de 2016
Publicación cuatrimestral

Facultad de Comunicación y Letras

Vergara 240, Santiago de Chile, 8370067
Teléfono: 2 676 2000
revista.dossier@mail.udp.cl

Directora

Cecilia García-Huidobro McA.

Editores

Andrea Palet y Javier Ortega

Consejo editorial

Carlos Aldunate
Álvaro Bisama
Javier Cercas
Alejandra Costamagna
Leila Guerriero
Rafael Gumucio
Andrea Insunza
Cristián Leporati
Julio Ortega
Rodrigo Rojas
Alejandro Zambra

Asistente editorial

Cristina Varas

Diseño

Rioseco & Gaggero

Fotografía

Página 4: Karin Pozo
Página 25: Paul Jaulin / Santiago Williams
Página 59: © 2011 The Royal Society

«La cruzada de la leche» apareció originalmente en la revista *Piauí*.

«El poema que se escribe caminando» se publicó en el diario *El Español* de Madrid.

Puntos de venta: Librerías Lea+ (Gam), Lolita, Metales
Pesados Alameda, Catalonia, Takk, Qué Leo Pedro de Valdivia,
Qué Leo Ñuñoa, Mar del Libro (Valparaíso).

Impreso en A Impresores
ISSN: 0718-3011
Inscripción en el registro de propiedad intelectual N° 152.546

Ocurre en las reuniones de pauta de diarios y revistas, en la radio, en la televisión, en medios digitales, en todas partes. Muy posiblemente ocurra en la mayoría de los casos; cada vez menos, esperamos, pero aun así en la mayoría. En estas reuniones en que el equipo editorial discute y decide de qué se va a escribir, o qué se va a comunicar, y quién va a hacerlo, y a quién se va a entrevistar para hacerlo, cuando hay que proponer nombres de escritores, periodistas, críticos, columnistas, entrevistados y colaboradores invitados para cada número, sin querer, sin pensar, y sin importar los contenidos que se vaya a cubrir, lo que surge en una primera ronda es una lista en la que hay muchos más nombres masculinos que femeninos.

¿Por qué? No porque haya escasez de mujeres que escriben, opinan y reportean, ni por política editorial en los medios que consumimos en general, en las librerías, en la prensa diaria, en la actividad cultural. Más bien por un atajo mental, por algo parecido a lo que los psicólogos cognitivos llaman sesgo de disponibilidad: lo que primero se nos viene a la mente es lo que tenemos más a mano, las categorías más numerosas, los casos más inmediatos, los nombres que hemos visto u oído recientemente. Y esos nombres, esas firmas, serán de hombres en su mayor parte porque, como dice la historiadora Ana María Stuenkel en este número, «[d]espués de un siglo de crítica feminista, la figura del macho continúa siendo la que domina la manada». Por si quisiéramos reforzar esa verdad evidente, no hay más que seguir el tumblr chileno Panel de Hombres, que se dedica a documentar –de un modo muy simple y eficaz: con fotos– la recurrencia de actividades oficiales o congresos, conferencias y eventos políticos o culturales en que todos los expertos invitados son hombres.

De esta forma se perpetúa el círculo vicioso: por restricciones de tiempo y recursos, y porque la mente es muy sensible a los atajos, esa lista provisoria de autores por contactar muchas veces es la que queda, y así nuevamente vuelve a girar la rueda invisible. Sin embargo, esta vez en *Dossier*, en busca de nuevas voces, decidimos resistir el tirón de la inercia y llamar a más mujeres, más, muchas más que lo habitual, forzándonos hasta que se nos haga costumbre. Escritoras y periodistas de Bolivia, Colombia, México, Argentina y Chile, y una veterinaria española que escribe poemas mientras cuida un rebaño de ovejas: todas están aquí mismo, y todas, por supuesto, son capaces de escribir sobre cualquier cosa. Si se reitera en este número el tema de la violencia machista es porque está en el aire, porque es «el reverbero flotando en el aire después de un gran impacto», como dice Sol Lauría; porque poco a poco una tarea de décadas comienza a hacer mella. Si queremos más mujeres, mujeres visibles, opinantes y diversas, en lo que nos toca no hay otro camino: empecemos por llamarlas a escribir.



Emily Bell

«Bienvenido a nuestro mundo,
Mark Zuckerberg»

Francisco Aravena

Emily Bell puede contarse entre aquellas personas en los medios de comunicación que, cuando empezaba el siglo, supo leer hacia dónde estaba mutando un negocio que básicamente no había cambiado en cien años. La periodista británica había sido reclutada por el diario *The Guardian* y se hizo cargo de la exitosa puesta en línea de una de las instituciones de la prensa inglesa. Y lo hizo con métodos que se transformarían en fórmula pero que en ese entonces no pasaban de ser apuestas audaces: desde rankings y galerías de fotos hasta una sección de citas (*Guardian Soulmates*).

Como académica, a cargo desde 2010 del Tow Center for Digital Journalism en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, no solo ha seguido la pista del cambiante paisaje digital, sino que ha visto venir lo que de algún modo es un tsunami en cámara lenta, que derriba a su paso los cimientos del modelo de negocios de los medios tradicionales y también muchos de los fundamentos básicos de la producción periodística.

A fines de junio de 2016, cuando el referéndum del Brexit tomó por sorpresa al mundo occidental, Emily Bell tomó nota sobre las fallas que el periodismo británico evidenció al dar cuenta de ese fenómeno. Unos meses después, estaría trazando paralelos con un suceso

aun más sorprendente: la elección de Donald Trump como Presidente de Estados Unidos y una campaña electoral que fue, por decir lo menos, extraordinaria.

Invitada por el Columbia Global Center de Santiago y la Escuela de Periodismo de la UDP, vino a Chile apenas una semana después del triunfo de Donald Trump, lo que dio aun mayor relevancia a su charla «Cómo salvar al periodismo (y a la democracia) de Facebook». Fue una semana en la que, mientras los medios tradicionales y los especialistas en encuestas y modelos predictivos hacían sus mea culpa y trataban de determinar qué estuvo mal en su cobertura, desde Google y Facebook comenzaban a lidiar con la evidencia del gran tráfico de noticias falsas que circularon en sus plataformas, cuyo efecto político es difícil de medir.

–En el Tow Center estudian cómo el entorno digital impacta al periodismo y los medios. ¿Qué es lo más desafiante de entender, lo que más cuesta abarcar como fenómeno?

–Creo que lo más desafiante es esta idea de que estamos pasando de un ciclo de producción fijo y predecible en el periodismo hacia un mundo donde todo lo que sustenta el reporte, la producción, la entrega y las ganancias económicas en el periodismo está en un constante estado de cambio. Creo que es fácil entender

eso intelectualmente, pero cuando miras las áreas que están siendo guiadas por la tecnología —y el periodismo es ahora un área guiada por la tecnología— te das cuenta de que tenemos mucho conocimiento sobre lo que sostiene este mundo, pero también necesitamos constantemente aprender y adaptarnos y cambiar..., y no hay necesariamente un destino. Caracterizamos la transformación digital como solo eso: comienzas en un lugar, cambias y terminas en otro lugar. Y cuando miras lo que realmente implica trabajar con un mundo de tecnologías en red, ves que no hay un destino, hay solo procesos que siempre cambiarán. En cierta forma, eso ha sido lo más difícil de comprender realmente para cualquiera que practica o que teoriza sobre un campo que en el fondo no había cambiado mucho en cien años.

—¿Cree que a la gente que no trabaja en medios debería importarles esto? ¿Por qué?

—Tengo que creer, porque he pasado mi vida como periodista y ahora enseño a periodistas, que el periodismo importa. Escribí un informe hace un par de años con Clay Shirky y Chris Anderson, «Periodismo posindustrial», y uno de los mensajes principales en él es que el periodismo importa. Por un tiempo se sintió, quizás en el período de 2000 a 2005, que simplemente iba a ser reemplazado por montones de datos y herramientas y por una comunidad de ciudadanos comprometidos. Entonces el periodismo parecía solo un impedimento en el camino de la gente que andaba buscando las historias que quería encontrar. Eso no pasó, por supuesto. Lo que pasó es que los sistemas de poder se han vuelto más complicados, se mueven más rápido, son más oscuros, menos comprensibles. La necesidad de contexto, de búsqueda y contextualización de la información en tiempo real ha crecido. Y el periodismo es aún el mejor mecanismo para descubrir, explicar y distribuir esos descubrimientos y explicaciones. Eso no significa que funcione todo el tiempo, a veces falla, y creo que también estamos empezando a estar menos a la defensiva sobre por qué el periodismo falla, más abiertos de mente respecto de cómo repararlo. A la gente debería importarles porque vemos lo que pasa cuando no hay periodismo. Sabemos lo que pasa cuando no sometemos al poder a la revisión de su responsabilidad, y no hemos encontrado todavía un mecanismo que funcione mejor para eso que el periodismo.

—Tras estas elecciones presidenciales en Estados Unidos ha habido mucha repartición de culpas y acusaciones a la prensa. Pero en cierto sentido también podría significar una reivindicación del periodismo...

—Creo que el hecho de que ambas cosas puedan ser simultáneamente verdad, que el periodismo en algunas partes haya sido reivindicado y en otras recriminado o se le haya apuntado como un fracaso, en cierto modo ilustra una verdad fundamental: que ya no estamos hablando de algo llamado «la prensa» dirigiéndose a algo llamado «el público». Tomando la idea de que ha sido un fracaso, los periodistas han fallado; los consumidores que ponen atención a las noticias sienten que no sabían que Donald Trump iba a ganar las elecciones. El mismo Trump no sabía que iba a ganar. Creo que hubo una falla sistémica de todo tipo de ciencia predictiva. El periodismo falló, las encuestas fallaron, las ciencias sociales andaban perdidas. Tuvimos una experiencia muy similar en Gran Bretaña con el Brexit, y a veces se necesita una serie de eventos impactantes. Sea cual sea el lado del espectro político en que estés, la elección de Donald Trump fue impactante, un shock para la izquierda y la derecha. Pero puedes tomar esos momentos como una manera de aclarar cosas que probablemente venían sucediendo desde hacía algún tiempo, y que no habíamos tenido ocasión de notar.

Y en cuanto a la reivindicación del periodismo, creo que a veces olvidamos que en medio de toda la recriminación y la política sucia de esta campaña también vimos algunas piezas extraordinarias, buen periodismo de investigación. Leí una gran cantidad de material con un reporte muy profundo, muy informativo sobre rincones de Estados Unidos que yo, alguien que vive en Nueva York, no entiendo realmente, aun cuando haya pasado por ahí. Y siento que tengo una mejor comprensión del país gracias a los periodistas. Creo que el hecho de que mucha gente sienta que lo que estaba pasando no estuvo bien representado es un problema para los medios. Y es un problema cívico, también. Y si miras la manera en que se cubrió esta elección, sabiendo lo que pasó, verás que las noticias locales en muchas partes de Estados Unidos ya no existen de la manera en que antes existían, y que el reporte nacional e internacional aún está bastante bien provisto. Entonces tienes una cobertura eterna de los candidatos y sus políticas, pero la

cobertura del electorado estuvo muy desfasada. Normalmente para eso habrías contado con una cobertura acuciosa por parte de medios locales de calidad, que son los que ayudaban a los medios nacionales a entender, reportando en la calle. Y eso simplemente se perdió.

—¿Qué lecciones aprendidas por la prensa británica con el Brexit cree que la prensa estadounidense está aprendiendo ahora, tras la elección de Trump?

—Hay tantos paralelos. Incluso considerando que la estructura de la prensa es tan distinta en Estados Unidos y Reino Unido, la lección fundamental es la misma: tienes que estar atento al sesgo de confirmación. No hay sustituto a salir a preguntarle a la gente; digan lo que digan los números, son solo una guía para ayudarte a reportar. El término «la elite de los medios» lo considero problemático porque creo que lo que se quiere decir con eso es «estas son personas que no viven la vida como nosotros; la gente de los medios tiene buenas vidas en las grandes ciudades y están divorciados de la realidad». Hasta cierto punto es cierto, pero hay también acá una lección en cuanto a prioridades, en cómo entendemos las prioridades editoriales. Es indudablemente el caso, si trabajas en medios nacionales o internacionales, que las prioridades que nosotros como editores pensamos que son importantes, y de lo que hablamos eternamente, como el cambio climático, las migraciones y los desplazados, estos grandes problemas de largo plazo, no son la prioridad de la gente que vive una vida corriente en lo que en Estados Unidos se llama el Rust Belt, el cinturón industrial «oxidado», o en áreas del Reino Unido que no se han beneficiado con la globalización. La manera en que la elite y los grandes medios han pensado los problemas ha sido a través de un lente completamente diferente al del común de las personas.

Los medios no crean todas estas agendas, a menudo las siguen o adoptan. Y es un espejo de lo que está pasando en política: los políticos, particularmente en Estados Unidos, se han involucrado mucho en problemas globales, en asuntos muy ligados a la política exterior del país, en conflictos en otras partes del mundo. Eso es muy distinto de los problemas para pagar las hipotecas, o de cómo alguien que tiene 55 años y ha trabajado en una fábrica toda la vida va a encontrar otro trabajo. Creo que hemos

aprendido una lección no solo sobre ser «elite»; es casi como ver que es un set de prioridades completamente distinto. Y, de nuevo, ahí es donde la estructura de la prensa no ayuda mucho, porque tienes una pieza que te falta: la que se ocupa de esas partes de la audiencia. Porque no significa que estas grandes preocupaciones globales no sean legítimas, sino que no son urgentes para muchas de las personas que están leyendo las noticias.

—En estos días hemos visto muchas noticias sobre Facebook o desde Facebook sobre el papel que esa compañía tuvo en las elecciones presidenciales estadounidenses. ¿Diría que este momento está marcando un hito para Facebook como un medio, una definición que ellos evitan?

—Sí. Creo que hemos llegado exactamente a ese punto, esto es un hito para Facebook. Algunos hemos estado desde hace tiempo bastante atentos al fenómeno: Facebook ha tomado algunas de las funciones que solían estar a cargo de la prensa. Cobra por avisos publicitarios, suma audiencias, tiene herramientas de publicación..., lo que no hace es decidir exactamente cuáles son las noticias, ni editarlas ni encargarlas a periodistas. Y eso ha permitido que Mark Zuckerberg, por motivos comerciales muy comprensibles, sostenga que Facebook es una plataforma neutral, que no está realmente involucrada en los medios, que no es un medio, es una compañía tecnológica. Pero Zuckerberg está aprendiendo una lección muy importante, que quienes trabajamos en la prensa sabemos desde antes: no puedes elegir tu propia narrativa. Puedes promoverla y puedes mostrar tus argumentos, pero cuando el tribunal de la opinión pública o simplemente el ánimo público cambia en cierto sentido u otro, la verdad es que no importa cuáles son tus definiciones: va a recaer en ti la culpa, la responsabilidad o incluso el crédito, de una manera que no habías previsto.

Creo que es perfectamente lógico que Facebook, que es una compañía dotada de los ingenieros más brillantes del mundo, piense en sí misma como una compañía tecnológica. Pero con todos esos ingenieros brillantes se ha transformado en el poder editorial de facto en gran parte del mundo libre. Es el portal a través del cual cerca de la mitad de los estadounidenses obtiene algunas o todas las noticias diariamente. Y su diseño, y las cosas que permite en su

Emily Bell lleva años advirtiendo sobre el cambio de poder que ha significado la irrupción de Facebook como fuente de información para millones de personas. Tras controversias como las noticias falsas en el ciclo electoral estadounidense, hoy ve un hito en una definición que la compañía evita: que Facebook es una compañía de medios. «Zuckerberg está aprendiendo una lección muy importante, que quienes trabajamos en la prensa sabemos desde hace un tiempo: no puedes elegir tu propia narrativa».

plataforma, su modelo de negocios, son ahora un elemento muy importante en el proceso democrático. Entiendo por qué una compañía compuesta por ingenieros puede sentirse muy incómoda con eso: te impone un montón de responsabilidades costosas, y muchas cosas están en un área gris, algo con lo que las compañías tecnológicas no se sienten cómodas. En cambio la ambigüedad es algo de lo que el periodismo se nutre, amamos la ambigüedad porque nos da la oportunidad de explicarla, y porque significa que allí hay una historia. Pero en ingeniería la ambigüedad significa que algo no está funcionando. Las cosas o están bien o están mal. De modo que entiendo que Mark Zuckerberg no quiera, o no cree que sea su rol, tomar decisiones editoriales. Pero no tiene opción.

Y sobre el tema de las noticias falsas, no sé si afectaron la elección, sospecho que probablemente no tuvieron un gran impacto, pero son sintomáticas de algo que es profundamente problemático. Es la empresa de medios más grande de Estados Unidos y una de las más grandes del mundo. Si tienes una empresa de medios que gana dinero vendiendo avisos y distribuyendo contenido, literalmente no te importa o no actuarás sobre las noticias que no son verdad, que podrían inspirar a algunas personas a votar de algún modo en particular o a congregarse en torno de ciertas visiones. Pero esa es

una responsabilidad y tienes que estar a la altura. Y hemos visto el cambio en cómo la gente habla de Google y de Facebook en las últimas semanas. El llamado a la responsabilidad de esas compañías ahora creo que es más notorio que en cualquier otro momento que pueda recordar. Y ellos mismos han cambiado de postura, desde decir «mira, si no es tan importante, no es gran cosa, por qué tanto alboroto» a «debemos hacernos cargo de esto». Bueno, bienvenido a nuestro mundo, Mark Zuckerberg, un mundo donde hay que ser reflexivos en torno a la agenda noticiosa y a la realidad política.

—¿Cree que las anteriores controversias en torno al criterio editorial de Facebook o la falta de él tienen un impacto sobre cómo están lidiando con el tema hoy?

—Sí. Creo que ha sido una historia en construcción desde hace algún tiempo. Hace dos años en el Tow Center empezamos a hablar de un cambio en el control desde las empresas de medios, y en particular organizaciones periodísticas, hacia las plataformas. Pero no era algo que se discutiera ampliamente. Ahora, dada la masividad del uso de Facebook y de las plataformas sociales como canal primario de noticias, la pregunta sobre cómo las noticias llegan a ti se volvió de interés. Y está aquello de «esto es un algoritmo», esa noción de que todo está mecanizado;

bueno, un algoritmo es un mecanismo de clasificación que detecta patrones, y está diseñado por personas. De modo que no solo ha sido una oportunidad de educarnos sobre la función de Facebook, ha sido una oportunidad de educación pública acerca de cómo funciona el mundo hoy. Aquellos conceptos que eran aún muy abstractos para la mayoría de la gente –pensar en cómo un algoritmo complejo revisa miles de millones de piezas de data todos los días y entrega resultados personalizados, diferentes– se han transformado en algo muy real.

Hay dos momentos importantes relacionados con esta controversia actual. Uno fue la polémica en torno a sus Trending Topics, que no es una página que mucha gente vea porque en general no es una página que sea útil. Tengo una estudiante que trabajó en Facebook como curadora de noticias, y me hizo entender que era muy claro que lo que hacían era tratar de destacar más las cosas que parecían útiles e interesantes y suprimir aquellas cosas falsas e inútiles. Pero un ex empleado en esa función dijo «nos instruyeron que suprimiéramos noticias de websites de derecha», y se desató un infierno. Mark Zuckerberg tuvo que hacer una reunión con sitios de derecha como el sitio de Glenn Beck [The Blaze], con Breitbart, etcétera, para decir «no tenemos sesgo, y para probarlo vamos a despedir a todos nuestros editores humanos y lo vamos a dejar todo en manos de un algoritmo». Esa es una solución terrible. Estás cediendo a la presión sin explicar que los algoritmos también tienen prejuicios incorporados, que vienen de decisiones humanas.

Ese fue el primer antecedente. El segundo fue la remoción de una fotografía de la página de Facebook de un editor noruego, una foto de la muy famosa «niña napalm», de la guerra de Vietnam. Facebook dijo que violaba sus términos de uso porque era un desnudo infantil. Fue removida de la página por eso, y los noruegos apelaron, diciendo que esto no es pornografía infantil, esto es una imagen muy importante, icónica, que nos dice algo sobre nuestro pasado y sobre un conflicto. En dos días Facebook revirtió la decisión diciendo algo como «ahora podemos entender por qué es importante y debemos permitirla», de modo que sabemos que Facebook sí está tomando decisiones editoriales todo el tiempo. Y cada vez que dice «no lo hacemos» y hay una gran polémica, tiene que

actuar como un editor humano. El periodismo se trata de estos casos difíciles, totalmente, ¿verdad? Todo el tiempo estamos decidiendo lo que publicamos y lo que no publicamos. Y Facebook piensa que si publica todo eso lo convierte en neutral, pero por supuesto no es así.

Francisco Aravena es periodista. En 2015 publicó la novela *La vida eterna de Phineas Gage*.

Cincuenta años
de *A sangre fría*
Juan Luis Salinas



Hace cincuenta años Truman Capote estaba en la cima.

Hace cincuenta años Truman Capote se apoderó de Estados Unidos: lo entrevistaban en todas las revistas, era un infaltable en las principales reuniones sociales neoyorquinas y los programas de televisión no paraban de llamarlo.

Hace cincuenta años, durante los doce meses de 1966, fue una figura omnipresente que inquietaba y seducía con su cara de niño viejo, su vocecita de grillo desafinado, sus grandilocuentes ademanes de paloma y sus comentarios mordaces como graznidos de cuervo.

Hace cincuenta años, en la sonrisa de Truman ya se dibujaba ese inquietante gesto de satisfacción de quienes lo han conseguido todo, pero que más pronto que tarde empiezan a marearse con la altura.

Hace cincuenta años Truman Capote, quien había cumplido cuarenta y dos y desde hacía dos décadas era un escritor reconocido, tocaba el cielo, y luego, repentinamente, sin aviso, comenzó a caer.

Exhibicionismo a la Capote

La tragedia de Truman tuvo un punto de partida: *A sangre fría*.

Aunque la obra ya había aparecido por entregas durante diciembre de 1965 en *The New Yorker*, la lanzó en formato de libro en enero de 1966. Según sus propias palabras, era la primera «novela sin ficción», la historia del asesinato de una familia en un pequeño pueblo de Kansas, que Capote investigó «en profundidad» y se demoró cinco años en escribir.

El libro fue un fenómeno editorial de inmediato y sirvió para complacer los febriles deseos de trascendencia y reconocimiento de su autor, tal como lo había soñado desde que era un muchacho en la era de la Depresión en Monroeville, Alabama, donde vivió unos años con unas viejas tías maternas. Un niño tímido y amanerado que escribía en sus cuadernos escolares la palabra «aspiro», que se transformaría en su mantra.

Semanas antes de que *A sangre fría* llegara a las librerías, Capote acaparó las portadas de *Newsweek*, *Saturday Review*, *Book Week* y *New York Times Book Review*. La revista *Lifé* le dedicaba un reportaje de dieciocho páginas, hasta entonces el más extenso sobre un escritor, y promocionaba esta edición noticiosa con un anuncio en Times Square que repetía el nombre

del libro y la imagen de Capote. En marzo, en un especial televisivo, mostraba su nuevo departamento en la Quinta Avenida, en el piso 22 del edificio de moda en Nueva York. Se jactaba de sus nuevas posesiones y en un acto de rampante exhibicionismo, ofreció ostras a la reportera: «Puede faltar la leche, pero nunca las ostras», le dijo.

En esa fecha también anunciaba que *A sangre fría* sería adaptada al cine por Richard Brooks; un poco antes Otto Preminger le había roto una botella en la cabeza al agente literario Irving Lazar —quien negociaba los derechos de la novela— porque no había aceptado su oferta.

En abril Truman conversaba para la revista *Glamour* con Gloria Steinem, la futura líder feminista, sobre las implicancias literarias de su libro, pero en realidad chismorreaba sobre su vida en Nueva York, una ciudad donde solo podía estar un tiempo, ver amigos, ir a fiestas, aunque él necesitaba viajar, decía. En mayo volvía a Kansas para leer su texto frente a una audiencia de más de tres mil estudiantes de la Universidad Estatal, en Lawrence, cuyo periódico estudiantil lo proclamaba el «león de la literatura estadounidense». En julio recorría Inglaterra y París para promocionar su libro. Por esa época se estrenaba el documental *With Love from Truman* de los hermanos Maysles, en el que él hablaba de sus logros literarios mientras recorría su casa de verano en Long Island.

A fines de agosto anunció que realizaría el evento social de la época en Nueva York, una fiesta de máscaras que bautizó como el Black and White Ball, que el 28 de noviembre de 1966 reunió a más de quinientos invitados en el salón del Plaza Hotel y dio material a la prensa para varios meses. Este baile en blanco y negro tenía dos razones oficiales. La primera era celebrar *A sangre fría*, que vendió cincuenta mil ejemplares semanales durante los primeros cuatro meses, estuvo en la cabeza de la lista de superventas por veinte semanas y fue traducido a más de veinticinco idiomas. La segunda razón era homenajear a su amiga Katharine Graham, heredera del grupo editorial que publicaba *The Washington Post* y la revista *Newsweek*. Pero había también otras motivaciones. Capote despuntaba en la escena literaria y se perfilaba como el rey de la vida social, pero no conquistaba el respeto de los intelectuales. Según Gerald Clarke —autor de *Truman Capote: La biografía*—, el

Capote confiaba en su memoria (decía que era «prodigiosa») y no grabó ninguna de las centenas de entrevistas hechas. Tampoco tomó notas. Tenía la convicción de que una libreta de apuntes o una grabadora inhibían la espontaneidad. La gente solo se mostraba tal cual era en conversaciones aparentemente casuales, aseguraba.

escritor estaba convencido de que ganaría el Pulitzer y el National Book Award, los principales premios literarios de Estados Unidos, pero eso no ocurrió. A modo de justificación, Capote hizo circular el rumor de que uno de los miembros del jurado del National Book Award había dicho que se debía premiar libros menos comerciales que *A sangre fría*. Decepcionado, refunfuñaba: «Este libro me ha raspado hasta el tuétano de los huesos». La fiesta era su venganza, su modo de brillar más: no habría recibido los premios, pero con este baile demostraría su inapelable influencia.

Una novela real

En todas las entrevistas aseguraba que *A sangre fría* instalaba un nuevo género literario. Las casi cuatrocientas páginas del libro, en efecto, pueden entenderse como un híbrido entre la investigación periodística y la creación literaria. Su *non-fiction novel* era un relato minucioso sobre un hecho real, elaborado con técnicas periodísticas pero narrado con herramientas de la ficción. «No escogí ese tema porque me interesaría mucho. Fue porque quería escribir lo que yo denominaba una novela real, un libro que se leyera exactamente igual que una novela, solo que cada palabra de él fuese rigurosamente cierta», explicaría al periodista Lawrence Grobel, autor de *Conversaciones íntimas con Truman Capote*. No todos estuvieron de acuerdo. La «novela sin ficción» de Capote dividió a críticos y a novelistas: algunos sostenían que había llegado a transformar el sello de la novela popular y a elevar el realismo periodístico al nivel del arte. Otros notaron una contradicción en el término recién acuñado. Norman Mailer dijo que una

novela de no ficción sonaba como «recetar un remedio para una enfermedad sin nombre».

Aunque a Chile el libro llegó oficialmente un par de años después, el domingo 18 de diciembre de 1966 Alone publicó en *El Mercurio* una crónica sobre Truman Capote. El crítico literario local más famoso de su época se basó en un reportaje sobre el escritor que había leído en *Nouvelles Littéraires* (no sabemos si leyó el libro, no lo dice ni hace citas directas de él) y le dio su bendición: «... su actitud seria, su rigurosa observación, su paso decidido y firme le confieren un título que, realmente, no le parecía destinado: el de un excelente modelo para aprender a escribir».

Pero Alone fue más una excepción que la regla. Capote sabía que no despertaba simpatías entre los academicistas. En una entrevista posterior con Eric Noden para la revista *Playboy* dijo: «Nunca me preocupó toda esa gente de pelo canoso con sus monótonas publicaciones trimestrales (...) el estamento literario no gustaba ni de mis excentricidades ni de mi amaneramiento, y consideraba que recibía demasiada publicidad para ser un escritor serio».

Pero no era cierto que no le preocupara. Su ira no tuvo límites cuando en 1968 Norman Mailer ganó el Pulitzer y el National Book Award por *Los ejércitos de la noche*, una novela —de «no ficción»— sobre su participación en las protestas contra la guerra de Vietnam. Para peor, el título completo de la novela de Mailer era *Los ejércitos de la noche. La historia como novela, la novela como historia*. Truman dijo entonces: «Yo hago algo innovador y premian a alguien que dijo que lo que yo hacía no tenía sentido, pero después se sienta y escribe un gran fraude (...) Cogió todo

lo que había hecho yo, todo mi arduo trabajo y mis experimentos y los copió».

Hacia Holcomb

Fue una noticia menor en el *New York Times* del 16 de noviembre de 1959, que decía: «Rico agricultor y tres miembros de su familia asesinados». Las 278 palabras que conformaban el texto relataban la muerte de un granjero acomodado, su mujer y dos hijos al interior de su casa, en un pueblo llamado Holcomb, en Kansas. La nota decía que Herbert Clutter, su mujer Bonnie y sus hijos menores Nancy y Kenyon (de dieciséis y quince años) habían sido amarrados y acribillados con disparos de escopeta. Los autores: desconocidos. El móvil: sin móvil aparente.

Esas muertes en un punto perdido del mapa de Estados Unidos no resultaban impactantes para los neoyorquinos. Pero Truman Capote pidió una reunión con William Shawn, editor de *The New Yorker*, quien aceptó su propuesta de hacer un reportaje para su revista. A mediados de diciembre de 1959 tomó un tren rumbo a Kansas. No iba solo, se resistía a hacerlo. El lugar del crimen le parecía tan lejano y desconocido «como las estepas de Rusia». Le pidió a Nelle Harper Lee, la autora del clásico estadounidense *Matar a un ruiseñor*, que lo acompañara. Se conocían desde la infancia en Monroeville.¹ Llegaron a Holcomb un mes y un día después del asesinato de los Clutter, y la primera impresión del escritor fue de desazón: jamás se habría detenido en ese pueblo solitario y rodeado de campos de trigo, que al inicio de la novela nombraría como «allá».

El pueblo, que ya tenía decoraciones navideñas, había perdido su antigua tranquilidad. El crimen había impuesto el miedo y la hostilidad. Por la noche sus habitantes dejaban las puertas trancadas y las luces encendidas, y muchos dormían con escopetas al lado de la cama. Algunos pensaban que el asesino podía ser uno de sus vecinos. También temían a los extraños. Y Truman lo era en demasía. Para la gente del pueblo ese hombre de modales delicados, voz de niño y ropa extravagante era lo más cercano a un extraterrestre que hubieran visto en esas llanuras.

1 Tiempo después se acabaría esa amistad, porque el escritor llegó a sugerir que *Matar a un ruiseñor* era, en parte, suya. Que no solo había inspirado a uno de los niños protagonistas sino que había escrito algunos párrafos o hecho cambios en el original. Su relación se resintió de tal modo que jamás volvieron a dirigirse la palabra, al menos públicamente.

En un reportaje publicado en *Esquire*, Alvin Dewey —el agente federal a cargo de la investigación, que luego se convertiría en su amigo— comentó: «La primera vez que lo vi fue en el tribunal de Garden City [la ciudad más cercana]. Llevaba un sombrero, un saco de piel de oveja y una bufanda muy larga y angosta que caía hasta el piso. Nunca había visto un reportero que se vistiera así». Pero Dewey entró en confianza cuando su mujer invitó a comer a los dos escritores; esa noche Capote utilizó el encanto que lo había hecho famoso en la escena social neoyorquina. Así las puertas se le abrieron en Holcomb.

Durante dos meses Capote y Lee conversaron con amigos y familiares de los Clutter. Revisaron las fotografías de la escena del crimen, examinaron la casa de la familia y reunieron miles de páginas de apuntes. El detective Dewey incluso les consiguió algunas entrevistas con personas que se habían negado a hablar, y les facilitó el diario de Nancy Clutter, la adolescente asesinada.

Capote confiaba en su memoria (decía que era «prodigiosa») y no grabó ninguna de las centenas de entrevistas hechas. Tampoco tomó notas. Tenía la convicción de que una libreta de apuntes o una grabadora inhibían la espontaneidad. La gente solo se mostraba tal cual era en conversaciones aparentemente casuales, aseguraba. Apenas terminaban una entrevista, Truman y Nelle, como él la llamaba, se iban a un café o al hotel para transcribir lo escuchado. Si tenían dudas, regresaban a corroborarlo todas las veces que fuera necesario. Meses antes de que la serie de reportajes se publicara, *The New Yorker* designó a un encargado para que verificara cada detalle de lo escrito. Al terminar, dijo que Capote era el más preciso de todos los escritores con los que había trabajado.²

El periodista George Plimpton, quien entrevistó profusamente al escritor, bromeaba sobre la fidelidad de su memoria: «A veces me decía que recordaba el 96% de las conversaciones, y

2 La nota inicial de *A sangre fría* señala: «Todos los materiales de este libro que no derivan de mis propias observaciones han sido tomados de archivos oficiales o son resultado de entrevistas con personas directamente afectadas». Desde su publicación y hasta ahora, académicos y periodistas han buscado errores o inexactitudes. Algunas inexactitudes eran menores, como el precio de venta de un caballo o su utilidad (182,50 dólares por un caballo que iba a usarse para cría frente a los 75 que escribe Capote por un caballo para el arado), pero otras eran centrales, como declaraciones supuestamente textuales de los acusados que diferían sustancialmente de las reales.

otras me aseguraba que era el 94%. Podía recordarlo todo, pero nunca se acordaba de la cifra exacta que me decía».

Según contó entre otros Mary Lou Aswell, redactora en jefe de la sección de literatura de *Harper's Bazaar* y una de sus primeras protectoras, con Capote era difícil saber dónde terminaba la verdad y dónde comenzaba la ficción. Su amiga Joanne Carson, en cuya casa murió, decía: «En la mente de Truman él no miente, presenta las cosas como debieron haber sido».

Pesadillas

La noche del 30 de diciembre dos hombres fueron arrestados en Las Vegas como los culpables de la muerte de los Clutter. Fue el comienzo de las complicaciones para Capote. El reportaje estaba pensado como un relato breve sobre el miedo de un poblado tranquilo frente a un crimen, pero tuvo que hacer un giro. Ahora tenía que reconstruir las vidas de Hickock y Smith con la misma laboriosidad con que había investigado a las víctimas y sus vecinos.

El primer contacto con los asesinos fue cuando comparecieron ante el juez. Allí estaba Truman Capote, frente al juzgado del condado para ver la llegada de Dick Hickock y Perry Smith. Ahí se obsesionó. Especialmente con Perry Smith, a quien vio como un doble opuesto, como su *doppelgänger*: los dos eran de baja estatura (Perry por un accidente) y habían crecido en familias disfuncionales (padres ausentes, madres alcohólicas y hogares extraños). Más tarde, después de largas entrevistas, el escritor vio en Smith una sensibilidad artística: el acusado decía que devoraba libros, hacía listas de palabras para aumentar su vocabulario y escribía poemas. Capote llegó a sentirse tan identificado con Smith que dijo: «Es como si Perry y yo hubiéramos crecido

en la misma casa, pero yo salí por la puerta de enfrente y él por la puerta de atrás».

Consiguió un permiso especial para visitarlos. Durante la escritura del libro Truman y su pareja, el escritor Jack Dunphy, repartían su tiempo entre el pueblo de Palamós, en la Costa Brava española, y Verbier, en Suiza. Desde allí Capote enviaba una carta semanal a Hickock y Smith, pero su atención estaba en Perry: le envió un diccionario para que escribiera sus cartas y un retrato con su nuevo perro bulldog. Esta relación –siempre se ha dicho que el escritor se enamoró del asesino, pero es una interpretación entre tantas– puso a Capote en una encrucijada. A finales de 1962 ya tenía las tres cuartas partes del libro escrito, pero las apelaciones y los cambios en la fecha de la sentencia –que finalmente fue pena de muerte– le impedían terminarlo. Vivía en la ambivalencia: se sentía culpable por los condenados, pero asumía que tenían que morir en la horca.

Era el único final posible para su libro.

Pasaron cinco años antes de que la ejecución se consumara. Perry Smith creía que con la novela las autoridades recapacitarían y suavizarían la sentencia. Pensaba que sería un retrato humano que lo favorecería. En sus conversaciones, los condenados trataron de no quedar como asesinos sicópatas, de convencer que el hecho no había sido planeado sino un trágico error motivado por las circunstancias. Cuando Smith se enteró por la prensa del título del libro le escribió indignado a Capote, aunque lo siguió considerando su amigo. Horas antes de su ejecución estuvo llamándolo con la esperanza de que pudiera aplazarla.

La muerte de los asesinos liberó a Capote. Había pasado muchos años con pesadillas por las noches. Perdido en los miles de páginas de

El acusado decía que devoraba libros, hacía listas de palabras para aumentar su vocabulario y escribía poemas. Capote llegó a sentirse tan identificado con Smith que dijo: «Es como si Perry y yo hubiéramos crecido en la misma casa, pero yo salí por la puerta de enfrente y él por la puerta de atrás».

apuntes que había reunido. Y, aunque había comenzado a consumir alcohol y drogas en su adolescencia, este problema se agudizó durante la escritura de *A sangre fría*. Decía que necesitaba darse fuerzas. Empezaba con un martini doble, se tomaba otros en las comidas y terminaba frente a la máquina de escribir con un whisky con soda.

El 14 de abril de 1965 asistió a la ejecución. Luego llamó a su pareja, Jack Dunphy, entre llantos por la terrible escena que había visto. Dunphy no lo compadeció: «Ellos están muertos, Truman. Tú estás vivo».

Sequía

La primera entrega de *A sangre fría* apareció el 25 de septiembre de 1965 en *The New Yorker*. Desde todo Estados Unidos llegaron cartas de lectores que aseguraban desvelarse leyendo la novela-reportaje. Lo irónico es que a Holcomb solo enviaron los cinco ejemplares habituales de la revista, que se perdieron en el camino. El periódico local *Dodge City Daily Globe* denunció la situación en su artículo editorial. A la semana siguiente todo Kansas leía la revista.

Capote estaba seguro de que conquistaría el mundo, pero, contradictoriamente, el gusto por la autopromoción y las luces lo convirtieron más bien en una caricatura de sí mismo.

El Baile en Blanco y Negro fue la última de sus grandilocuencias que celebró la prensa. La fiesta confirmó su estatus de maestro de ceremonias de una cierta sociedad estadounidense, pero también fue el principio del fin. Lo que vino después fue una mala fiesta. Nunca más volvió a publicar algo relevante. La sequía literaria se impuso como un fantasma. Paramount Pictures le rechazó un guión basado en *El gran Gatsby* y no logró terminar su siguiente novela, *Plegarias atendidas*, que se suponía emularía el *En busca del tiempo perdido* de Proust. En 1966 firmó contrato para este libro, que aplazó en cinco ocasiones y finalmente no cumplió.

Entre 1975 y 1976 publicó cuatro capítulos como adelanto en la revista *Esquire*. El escándalo estalló. La novela presentaba en clave, con otros nombres, pero perfectamente identificables, la vida íntima de muchas de sus amigas de la alta sociedad neoyorquina. Ellas, a quienes llamaba sus «cisnes», se sintieron traicionadas. Dejaron de llamarlo y le declararon la peor de las muertes: la muerte civil, la muerte social.

La necesidad de luces fue más fuerte que el proyecto literario y Capote ensayó de todo para llamar la atención. Se volvió un invitado habitual de programas de televisión y comentaba lo que le pidieran: desde la pena de muerte hasta la vida de ricos y famosos. En clave pop y decadente, fue el escritor norteamericano con mayor presencia mediática desde Ernest Hemingway. El alcohol y la cocaína se tomaron su vida y el escritor que pensó revolucionar la novela se desvaneció. Apareció en cambio un personaje social, de sonrisa falsa y mirada perdida, que animaba la resaca del final de los setenta y que llegó a ir a clubes nocturnos en pijama.

Murió en agosto de 1984, habiendo declarado en numerosas entrevistas que lamentaba lo que le había acarreado su idea de escribir un reportaje novedoso. En 1972, por ejemplo, ya lo confesaba en una autoentrevista: «Tardé cinco años en escribir *A sangre fría*, y un año en recuperarme..., si es que recuperarse es la palabra; no pasa un día sin que algún aspecto de esa experiencia no proyecte su sombra sobre mi mente». Pero la muerte, de un modo absurdo y espeluznante, revivió a Capote. Ese hombre pequeño, mordaz y de escritura brillante, que se convirtió en un payaso deseoso de grandeza y atención, ahora es una leyenda. Un escritor de referencia. Un fantasma que fascina tanto por su obra como por su biografía. Un narrador personaje que hoy estudian los académicos por los que se sintió rechazado. Un genio, como él mismo escribiera en uno de sus textos de *Música para camaleones*, donde también alardeaba de ser alcohólico y homosexual.

Biografías, ensayos y dos películas han rescatado a este cadáver que seduce: *Capote* (2005) e *Infamous* (2006). En la primera, lo interpretó el actor Philip Seymour Hoffman, quien posiblemente se haya convertido en la cara con que el verdadero Truman enfrenta a las nuevas generaciones, porque en las últimas reediciones de la biografía escrita por Gerald Clarke es el actor, no el escritor, quien aparece en la portada.

Como todo en la vida de Capote, otra vez el personaje se impuso al genio.

Babar republicano, Elmer liberal

A lomos de los elefantes que encarnan la historia de la literatura infantil del siglo XX

Santiago Gerchunoff

¿Se acuerda todavía alguien del elefante Babar? A principios de los 80 aún era uno de los personajes más populares de la literatura infantil; hoy en día, es difícil encontrar algún niño que lo conozca. Releyéndolos treinta años después, me doy cuenta de que los libros de Babar fueron mi educación ética fundamental. Suena rimbombante e injusto esto de la «educación ética» siendo Babar lo menos rimbombante que hay, pero es lo que me pasa. Sea cual sea el esponjoso referente de una expresión como «educación ética», es algo que ha cambiado definitivamente entre mi infancia y la de mis hijas. Y la relectura de Babar lo muestra de manera descarnada. Babar es, además de hermoso, irreparablemente *vintage*. Es parte de una educación pasada de moda, vetusta, un poco vergonzosa incluso.

Fue gracias a la lindísima edición de *Babar. Todas las historias* de la editorial Blackie Books que tuve la oportunidad de releer la historia del rey de los elefantes y vivir un rato en esa ciudad colorida, alegre y sofisticada que es Villa Celeste y en ese hogar tierno pero nunca exento de peligros y épica que es la casa de Babar, Celeste, sus hijos Pom, Flora y Alexandre, el primo Arthur, el mono Zéphire y, por supuesto, la anciana dama, esa especie de hada madrina o diosa Ateenea, símbolo vivo de la civilización.

Al reencontrarme con las historias de Babar me asaltó esta idea: los que nacimos en los setenta y

fuimos educados en hogares progresistas y pretendidamente sofisticados recibimos todavía, junto al incipiente liberalismo individualista que hoy nos atraviesa, una carga enorme de amor a la Ilustración, a la civilización europea, y una presencia (aunque fuera oral) de la muerte y el lado oscuro de la vida: la tragedia, la guerra, los exilios. Hoy en día, en la educación que damos a nuestros hijos también a través de los álbumes ilustrados, hay cosas importantes que por entonces no estaban en el foco: el ecologismo, el feminismo, y por sobre todo el respeto a las diferencias, la exaltación de la libertad de ser diferente y único. El elefante Elmer, personaje estrella del dibujante británico David McKee, es una buena representación de la ensalada educativa contemporánea. Mientras que nuestros papás nos dieron Babar, nosotros damos Elmer a nuestros hijos.¹

Me gustaría ser capaz de mostrar algo de la distancia que veo entre Babar y Elmer. Hacer

1 El único libro de mi colección de Babar de cuando era chico que conservo en Madrid es de 1979, de la colección Pequeño Sol de Ediciones Librerías Fausto de Buenos Aires. Veo en la contratapa que Fausto también editaba por esa época *El mago y el hechicero* y *El mago que perdió su magia*, de David McKee. Esta convivencia de las obras de los de Brunhoff y de McKee en un mismo catálogo infantil a finales de los setenta podría impugnar de entrada mi hipótesis. Pero creo que sólo habla de que toda generación está en tránsito y que nosotros en aquella época empezábamos a recibir un poco de lo que posteriormente daríamos: ese tipo de libro psicodélico, psicológicamente simple y fuertemente libertario que es *Elmer* y que McKee cultiva en general en su obra, como intentaré mostrar aquí.

visible el hilo que va del reinado de un elefante al reinado de otro en la historia de la literatura infantil, y lo que ha ocurrido social y culturalmente en el medio. En algunos momentos, dándole vueltas a la comparación en la cabeza, intuyendo que daba para un ensayo larguísimo que nunca tendría tiempo de escribir, llegué a creer que se podría establecer una analogía en la que Babar representaría una educación en el liberalismo republicano y Elmer, el triunfo (¿gris o multicolor?) del liberalismo individualista. Un liberalismo individualista que puede ser consumido hoy tanto por los hijos de un emprendedor, yuppie, aspirante a CEO, como por los hijos de posthippies veganudos, ecologistas y feministas. ¿Podré llenar de contenido y defender esta analogía aventurada? Veamos.

Babar, el republicano

Jean de Brunhoff no fue el creador original del elefante Babar: era su mujer Cecile la que solía contar a los dos hijos, Laurent y Mathieu, la historia de un elefantito que después de presenciar el asesinato de su madre por un cazador furtivo se había escapado a la ciudad humana, había sido adoptado por una señora, vestido, alimentado e instruido, para finalmente volver a la selva virgen cargado de conocimientos y convertirse en el rey de los elefantes.

Mirando a Babar como una creación familiar es irresistible imaginar el hogar de los de Brunhoff por la época en la que nació el personaje, entre 1930 y 1931. El peligroso y tenso París de entreguerras, una casa burguesa y bohemia al mismo tiempo, y también divertida, tierna, creativa. Cecile, la pianista, entre ensayo y ensayo inventa un cuento para sus hijos, y a su marido Jean, el pintor —en un momento de descanso, en la habitación donde trabaja—, se le ocurre llevar la historia de Babar al papel y convertirlo en un libro para uso familiar. Un álbum ilustrado, que cuando se publicó (a expensas de su hermano y su cuñado, también artistas y hombres de letras) fue un éxito y ya en 1939, el año en que el peligro y la tensión eclosionaron en guerra, había vendido en Francia más de cuatro millones de ejemplares. Una saga espontánea, casera, artesanal, de seis historias ilustradas a todo color, que con el paso de los años se convertiría en un clásico universal de la literatura infantil.

Pero, ¿por qué Babar es imposible en nuestra época?, ¿por qué escribí unos párrafos atrás

(seguramente en un exceso de lirismo conceptual) que Babar es hoy «irreparablemente *vintage*»? Intentaré describir las características brillantes y a la vez incorrectas que nos alejan de él. Jean fue diagnosticado de tuberculosis en 1930 y entre 1931 y 1937 escribió e ilustró para sus dos hijos los seis libros de Babar. Murió en octubre del mismo 1937, con apenas treinta y nueve años. Las historias tienen un innegable tono de legado paterno, de compendio de enseñanzas fundamentales, de transmisión desesperada y esperanzada de un modo de estar en el mundo que el contexto político amenazaba impugnar. Un modo de ser sensato, familiar, culto y solidario. El acecho de la muerte y la desgracia se desliza en este legado de un modo que lo hace difícil de digerir para el padre actual.

El orden de las historias escritas por Jean (siguiendo como patrón las primeras ediciones de Hachette) es el siguiente: *Historia de Babar, el pequeño elefante* (1931), *El viaje de Babar* (1932), *El rey Babar* (1933), *Las vacaciones de Zéphire* (1936), *Babar en familia* (1938) y *Babar y Papá Noel* (1941).² Los tres primeros y el quinto conforman una unidad narrativa, una misma historia. El cuarto y el sexto, *Las vacaciones de Zéphire*³ y *Babar y Papá Noel*, son historias aparte, totalmente independientes y subsidiarias de la trama central que se desarrolla con los hitos biográficos de Babar como núcleo. Esta trama central es lo que va del asesinato de la madre de Babar en la tercera página del primer libro

2 Más tarde su hijo Laurent, también dibujante, seguiría la saga escribiendo e ilustrando casi una decena de libros más de Babar que, al menos en la colección que yo leía, venían mezclados con las historias clásicas, que por otra parte en realidad nunca se editaban enteras sino que se dividían en muchas historias cortas. *Babar y el cocodrilo*, por ejemplo, es una miniatura narrativa extraída del atribulado *Babar en familia*. Está claro que la continuación de la saga por Laurent la mantuvo vigente y famosa hasta los años ochenta, y le dio vitalidad y fuerza a su inserción en Estados Unidos, fundamental para la difusión mundial del fenómeno. Aun así, los libros de Jean son inconfundibles y de otra calidad, sobre todo en el trazo, más fino y preciso, y en la libertad narrativa.

3 *Las vacaciones de Zéphire* es una especie de respiro narrativo después de *El rey Babar*. Más allá de la gracia increíble de la ciudad de los monos (la idea misma, claramente inventada sobre la marcha por Jean, de que así como había una polis de elefantes también podía haber una de monos), este álbum es interesante por una curiosidad: en la parte exótica de su desarrollo, Zéphire aparece atrapado en unas tierras muy extrañas al borde de un mar con unos monstruos que parecen arquetipos, antepasados, de los famosísimos monstruos que dibujaría cuarenta años después Maurice Sendak para *Donde viven los monstruos* (1977). Parece claro que Sendak quiso hacer un homenaje gráfico a su admirado Jean de Brunhoff. La edición de Babar de Blackie Books incluye, precisamente, un prólogo muy interesante y emotivo que Sendak escribió para la edición norteamericana conmemorativa de los cincuenta años de Babar en 1981.

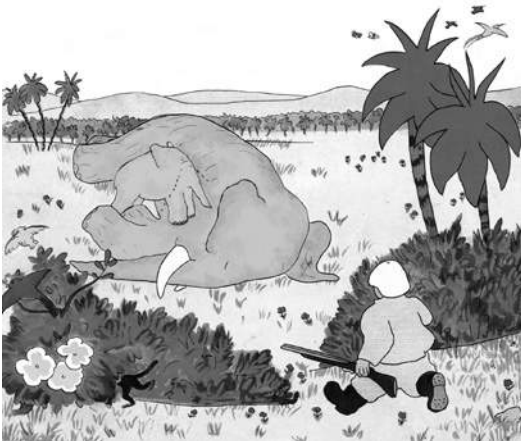
Llegué a creer que se podría establecer una analogía en la que Babar representaría una educación en el liberalismo republicano y Elmer el triunfo (¿gris o multicolor?) del liberalismo individualista. Un liberalismo individualista que puede ser consumido hoy tanto por los hijos de un emprendedor, yuppie, aspirante a CEO, como por los hijos de posthippies veganudos, ecologistas y feministas.

hasta la fundación de Villa Celeste, la ciudad de los elefantes, y la formación de una familia por parte de Babar, pasando por su educación primigenia en la gran ciudad gracias a la anciana dama, su vuelta a la selva virgen cargado de conocimientos y su coronación como el más joven rey de los elefantes. Creo que se pueden distinguir tres etapas en este ciclo, que corresponden a tres rasgos fundamentales de Babar como héroe irremparablemente *vintage*: Babar huérfano, Babar fundador y Babar padre.

El momento «Babar huérfano» se desarrolla sobre todo en el primer libro, y muestra ya con claridad el carácter central pero complejo (tenso) de la civilización en la cabeza de Jean de Brunhoff. De entrada, la civilización humana hace una irrupción brutal con el asesinato de la madre de Babar delante de su bebé por obra de un cazador. Recuerdo muy bien la impresión

que me causaba esa escena a los cinco años; tengo grabada la imagen fría del cazador petiso, anodino, que dispara cobardemente escondido a la mamá elefanta y corre para intentar atrapar a Babar. La cultura humana aparece primero en forma de una gran violencia que destruye el paraíso natural. En este primer movimiento, de Brunhoff se acerca a la idea de la sociedad como corrompedora del idílico estado de naturaleza; la idea de Rousseau de la que emanaría, al fin y al cabo, el ecologismo y en general todas las pequeñas ideologías críticas de la modernidad o críticas de Occidente que constituyen nuestra ética actual. Pero inmediatamente después Babar huye del cazador no a la selva, sino a la ciudad, y ahí es rescatado de la miseria y la desnudez por la anciana dama, que lo alimenta, lo viste, lo cuida, le proporciona los mejores profesores y le abre la puerta al disfrute del arte y de todas las sofisticaciones de la civilización humana.⁴ En el tono simple, alegre e intenso en el que de Brunhoff nos hace testigos del goce y la felicidad con la que Babar se cultiva se revela su veneración por la civilización europea en peligro.

La parábola de «Babar fundador» comienza ya en *Historia de Babar*, se desarrolla en *El viaje de Babar* y se consume en *El rey Babar* con la fundación de Villa Celeste. Pero el proceso por el que el elefante huérfano llega a ser un fundador también responde a una doble mirada a la civilización. Porque al final de su accidentado viaje de bodas, después de los más tremendos avatares

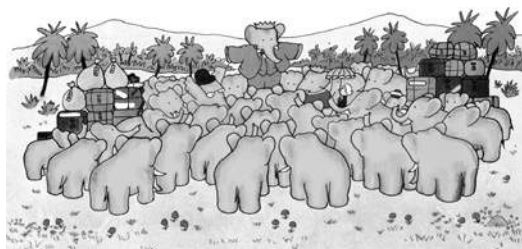


⁴ El padre no aparece, como suele pasar entre los animales no humanos.

(incluyendo naufragios y raptos por caníbales), Celeste y Babar son sometidos por los hombres como elefantes de circo, mostrando otra vez la cara opresora y cruel de la civilización humana. Pero luego otra vez los rescata la anciana dama, otra vez son mecidos por la parte noble de la civilización. Y al volver a la selva Babar decide fundar Villa Celeste. De algún modo, después de este segundo paso por la gran ciudad humana, sube el «escalón republicano»: comparte de verdad con todos los elefantes los beneficios de la civilización; no usa su educación solo para sostener su lugar jerárquico de rey, sino para mejorar la vida de todos sus congéneres fundando una ciudad magnífica. En mi opinión, este libro, *El rey Babar*, contiene las imágenes más inolvidables, más importantes de Babar. Mi preferida es esa en la que, con su traje verde y su corona, en medio de la sabana, trepado a un cajón —y elevado así sobre la muchedumbre de elefantes que lo rodean entre cajas y baúles con rótulos que dicen «discos», «sombros», «trompetas», «herramientas», «vestidos»—, Babar le habla a la multitud:

Amigos míos, en estos baúles, paquetes y sacos hay regalos para todos vosotros: vestidos, sombreros, telas, cajas de pinturas, tambores, cañas de pescar, penachos, plumas, raquetas y muchas cosas más. Os daré todo esto en cuanto hayamos terminado de levantar nuestra ciudad. Os propongo llamar a esta ciudad, la ciudad de los elefantes, Ciudad Celeste, en honor de nuestra reina.

Quizás en esa especie de comercio por el cual Babar ofrece un intercambio a los elefantes (su trabajo para construir la ciudad a cambio de la civilización, con todos sus fascinantes objetos manufacturados) está la razón por la cual algún intérprete, como la investigadora británica Jane Doonan, trata a Babar de «elefante emprendedor». ⁵ Creo que ya la condición de huérfano y fundador de una civilización lo emparenta mucho más con Rómulo y Remo ⁶ y con



el príncipe fundador hegeliano o schmitteano ⁷ que con el emprendedor comercial. No creo que sea atinado ver en Babar a un anticapitalista, pero sí es cierto que su noción del bienestar social tiene mucho más que ver con la educación y el orden público que con el emprendimiento comercial. Mucho más que un capitalista, Babar es un civilizador. La riqueza material se da de algún modo por sentada; la idea que transmite Babar es que en la ciudad se vive mucho mejor que en la selva. Que vestirse es lindo y bueno, que saber leer, contar, tener un oficio, tocar instrumentos musicales, tomar el té con amigos, ir a la ópera y al teatro, celebrar fiestas, jugar al tenis o practicar el esquí son grandes privilegios, mucho más valiosos que la mera desnudez y la libertad natural de la selva virgen.

Finalmente, el momento «Babar padre» ocupa sobre todo *Babar en familia* (y de un modo más lateral el fascinante álbum de despedida, *Babar y Papá Noel*) y supone el elogio de Jean de Brunhoff a la calidez de la vida familiar, a la épica de la intimidad, de la historia personal, más que de la vida política con la que tenían más que ver los libros anteriores. La cantidad de peripecias que rozan la tragedia que viven Babar y sus hijos (el atragantamiento de Flora con el sonajero, el despeñamiento del cochecito de Alexandre o el ataque del cocodrilo a Alexandre) muestran cómo el peligro es parte de la vida y la muerte

adoptados por un animal, sino de un animal huérfano adoptado y cultivado por una persona humana, por la figura misma de la cultura. Sin duda, al pensar en el carácter de huérfano fundador de una civilización, es muy difícil no relacionar a Babar con Rómulo y Remo.

⁷ Más adelante haré referencia otra vez a la tentadora posibilidad de leer a Babar a través de la óptica de Hegel y Carl Schmitt como críticos del liberalismo. Esta posibilidad fue (a sabiendas o no) muy bien explotada por Alan Bunce, director del primer largometraje con Babar como protagonista, *Le Triomphe de Babar* (1990). En esta película se desarrolla en clave de sátira la típica crítica del decisionismo schmitteano al parlamentarismo. La desopilante incapacidad de Cornelius y los demás sabios para tomar una decisión y su tendencia compulsiva a «formar comisiones» (en lugar de declarar la guerra a los malvados rinocerontes que los acechan, como acabará «decidiendo» Babar) es una de las mejores ilustraciones que conozco de la idea nuclear de Schmitt de que el liberalismo es, básicamente, una «metafísica de la indecisión».

⁵ Jane Doonan, «El libro-álbum moderno», en *El libro-álbum: invención y evolución de un género para niños*, Caracas, Banco del Libro, 1999, pp. 35-57.

⁶ Más que como símbolo del Imperio, como sugiere Ariel Dorfman en *De elefantes, literatura y miedo: ensayos sobre la comunicación americana* (Casa de Las Américas, 1988), la anciana dama se me aparece como un análogo de la loba que alimentó a Rómulo y Remo. Pero los papeles de naturaleza y cultura estarían invertidos en la parábola de «Babar fundador»: no se trataría ya de huérfanos humanos amamantados y

El libro acaba con la amenaza antipolítica más fuerte que yo haya leído en la historia de la literatura infantil: «¿Y el forastero? Aún deambula por los pueblos sembrando el descontento. Si algún día te encuentras con él, no escuches lo que te diga».

es inevitable, pero aun así hay que vivir lo mejor que se pueda, con esperanza y con elegancia, y nunca dejarse vencer por el pesimismo. «Criar hijos es difícil, pero son tan bonitos que ya no podría vivir sin ellos» es la sencilla conclusión de este álbum también inolvidable.

El libro-álbum como herramienta ideológica

El álbum ilustrado infantil siempre ha tenido un uso educativo bastante explícito. Ya en 1657, el checo Jan Amos Komenský (Comenius), refiriéndose a su *Orbis Pictus*, probablemente el primer libro ilustrado infantil de la historia, decía que el objetivo era que ir a la escuela no les pareciera a los niños un tormento, y como era obvio que los niños se «deleitan con las ilustraciones», bien valía la pena crear una obra que lograra «ahuyentar los espantapájaros de los Jardines de la Sabiduría».⁸

Hacer que los niños aprendan de un modo que los deleite ha sido (y sigue siendo) el cometido del libro-álbum, pero también, en algunos puntos de la historia, adoctrinar. Dos han sido los momentos más explícitos y claros de adoctrinamiento mediante el libro ilustrado, y los dos dieron lugar a tradiciones fabulosas. La primera fue en la Gran Bretaña y la Norteamérica victorianas a partir sobre todo de la década de 1820, época en la que muchísimos niños aprendieron a leer y al mismo tiempo fueron instruidos en religión y buenas costumbres a través de libros ilustrados. Y la segunda fue la del libro infantil soviético desarrollado cien años después, en la década de 1920. La nueva nación estaba formada por una mezcla de animistas, anarquistas, rusos ortodoxos, musulmanes y judíos creyentes que los bolcheviques necesitaban transformar para crear la nueva cultura atea que se consideraba

imprescindible para que la Revolución progresara. Los libros ilustrados infantiles cumplieron un papel importante en la creación de esta cultura y posteriormente tuvieron una gran influencia estilística y técnica en el resto del mundo.

Hoy en día, en nuestras democracias de mercado, ya no hay un movimiento explícitamente adoctrinador que use los libros ilustrados infantiles como medio, pero en los hechos son cotidianamente utilizados como herramientas educativas. Los maestros acuden a las librerías en busca de libros para «trabajar» diversos aspectos educativos. No sólo para enseñar materias sesudas y aburridas gracias al deleite de las ilustraciones, como decía Comenius, sino también para educar en «valores» (amistad, tolerancia, soledad, tristeza, celos, o simplemente «emociones»). Así, se suelen elaborar listas de libros recomendados por las escuelas para los padres, para que «trabajen» con sus hijos. Es en esas listas donde ya nunca, jamás, aparece Babar y siempre, siempre, aparece Elmer.

Elmer, el liberal

En casi todas las entrevistas y artículos en los que habla de su formación, de cómo llegó a convertirse en autor de libros infantiles ilustrados, David Mckee, el creador de *Elmer*, cuenta la misma anécdota:

Al finalizar la escuela, cuando ya era hora de tener un empleo, tuve que trabajar con mi padre. Él tenía dos semanas de vacaciones al año, mientras que en la escuela me daban tres meses al año. Pude darme cuenta, incluso a esa temprana edad, de que eso significaba un escalón atrás, y que de alguna manera tenía que mantener esos tres meses de vacaciones. La única forma era quedándome en la escuela. Por eso pasé los siguientes seis años en la Escuela de Arte, y cuando los terminé, pude concluir que

⁸ Citado por Kenneth Marantz, «Con estas luces», en *El libro-álbum: invención y evolución de un género para niños*, pp. 7-12.

existía algo mejor que «tres de doce», y por lo tanto debía pasar los doce meses del año de vacaciones y olvidarme del trabajo por completo. Y de hecho, eso fue lo que hice.⁹

Este espíritu «vacacional» está presente y es el hilo más o menos implícito en todas las obras de McKee. No se trata de una apología de la pereza, sino más bien de una exaltación de la libertad individual, del amor por los espacios en los que nadie obliga a nada y se puede jugar y crear, como si se estuviera de vacaciones. Para McKee todo lo sagrado es lo que sucede en ese espacio de libertad del sujeto no intervenido por poderes exteriores.

McKee nació en 1935 y su carrera como dibujante explotó sobre todo en los años setenta. Perteneció a una generación (junto con Maurice Sendak, Tony Ross, Eric Carle o Satoshi Kitamura, entre otros) de clásicos modernos del libro-álbum que incorporan en su estilo el colorido onírico de la psicodelia y de otras vanguardias artísticas, sin descuidar la concisión narrativa y el poder simbólico de las historias que cuentan. Ese amor de McKee por el espacio de la libertad individual sin interferencias se ha traducido en muchos de sus álbumes en mensajes a favor de la cooperación (*Tres monstruos*, 2005) o en contra de la guerra (*Los conquistadores*, 2004, en el que expone de un modo ingenioso cómo la dominación cultural es mucho más potente que la dominación bélica). Pero sobre todo con la exitosísima saga de *Elmer*, McKee se presenta como un defensor del derecho a ser distinto, a la diferencia, a la libertad expresada en el derecho a ser como yo quiera (o como me haya tocado) sin que nadie me lo impida. Esto es lo que hace que *Elmer* esté presente en todos los listados de maestras y maestros de escuela recomendando libros para trabajar valores. En una entrevista de 1996 en la revista española *Peonza*, el entrevistador lo presentaba así: «Su espíritu aventurero y sus ojos grises vinieron en busca de otros alegres y risueños que le conocían a la distancia a través de colores y de animales, que no entienden de diferencias y sí de risas que acercan».¹⁰

Colores y animales que no entienden de diferencias y sí de risas que acercan creo que es una síntesis casi perfecta de lo que representa



la saga del elefante creado por McKee para los educadores y padres que tanto la recomiendan y regalan. El hábitat de *Elmer* es una selva psicodélica, políticamente abstracta, sin un orden, una especie de jardín idílico infinito donde Elmer y sus amigos (básicamente todos los animales) juegan y se divierten. Los conflictos, cuando los hay, son suaves y siempre se resuelven con meros trucos de ingenio (*¡Qué gran idea, Elmer!*, 1993) o con un cooperativismo espontáneo (*Elmer y el gran pájaro*, 2008) en el que no hay casi lugar para la angustia, y la sensación reinante es de que siempre que se sea honesto y auténtico (*Elmer y el canguro saltimbanqui*, 2000) se podrá salir adelante. El nervio de las historias de Elmer es su condición «multicolor» frente al gris de sus congéneres; Elmer es de todos los colores y esto es fuente algunas veces de pequeños malentendidos y problemas (*¡Elmer ha vuelto!*, 1991), pero sobre todo, casi siempre, de diversión y de excusa para alguna pequeña aventura. No hay familia en Elmer, y ninguna clase de comunidad organizada. Están sí el primo Wilbur (que es blanco y negro), un bromista que aparece cada tanto, el abuelo Eldo y también la tía Zelda que es una elefanta medio sorda que vive lejos. Todos parecen vivir lejos, todos están solos, pero son libres y felices así. La comunidad aparece como una multitud esquemática y repetitiva con el trasfondo policromado de la propia selva.

Pero el educador progresista que hoy todos llevamos dentro se regodea en el antibelicismo, el ecologismo y la exaltación del derecho a las diferencias de McKee sin ver que todas estas tendencias se dan en una nebulosa cuyo centro fundamental es la defensa a ultranza de la libertad individual. Se trata del progresismo cultural inherente al liberalismo (por el que hoy todos

⁹ «El libro-álbum como medio», en *El libro-álbum: invención y evolución de un género para niños*, pp. 141-147.

¹⁰ Entrevista de Javier García Sobrino, *Peonza* 39, Santander, 1996.

Al comparar a Babar con Elmer no puedo dejar de recordar las críticas de Hegel al liberalismo, esa descripción suya del burgués como un individuo que cree que el pavimento de las calles de la ciudad donde vive, su iluminación y su falta de violencia son naturales. El liberal es ciego para ver la violencia original (guerras, conquistas, grandes edificaciones), esa que fue piedra basal para el bienestar del que disfruta y que le permite expandirse en su libertad individual.

estamos más o menos atravesados), un progresismo cultural perfectamente compatible de hecho con el liberalismo económico más crudo.

El propio McKee da muestras de esta compatibilidad habitualmente silenciada. La mejor forma de comprobarlo es ver cómo en el año 2010, momento álgido de la crisis financiera, cuando se oía aquello de «refundar el capitalismo», McKee publicó el álbum *Denver*, que es una especie de alegato a favor del emprendedor capitalista y en contra del activista político. En el centro de la crisis más grande del capitalismo en más de setenta años, se pronunció claramente a favor del liberalismo económico como única fuente de riqueza y prosperidad posibles. En *Denver* (que es el último libro de McKee hasta la fecha) se ve en toda su simplicidad la solidaridad conceptual entre la libertad de ser diferente, la exaltación de la creatividad y la creencia en que sólo los individuos talentosos dejados a su libre albedrío pueden hacer funcionar nuestra sociedad. Denver es un talentoso millonario que da trabajo a muchísimas personas en su pueblo y que, presionado por la llegada de un forastero (representación clara del activista político) que convence a los habitantes del pueblo de que es injusto que él sea tanto más rico que los demás, decide repartir su fortuna entre toda la población y mudarse a otro lado. El resultado es catastrófico: los habitantes del pueblo se divierten al principio con el dinero repartido entre todos, pero como no son talentosos como Denver, lo

malgastan y se funden. Al final, necesitan del talento individual de Denver para progresar. El libro acaba con la amenaza antipolítica más fuerte que yo haya leído en la historia de la literatura infantil: «¿Y el forastero? Aún deambula por los pueblos sembrando el descontento. Si algún día te encuentras con él, no escuches lo que te diga».

El rey está vestido

Babar no puede ser recomendado ya porque es conservador, colonialista, antiecológico y «heteropatriarcal». No en vano Ariel Dorfman dedicó unas cuantas páginas a denunciarlo.¹¹ La anciana dama representaría al Imperio, Celeste a la esposa sumisa y la construcción y fundación de Villa Celeste, la falta más flagrante de respeto al medioambiente y el afán irrefrenable de dominio de las potencias occidentales sobre los países «subdesarrollados».

Elmer, en cambio, no puede ser acusado de ninguna de estas fechorías. En su simplicidad bonachona, respeta todas las diferencias, y no se impone sobre la libertad o el espacio privado de ningún otro. Pero además, aunque ningún pedagogo progresista lo note, la defensa a ultranza de estos valores está en el centro (como muestra cristalinamente *Denver*) de lo que suele llamarse «neoliberalismo»; algo de lo que ningún progresista actual estaría explícitamente orgulloso.

11 En *Patos, elefantes y héroes. La infancia como subdesarrollo*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

No creo que esto tenga vuelta atrás y no puedo decir que me parezca mal. Hemos avanzado mucho, ¿cómo va a estar mal que nos preocupe inculcar a nuestros hijos el cuidado del medioambiente y el respeto a las diferencias (sexuales, sociales, culturales, raciales)?

Aun así, al comparar a Babar con Elmer no puedo dejar de recordar las críticas de Hegel al liberalismo, esa descripción suya del burgués como un individuo que cree que el pavimento de las calles de la ciudad donde vive, su iluminación y su falta de violencia son naturales. El liberal es ciego para ver la violencia original (guerras, conquistas, grandes edificaciones), esa que fue piedra basal para el bienestar del que disfruta y que le permite expandirse en su libertad individual.

Como creía también Carl Schmitt (mal que nos pese, el más agudo crítico del liberalismo después del propio Hegel), el liberalismo no funda sociedades. El liberalismo es una defensa (una reacción) necesaria frente a los poderes de una sociedad ya fundada y establecida. No hay una fundación políticamente correcta. Detrás de toda fundación hay violencia, conflicto e imposición.

Quizás, forzando un poco los significados, se podría ver en Babar una reivindicación de la «libertad positiva» según la definió Isaiah Berlin (como el derecho a gobernarne), y en Elmer la defensa de la «libertad negativa» (el derecho a no ser molestado por otros).

* * *

Cuando Babar llega a la ciudad de los humanos por primera vez huyendo del asesino de su madre, deambula desnudo y confundido por las calles, y finalmente queda fascinado por el espectáculo que ve. Así expresa ese momento clave Jean de Brunhoff:

¡Cuántas cosas nuevas! ¡Qué avenidas tan hermosas! ¡Tantos coches, tantos autobuses! Sin embargo, lo que más llama la atención de Babar son esos dos caballeros que se encuentra por la calle. Piensa: «La verdad es que van muy bien vestidos. A mí también me gustaría tener un bonito traje... ¿Cómo podría conseguirlo?»

Al quedarnos con Elmer y dejar atrás a Babar nos quedamos en una civilización de la desnudez, la libertad individual y la autenticidad, y dejamos atrás una civilización del vestido, la sofisticación y el conflicto. Si Babar era el deseo

de vestirse bien y gustar a los demás, Elmer es nuestro deseo de andar desnudos y que nadie se moleste.

Santiago Gerchunoff es argentino, librero y doctor en filosofía por la Universidad Complutense de Madrid.



Pablo Ramos

La ferocidad de las palabras

Francia Fernández

A Pablo Ramos no tienen que venir a contarle nada porque lo ha vivido casi todo. O al menos, por lejos, muchísimo más que el típico ciudadano de traje y corbata. Su literatura –brutal, catártica, salvaje– parece responder a una máxima de Carson McCullers: «Todo lo que escribo me pasó o va a pasarme».

Así han surgido hasta el momento sus libros. El más reciente, *Hasta que puedas quererte solo*, inspirado en el «programa de doce pasos» de Alcohólicos Anónimos, debutó hace unos meses con éxito en Argentina. Contiene doce relatos–crónicas, uno por cada paso, escritos con la tinta y la sangre de sus propias experiencias, que muestran el infierno de las adicciones en toda su crudeza.

Con una prosa muy cercana al habla, Pablo –un tipo calvo de barba y humor ácido, también poeta y cantante– abre diciendo que la primera vez que asistió a una sesión de rehabilitación fue en 1997, cuando tenía treinta y un años. Desde los dieciocho que consumía cocaína con whisky. Estaba cansado, el consumo lo había arrastrado desde los hospitales hasta la cárcel. «Más de una vez había estado a punto de perder la vida. Había perdido trabajos, amigos, matrimonios... Ya casi nadie confiaba en mí y mucho menos me tomaba en serio», escribe en el prólogo Ramos, que no es que haya cambiado –«las personas no cambian», aseguran–, pero puso «otra actitud de por medio»

y se sentó a escribir con una máquina que le dieron en la clínica donde estuvo internado.

Sí, es un escritor tardío, que publicó su primer libro –de poesía, *Lo pasado pisado*– a los treinta y ocho años, y que no ha dejado de entrar y salir de sus adicciones. «Compulsivamente vivo, compulsivamente escribo», dice. «Puedo escribir tres días corridos. Tengo un sillón en mi estudio y, en esos días, ni siquiera voy a mi habitación, duermo ahí. No tengo ninguna barrera. Sin embargo, hoy ya tengo determinado orden en la vida. Está buena la compulsión de escribir. Después, otra cosa es corregir, por eso mis textos son tan trabajados en el lenguaje, porque después de esa compulsión de escritura son veinte, veinticinco, a veces treinta borradores, hasta que queda la versión final».

Nacido en Avellaneda en 1966, se crió en una casa con letrina, próxima al viaducto de Sarandí, en la zona sur del Gran Buenos Aires. «Una jungla», la describe, con alcohol y drogas en las esquinas, pero también donde los vecinos se socorrían y dejaban abiertas las puertas de sus casas. Y donde él miraba los partidos del Arsenal, su equipo favorito, escuchaba las anécdotas de los obreros y conocía la ternura de las prostitutas a las que, con sus amigos, llevaba palanganas con agua limpia. A cambio, ellas les daban propinas, evitando que se cruzaran con una situación incómoda o con algún cliente.

No tuve personajes marginales. Rolando es un tipo que dormía en el cementerio, que en realidad tenía una locura, pero trabajaba de albañil. En todo caso, literatura proletaria o literatura del trabajo... A los nenes de mamá les interesa lo marginal, no a la gente que viene de abajo.

Las andanzas por las vías del ferrocarril, el olor de las curtiembres, las sirenas de los carros de bomberos y la música que sonaba en los tocadiscos, desde Camilo Sesto y Roberto Carlos hasta Luis Alberto Spinetta, Yes y los Beatles, marcaron su infancia. También la presencia de Rolando, un amigo sufrido, de bondad infinita, que dormía en las tumbas del cementerio y bebía de sol a sol, y que inspiró uno de los personajes de *El origen de la tristeza* (2004), su melancólica novela que transcurre en el barrio en que creció, y que narra el fin de la niñez de Gabriel Reyes, «el gavilán», al que Ramos define como su «yo literario». Este personaje atormentado y a veces cruel aparece en otros dos libros que completan su trilogía familiar: *La ley de la ferocidad* (2007), un ajuste de cuentas con su padre tras su muerte, y *En cinco minutos levántate, María* (2010), basado en las vivencias de su madre.

También ha escrito una novela juvenil, *El sueño de los murciélagos*, que llama la atención por su universalidad y por su calidad excepcional. Con la dictadura militar argentina de fondo, narra la historia de dos adolescentes preocupados porque sus padres están al borde de la quiebra. Se enteran de que hay un conjuro capaz de solucionarlo todo –crucificar un pichón primogénito de murciélago albino en la tumba de un hombre santo– y así emprenden su aventura por un cementerio.

Grandes temas

«Casi nada de lo que yo escribo surge de una idea, surge de una necesidad, y así ocurrió con *Hasta que puedas quererte solo*», dice. Fue en el momento en que su hermano –el hermano que le sigue y a quien le dio de probar cocaína por primera vez– tuvo una recaída y sufrió un accidente automovilístico. «Yo estaba en Nueva

York haciendo un viaje de placer, y volví a Buenos Aires y me puse a escribir el libro, porque quería dar con la medida del problema. La idea de enmarcarlo en los doce pasos era para que en cada uno se me permitiera una reflexión, que antecede a cada historia.»

En el libro dice que en sus peores tiempos se sentía como «un deficiente moral, que sufría y hacía sufrir a los demás». ¿Sigue sintiéndose igual? «Lo de deficiente moral uno lo siente, mientras que el gordo no lo siente y el alcohólico tampoco, porque hay como una aceptación social de la comida y el alcohol, y son legales. Con la droga es estar como fuera de la ley... No es que siempre te sentís como un deficiente moral... Es una enfermedad. Por eso he dicho también que la primera vez que escuché la palabra enfermedad sentí alivio, porque eso significa que no elegiste tenerla. Sí que elegís no consumir, elegís recuperarte, y una vez que estás sobrio o limpio, tenés la responsabilidad directa si volvéis a consumir; nadie te manda. Tenés la posibilidad de elegir y un sistema de gente que te apoya. Pero también sabés que la enfermedad opera de maneras muy subrepticias, desde lo oscuro de tu ser, y se manifiesta en cosas increíbles como es la civilidad, o en el hecho de que mucha gente deja de consumir cocaína y se hace adicta al sexo o fuma más. Es una enorme ansiedad. Ahí entra el poder superior... Alcohol significa alma, prácticamente. Y cuando uno se droga busca que le pegue. Quiere volar. Y realmente agranda el agujero ese que uno tiene. Si eso, en cambio, lo llena con espiritualidad, la cosa cambia.»

Duele leer su libro. Más tiene que haber dolido escribirlo, ¿tal vez hasta con llanto? «No, llorar no creo», responde él. «Cuando uno reflexiona sobre algo, por más duro que sea, el dolor pasa a un estadio de sensibilidad un poco

más fina. Creo muy poco en la gente que llora. No hay una sensibilidad ahí que me impresione a mí particularmente.» Lo que sí le impresiona es la muerte, un tema que lo ronda desde que nació porque, a causa de una grave complicación durante el parto, casi mueren su madre y él.

Se siente próximo a libros como *La náusea*, de Sartre; *El que tiene sed*, de Abelardo Castillo; *Cuento de hadas en Nueva York*, de J.P. Donleavy, y *La invención de la soledad*, de Paul Auster. «Ese tipo de literatura y de esos temas escribo. Sobre todo, me obsesiona Dios, mucho.»

A Paul Auster, que escribió sobre su padre muerto en *La invención de la soledad*, le gustó mucho la edición francesa de *La ley de la ferocidad*. Pablo lo supo cuando se encontraron en París. «Fuimos a tomar un whisky, yo le conté que mientras hacía un viaje Berlín-París en tren, de noche, unos tipos se metieron en mi camarote a inyectarse heroína, y casi me meten preso a mí. Y entonces me dijo algo maravilloso, que las cosas les pasan a las personas que pueden contarlas. Evidentemente yo había leído su libro, evidentemente me vuelve loco y evidentemente fue una gran influencia para escribir *La ley de la ferocidad*. Pero no comento mucho este tema, porque es algo muy íntimo mío.»

Su propio libro por la muerte de Ángel, su papá, que era propietario de un taller y «capaz de arreglar todo» menos la relación conflictiva con su hijo, es desgarrador. «Hace cinco años, la mañana de julio en que mi padre amaneció muerto, Buenos Aires parecía haberse perdido bajo la neblina... Yo soy el hombre que escribo, pero aún no lo sabía. Y aquella mañana de niebla y de muerte bajo de la terraza y me caliento los pies en la estufa eléctrica. El teléfono vuelve a sonar y sonar, de la misma manera y con los mismos intervalos de tiempo. Entro en la habitación y atiende. La voz de mi madre, serena,

más cerca de la confusión que de la tristeza, me da la noticia. “Todavía está en la cama”, me dice, y entiendo que nadie va a moverlo de ahí si yo no hago algo.» Lo que sigue son los pensamientos del protagonista, un tipo adicto al sexo, las drogas y el alcohol, que ha hecho dinero y que, durante los tres días que tardan en enterrar a su padre se enfrenta a su pasado.

La relación con su madre ha sido más hermosa. No se cansa de repetir que de ella salió todo lo bueno que es. Incluso su firma literaria –Ramos es su apellido materno; el paterno es italiano: Petitto– y el deseo de ser escritor. Esto último lo supo cuando, becado para escribir un proyecto en Berlín, leyó los diarios de su madre y los usó como material para *En cinco minutos levántate, María*, un monólogo en que una sexagenaria recapitula las miserias y las alegrías que ha vivido con unos hijos descarriados y un marido distante e irritable.

Salir del agujero

Pablo Ramos, que no terminó la primaria y comenzó a trabajar desde temprano, dice que podría definirse simplemente con las palabras que le regaló Auster: «Una persona que puede contar». Ser escritor es «una actividad» que lo «constituye», es lo que le gustaría hacer si volviera a nacer. En algún momento también quiso ser médico y hasta cura. Una vez tomó un curso de enfermería, decisión que pronto lamentó: sus amigos se enteraron y comenzaron a pedirle que los inyectara. A él, que nunca llegó a eso porque le tiene fobia a las agujas... «¿Cómo hacés? ¿Vos querés inyectar a un amigo? Era muy duro. Tenía que haber otra cosa. Era durísimo vivir ahí.» Ahí es un agujero negro del que tenía que salir y del que salió, de algún modo, gracias a la escritura que ha sido para él un constante «sacarse de encima». Los libros dedicados a su padre, a

Una vez tomó un curso de enfermería, decisión que pronto lamentó: sus amigos se enteraron y comenzaron a pedirle que los inyectara. A él, que nunca llegó a eso porque le tiene fobia a las agujas. «¿Cómo hacés? ¿Vos querés inyectar a un amigo? Era muy duro. Tenía que haber otra cosa.»

«Tengo a mis lectores de confianza que me dan sus críticas, pero corregir es algo que hago yo solo; es un trabajo espiritual, si no, sería como que alguien te ayude a rezar... Tardo un año o menos en escribir un libro y dos años en dárselo a la editorial, por eso no publico tan seguido. Tampoco me interesa»

su madre, a su hermano, serían precisamente eso. «Uno tiene una vivencia, después tiene la vivencia de la vivencia, la reflexión de la vivencia. Después trata de no moverse, de que eso no lo altere, ¿no? Solamente cuando eso es insopportable, yo me siento a escribir», dispara.

¿Cuál es el costo de escribir una literatura tan confesional o autorreferencial? «Pero la gran literatura es confesional: Truman Capote, John Cheever, Raymond Carver, Salinger; son historias que tienen que ver con uno. Yo ahora paso a escribir otra cosa. Esta es una etapa que cierro con *Hasta que puedas quererte solo*, que sería la etapa de la “novela familiar”, digamos.» Fanático de Cheever, Ramos dice que «de no haber existido Kafka, él compartiría con Borges o con Roberto Arlt el rótulo del más grande escritor de cuentos de todos los tiempos. Es increíble. Su literatura me llega, me conmueve. Comparo sus diarios con sus novelas, sus cuentos. Lo leí y releí varias veces, y realmente es mi modelo de escritor en todo sentido», se entusiasma. De los escritores argentinos actuales, se siente emparentado con Fabián Casas, Horacio Convertini y el dramaturgo Ariel Gurevich.

Autor de una literatura urbana, con personajes que transitan en los bordes o cuyas historias transcurren bajo los puentes, en bares o en cuartos de hospital, no se lleva bien con la palabra «marginal». «No sé si alguna vez me han etiquetado así. Lo único sería porque vengo de una familia de clase trabajadora y no terminé estudios formales, pero tengo una formación autodidacta muy sólida. No tuve personajes marginales. Rolando es un tipo que dormía en el cementerio, que en realidad tenía una locura, pero trabajaba de albañil. En todo caso, literatura proletaria o literatura del trabajo... A los nenes de mamá les interesa lo marginal, no a la gente que viene de abajo», dice.

Pablo conduce un programa de televisión, *Animal que cuenta*, sobre autores argentinos, y ganó un premio Martín Fierro como coguionista de *Historia de un clan* (2015), de Luis Ortega, hijo de «Palito» y hermano de la actriz Julieta Ortega, su actual pareja.

La miniserie contaba la historia de la familia Puccio, que en los años ochenta, con el patriarca Arquímedes Puccio a la cabeza, remeció a Argentina por una serie de raptos de personas a las que mantenían secuestradas en su propia casa, en el pudiente barrio de San Isidro, y cuya historia también llevó con éxito al cine Pablo Trapero, en *El clan*. «Una serie busca más un efecto que profundidad, por lo tanto, para un escritor es fácil. No me aportó gran cosa escribir eso; yo aporté lo que pude, fue un trabajo», le baja el perfil. «Fue escribir sobre algo que pasó, imaginar la realidad no conocida, los diálogos internos de la familia. Creo que fue algo oscuro también, porque te tenés que meter en algo que no te interesa: mi literatura no habla de asesinatos, de ladrones. Me parece de segunda categoría, gente que para mí casi no merece literatura. Si fuera un asesino serial real, hay que ver qué causó la sociedad en él, pero este tipo, Arquímedes, hacía eso por dinero, nada más.»

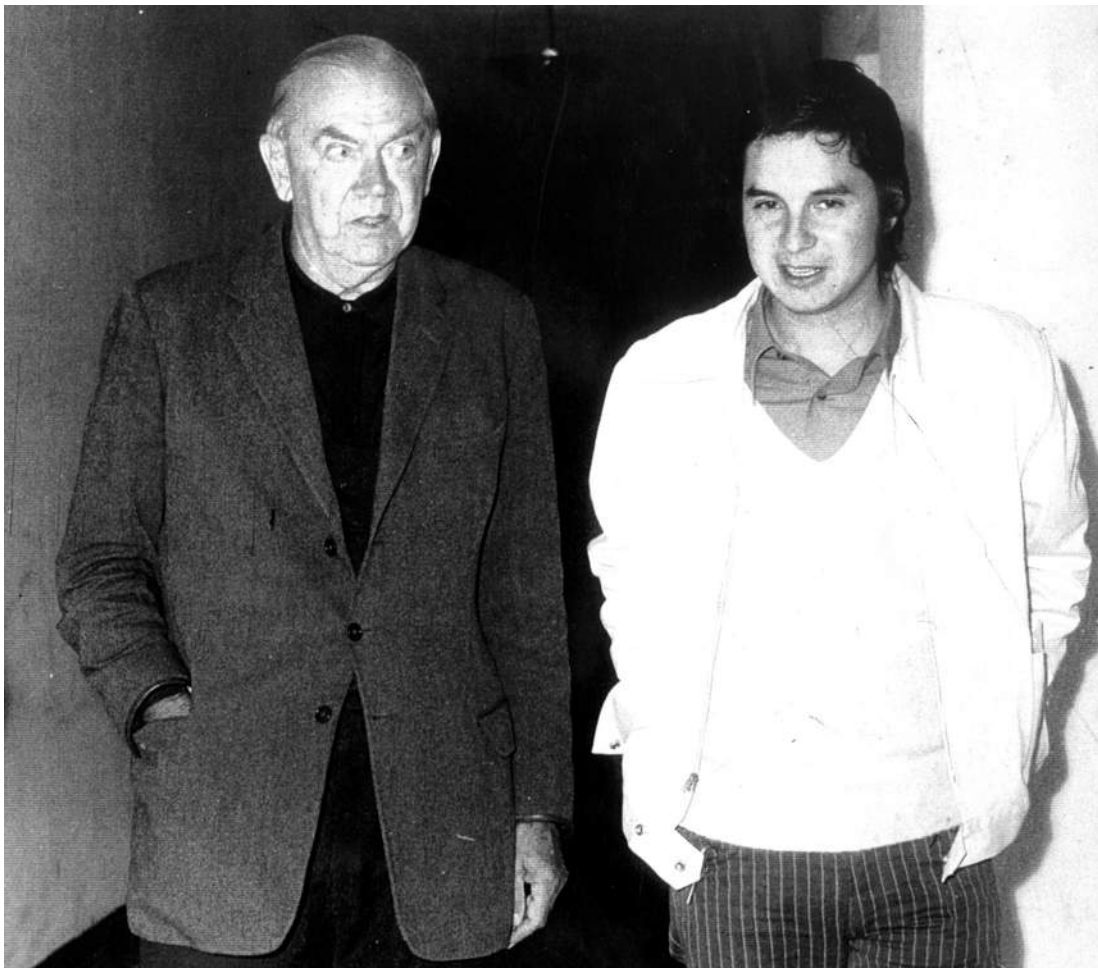
Suele trabajar con amáquina de escribir y después pasa sus escritos al computador: «Tengo a mis lectores de confianza que me dan sus críticas, pero corregir es algo que hago yo solo; es un trabajo espiritual, si no, sería como que alguien te ayude a rezar... Tardo un año o menos en escribir un libro y dos años en dárselo a la editorial, por eso no publico tan seguido. Tampoco me interesa». Hoy está concentrado en una novela que es la continuación del relato «El ángel del bar», en el que «los protagonistas que se encuentran en el primer libro crecen y tienen

prostíbulos, mujeres enormes: es todo el delirio de la búsqueda de un ángel, que creen que realmente existe. Una novela mística-urbana, no sé, una cosa bastante rara», adelanta. «Tengo como veinte cuentos juveniles ya terminados, también una novela sobre lo que me pasó en Berlín con unos neonazis, que es medio satírica, no sé si la termine, y otro libro que se llama *El evangelio según los otros*, pero no sé qué voy a publicar. Escribo un montón, pero retengo mucho.»

Paralelamente, tiene un trío de «rock proletario» llamado Analfabetos, y otro trío, Los Percantos Rodados, donde canta tangos «que no ofendan a la mujer», como hacía su abuelo materno, un anarquista. Dice que se siente más músico que escritor, «porque cantar es algo que me da libertad, algo que no me aliena, algo que me hace muy bien. Escribir es mi plan B. Tengo una relación rara con la escritura. De los Ramos, toda mi familia canta. Mi mamá canta desde que se levanta. Siempre escuché cantar y siempre canté: en la cocina, en el baño, haciendo cosas... Un hijo mío es muy buen pianista. El otro estudia filosofía, pero también es músico. En mi casa hay instrumentos y reuniones de músicos, que son mucho más divertidas que las reuniones de escritores. Así que nació conmigo esto de la música».

Su abuelo, igualmente, le traspasó el amor por los libros y por los títulos largos, de cinco palabras, que llevan casi todos sus libros. Fundó una biblioteca llamada Veladas de Estudio después del Trabajo, en que alguna vez se refugió el gran folclorista Atahualpa Yupanqui. Pero fue gracias a un cura al que ayudaba cuando era monaguillo que descubrió las páginas que sembrarían en él la semilla de la escritura. «Yo le ayudaba en el Sagrario; le limpiaba la casa. Un día me dijo que podía leer todo de una biblioteca y nada de la otra, que era una biblioteca laica», relata Pablo. «Ahí yo me dispuse a leer unos setenta, ochenta libros, en orden: el primero fue *La isla del tesoro*; el segundo, *Bajo el volcán*. Me partió la cabeza, porque hasta la página cien no entendía nada, hasta que, en un momento, entendí. Me acuerdo que pensé: “Esto es lo más maravilloso que se puede hacer en la vida, esto voy a hacer yo”».

Graham Greene en Chile:
Un relato de los lejanos
años setenta
Claudio Bravo Herrera



Septiembre de 1971. El avión tomaba altura sobre Santiago. Era una mañana despejada y fría y desde el aire la ciudad se veía más gris de lo que habitualmente era a esa hora temprana; una extensa neblina cubría la parte baja del valle. Greene observaba, al otro lado del pasillo, el sol que se había elevado sobre la cordillera. Yo tenía la vista del lado oeste de la cabina, sobre el paisaje brumoso de la costa. Mientras el Beechcraft King ascendía con sus dos poderosos motores, Greene se dio vuelta hacia mí y me preguntó si alguna de las moles nevadas que tenía a la vista era el monte Aconcagua; asentí y le señalé con la mano la probable cumbre mientras el avión enfilaba su morro hacia el norte, a Calama.

Este viaje impensado para mí se había gestado dos semanas atrás en Buenos Aires. Un télex de la Embajada de Chile en Argentina había llegado a mis manos, a la Dirección de Difusión Cultural e Informaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Solicitaba que se extendiera una invitación del gobierno al escritor Graham Greene, que se encontraba en Buenos Aires y se mostraba interesado en visitar Chile y conocer el proceso político que se estaba desarrollando, petición que fue aceptada sobre la marcha y que desató una serie de actividades para concretar la invitación y diseñar un programa de visitas y reuniones. Un par de días después nos encaminamos Cristián Casanova –jefe de la Dirección– y yo al

aeropuerto de Pudahuel, donde ingresamos a la losa y nos ubicamos al pie de la escala de desembarque. Entre los pasajeros que bajaban apareció Greene, un señor alto, de escaso pelo rubio y entrecano, sobriamente vestido con pantalones oscuros, chaqueta entre gris y tonos verdosos y camisa de tonos opacos. Traía un bolso y un diario en las manos. Me pareció una persona de ademanes entre inquietos y tímidos; se negó amablemente a que lo ayudara con su bolso.

Después de unos trámites expeditos en Policía Internacional en el salón VIP, recogimos una maleta flexible en que venía el resto de sus pertenencias y entre una conversación de acercamiento un tanto incoherente nos dirigimos al automóvil. Nos trasladamos al hotel Carrera. Al día subsiguiente Greene fue invitado a un almuerzo en La Moneda con el Presidente Allende y otros personajes políticos, lo que derivó en un programa de visitas a terreno: al norte, para conocer la mina de Chuquicamata y el proceso de nacionalización del cobre, y al sur, donde visitaría algunos predios agrícolas expropiados dentro del programa de la Reforma Agraria.

Me correspondió diseñar y preparar el viaje al norte. Hechos los contactos con Codelco, la Corfo y la Honsa (Hotelera Nacional S.A.), el programa de visitas estaba listo en el papel. La idea era que Greene viajara al norte acompañado por Cristián Casanova y yo. Extendí,

Greene, que durante un rato parecía dormir, se reacomodó en su butaca y miró por la ventanilla hacia el extenso paisaje reseco flanqueado hacia el este por las montañas de los Andes. Se volteó hacia mí y me preguntó si por alguno de los pasos que se avizoraban entre los cerros habían cruzado los restos de la guerrilla del Che.

además, una invitación a Luis Poirot, con quien habíamos compartido algunas visitas de interés con nuestro escritor. Entre otras, una visita a la iglesia de San Francisco, donde recorrimos unos jardines interiores que nos asombraron por su silencio y quietud en el medio de la ciudad. Greene conversaba, ignoro en qué idioma, con un joven sacerdote que oficiaba de anfitrión y guía al interior del claustro; en las tardes compartíamos unos tragos en la terraza del hotel.

El día previo al viaje al norte Cristián adujo que por razones de fuerza mayor era requerido en Santiago. Tampoco podría viajar Lucho Poirot, ante lo cual tuve que asumir solo esa responsabilidad. Sentí algo de pánico. ¿Que iba a conversar con un escritor inglés de esa talla? ¿Cómo estaba mi inglés para esa tarea? Esa noche repasé unos libros de literatura inglesa de mi colegio en Florida, USA, y al poco rato lo consideré un esfuerzo absurdo, mandé la idea a la cresta y decidí enfrentar lo que viniera. No era lo mismo tomarse unos tragos con Greene acompañado de otras personas que estar solo con él en un viaje.

De alguna manera conseguí que un avión de la Corfo nos trasladara al norte y nos movilizara por la zona los cuatro días que había programado.

El día de la partida lo pasé a buscar temprano al hotel en mi citroneta, donde echamos su maletín de viaje junto al mío en el asiento trasero; llevaba además un bolso de mano del que no se despegaba y lo cuidaba con esmero. Nos dirigimos al aeropuerto de Cerrillos donde nos esperaba el avión en un hangar de la Corfo. El piloto nos estaba esperando al costado del avión; estacioné mi citroneta dentro del hangar y nos

encaminamos al aparato y subimos por su escalera al interior. El piloto resultó ser una persona muy agradable y de gran ayuda, lamento no haber retenido su nombre.

Una vez en el aire, por la ventanilla se veían unos retazos de tierra en forma de cuadrados, rectángulos, trapecios de distintos tamaños y diferentes tonos de verdes, otros de tonalidades amarillas y ocre. Nos alejábamos de Santiago en nuestro vuelo hacia el norte, abajo el paisaje se tornaba marrón por la sequedad; apenas se distinguían unas hebras brillantes y plateadas de los cursos de agua. Al cabo de un tiempo el avión volaba sobre el desierto.

Greene, que durante un rato parecía dormir, se reacomodó en su butaca y miró por la ventanilla hacia el extenso paisaje reseco flanqueado hacia el este por las montañas de los Andes. Se volteó hacia mí y me preguntó si por alguno de los pasos que se avizoraban entre los cerros habían cruzado los restos de la guerrilla del Che hacia Chile. La pregunta me cogió de sorpresa y me levanté de mi asiento y me acerqué a la ventanilla por la que Greene observaba esa vastedad amarillenta y desierta. Se adivinaban unos valles o, mejor dicho, unas hendiduras entre los cerros que perfectamente podrían ser pasos cordilleranos. Más allá se vislumbraban unas altiplanicies reverberantes donde podría haber dejado sus huellas la pequeña partida de sobrevivientes de la aventura boliviana. Le dije que sí, que seguramente el grupo de fugitivos habría llegado a Chile por esos páramos. Greene abrió su bolso de mano y extrajo un bloc de apuntes, sacó una lapicera de su chaqueta e hizo unas anotaciones. Al rato tuvo que parar su actividad pues unos vientos cruzados empezaron a mover

la nave. Notamos que el avión había comenzado a descender y nuestro piloto se dio vuelta hacia nosotros y nos advirtió de unas turbulencias mientras nos acercábamos al aeropuerto de Calama.

Greene hurgó en su bolso y extrajo una botella de whisky Johnnie Walker de medio galón; nunca había visto una botella de whisky de ese tamaño. Sacó un vaso de plástico de un pequeño gabinete, lo llenó como pudo y me lo ofreció, sacó otro vaso e hizo lo mismo y me hizo un gesto de brindis. El avión se empezó a sacudir con más fuerza y el piloto nuevamente se dio vuelta y nos ordenó abrochar nuestros cinturones del asiento y nos explicó que estas ráfagas de viento eran comunes en Calama, por los cerros que bordeaban el aeropuerto. Greene apretó la botella contra su cuerpo y me dijo *It's my baby*, y agregó: *This reminds me when I landed in Dien Bien Phu*, por los barquinazos que sacudían al avión como fuego antiaéreo.

Apuramos el whisky garganta abajo y nos preparamos para el aterrizaje.

A los pocos minutos estábamos sentados en unas oficinas del aeropuerto donde nadie nos esperaba. Al principio me sorprendí y al rato me indigné y pedí el único teléfono que había en la oficina para comunicarse con el exterior. Tenía el nombre y el teléfono del relacionador público que supuestamente nos estaría esperando. Logré comunicarme con una secretaria de las oficinas de la minera de Chuquicamata y me explicó que la persona en cuestión ya estaba en camino a buscarnos y que lo había retrasado una reunión.

«¡Una reunión! –grité–. Oiga, estoy con un invitado del Presidente y llevamos media hora esperando en estas oficinas y nadie sabe nada de nada.» Al rato apareció el relacionador público de la mina y se deshizo en explicaciones. Finalmente rodamos hacia Calama y nos instaló en el hotel de la ciudad. Para aplacar mi mal humor y las incomodidades de Greene por la prolongada espera ordenó unos piscos sour antes del almuerzo para distender la situación.

Después de un almuerzo ligero nos dirigimos cada uno a sus habitaciones a descansar del viaje y los malentendidos. Al cabo de un rato volvió el relacionador público de la mina a buscarnos para efectuar una visita al yacimiento. Bajamos al corazón de la mina a bordo de una camioneta y nos movimos con cautela, esquivando unos grandes camiones Lectra Haul

que transportaban el mineral desde el fondo hacia arriba, a las procesadoras. Nos fotografiamos a un costado de uno de estos camiones, al frente de una de sus ruedas, cuyo eje apenas alcanzábamos con nuestras cabezas. Después nos dirigimos a la Gerencia, donde Greene tuvo la ocasión de hacer algunas preguntas sobre el proceso de la nacionalización y sus beneficios y consecuencias para Chile. Pudo además hablar con algunos mineros. Siempre llevaba su bloc de anotaciones y una cámara fotográfica.

En la tarde, sin mucho que hacer y de vuelta en el hotel nos dirigimos cada uno a sus habitaciones y quedé de ir a buscarlo para la cena. Entre tanto me junté con el relacionador público y le pregunté sobre los preparativos del viaje al día siguiente a San Pedro de Atacama, donde Greene tenía mucho interés en encontrarse con el padre Gustavo le Paige, a quien había conocido en África, y desde luego conocer el lugar y los trabajos arqueológicos que estaba desarrollando, así como el museo que contenía piezas importantes de la cultura prehispánica que había habitado ese oasis.

Todo estaba preparado para el día siguiente y quedé conforme con el plan, que se ajustaba al que había diseñado en Santiago y que obviamente incluía un automóvil con un chofer, baqueano de la zona, que nos llevaría por tierra hasta San Pedro. El piloto volvió a su avión esa tarde y voló rumbo a Antofagasta donde cargaría combustible y pasaría la noche. Quedamos en que nos iría a buscar a San Pedro.

Temprano nos pasó a buscar el chofer con su auto. Mientras, yo había preparado un bolso con algunos sándwiches y bebidas en la cocina del hotel para el trayecto de casi cien kilómetros. El camino entonces no estaba pavimentado y era poco transitado. Las bajas temperaturas de la mañana iban dando paso al calor a medida que el sol se elevaba sobre el páramo que recorriamos. Al llegar al denominado Valle de la Luna nos detuvimos para mirar y acercarnos a las extrañas formaciones de arena y sal petrificada que dan el nombre a ese entorno. Calama había quedado muy atrás, hundida en su sopor amarillento.

Finalmente, después de un breve retraso debido a un pinchazo de un neumático, arribamos a San Pedro. Nos dirigimos a la parroquia, donde suponíamos que encontraríamos a Le Paige. Nos recibió un joven monaguillo que salió de la

sacristía, al que le costaba entender la situación. El padre Le Paige estaba en el garaje, nos dijo. Salimos del recinto y cruzamos bajo las sombras raquílicas de unos pimientos hacia un descampado guiados por el acólito. Un amplio portón de tablas, incrustado en una larga pared de adobe, daba paso a un vasto patio de tierra. Parados en la mitad del recinto no veíamos a nadie, salvo unas dos o tres camionetas viejas con las puertas abiertas y los capó levantados como hocicos de latón. Un mecánico tiznado y con el pelo revuelto asomó la cabeza por una de las ventanas. Greene aguzó la vista y me dijo *There he is* y señaló hacia una de las camionetas con el capó del motor abierto. Vi unos fondillos y unas piernas cortas que colgaban afuera de alguien que tenía medio cuerpo dentro del motor. Nos acercamos y el acólito se aproximó y golpeó con suavidad las espaldas del sujeto y le dijo que tenía visitas. El cura descendió del motor, dejó de lado unos trapos con los que se había limpiado las manos y sacudido su camisa, a lo que siguieron unos abrazos y una efusiva conversación con Greene. Yo fui prácticamente ignorado después de un apretón de manos y seguí mi rutina de comparsa.

Nos encaminamos al museo,¹ que estaba en proceso de construcción y de ordenamiento y clasificación de los restos encontrados en las excavaciones de Le Paige, y de los utensilios de greda y piezas de uso doméstico de los habitantes prehispánicos de la zona. Mientras Le Paige guiaba a Greene por el recinto, yo los seguía a corta distancia en compañía de un par de alumnos de Arqueología de la Universidad de Antofagasta. Me explicaron que les habían asignado la tarea de asesorar al cura en sus labores pues en sus exploraciones y excavaciones primaba más el entusiasmo y la premura que un trabajo ordenado y científico. Así habían sido quebradas piezas de greda con chuzos y palas al intentar extraerlas para coleccionarlas. Había quejas de algunos lugareños por la extracción de momias que consideraban sus antepasados. En otras palabras, la universidad se estaba haciendo cargo y ordenando el trabajo.

Detuvimos nuestro andar frente a una gran caja de vidrio; desde dentro nos sonreía, con

una mueca inquietante, Miss Chile, así la había nombrado Le Paige; era la momia de una joven encontrada dentro de su tumba cerca del poblado. Observamos su peinado, unas greñas resacas, sus ojos vacíos y sus vestimentas de lana de alpaca y sus dibujos. Todo sacado a la luz por las picotas y palas que habían interrumpido su sueño milenario.

Recordé que tenía que preocuparme del almuerzo y me aparté del paseo. Apuré mis pasos acompañado por el monaguillo hasta la hostería de la Honsa. Tenía que organizar el almuerzo con los encargados del hotel y firmar vales que pagaría el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Al arribar Greene con Le Paige nos sentamos los tres en una mesa que miraba a un jardín luminoso. Durante el almuerzo me mantuve ajeno a la conversación; solo me preocupaba del contenido y presentación de los platos, pues había pedido al administrador y a las cocineras algo liviano, ya que esa misma tarde teníamos que emprender vuelo hacia Iquique. Pasado nuestro frugal almuerzo nos condujeron a la suave penumbra de un salón de estar que accedía a un jardín donde unos árboles proyectaban sus sombras. Descansamos largo rato del ajeteo de la mañana. Greene hacía anotaciones en su bloc a intervalos, entre miradas furtivas al jardín sombreado de donde provenían destellos de suave luz y el tenue arrullo de unas tórtolas.

Con la ayuda de un guía del hotel logramos responder sus preguntas sobre el poblado. Le asombraba la existencia de ese asentamiento en medio del desierto y la llegada de los españoles a ese punto perdido en esos páramos. Con su vista recorría un mapa que nos habían facilitado y con su índice señalaba lugares y volvía a las preguntas. Después hacía anotaciones y volvía su vista hacia el jardín. Pasado un rato nos ofrecieron unas «onces» que agradecimos y declinamos; una solitaria taza de té bastaría.

Un zumbido se acercaba por el cielo y aumentaba su sonido hasta transformarse en unos poderosos rugidos que circunvolvieron a baja altura sobre el poblado. Era la forma de anunciarse del piloto, que aterrizaría por allá, en el descampado, en una pista invisible a un par de kilómetros.

Nos movilizamos y recogimos nuestros bolsos de viaje en la recepción del hotel; apareció el chofer baqueano y nos despedimos del personal que nos había atendido. Nos dirigimos

1 El Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige lo fundó en su casa parroquial este jesuita belga apasionado por la cultura atacameña; luego se fue ampliando y hoy es propiedad de la Universidad Católica del Norte. Está ubicado en la comuna de San Pedro de Atacama, en la II Región de Antofagasta.

al vehículo y metimos nuestros bártulos en el portamaletas. El conductor había conseguido reparar su neumático para su vuelta a Calama.

Apareció Le Paige que venía a despedirse de Greene. Venía en una de las camionetas que habíamos visto en la mañana, con mucho ruido y estertores; el mecánico tiznado de la mañana venía limpio, peinado y al volante. Finalmente, Greene y Le Paige se despidieron; nuestro chofer nos apuraba hacia su vehículo. El desierto se abrió amplio e inconmensurable hacia el norte del poblado y a mano derecha, hacia el noreste se imponía el Licancabur en la distancia. El avión parecía tremolar a lo lejos, en esa planicie reverberante; a medida que nos acercábamos se fueron distinguiendo sus contornos y la figura del piloto se fue delineando con más precisión. Nos esperaba a un costado de la escalerilla. Nos bajamos del automóvil; nos despedimos muy agradecidos de nuestro chofer y nos alegramos de encontrarnos con nuestro aviador. Ayudé a Greene con sus bolsos y nos instalamos en nuestros asientos en la cabina, miré por la ventanilla y vi que nuestro piloto conversaba con un oficial de Carabineros. La escena me sorprendió y un poco más atrás vi una camioneta con los colores de la policía; habían aparecido de la nada y seguramente nos habían seguido desde San Pedro sin que nos hubiéramos percatado. El piloto gesticulaba molesto y decidí bajar. Greene me miró sorprendido, le dije que no pasaba nada grave. Se había iniciado una escena compleja, que mirada a la distancia era un espectáculo absurdo. El policía insistía que el piloto debía acompañarlo a la comisaría de San Pedro para extenderle un parte y retenerle sus documentos de piloto por el hecho de haber volado a baja

altura sobre el poblado. Nuestro piloto insistía en que era la única forma de anunciar su llegada a dos pasajeros que lo esperaban (recordemos que en esos años no existían los celulares y el aviador no conocía el teléfono de la única hostería del lugar). El hecho es que la situación estaba caldeada y el piloto se negaba a entregar sus documentos. Intervine tratando de calmar los ánimos y le expliqué al oficial que estábamos de visita con un invitado de gobierno; le pedía que dejara pasar esta situación. Por fin se dio por terminado el incidente y subimos al avión, por la ventanilla vi la camioneta de Carabineros que se alejaba hacia San Pedro con su tierral y su capitán malhumorado.

Más allá del poblado, hacia el sur, Le Paige iba dejando otra estela de tierra, una polvareda que se elevaba floja tras la camioneta. Iba dando tumbos por un camino lleno de baches, con sus palas, chuzos, picotas, rastrillos y cajas con sacos en demanda de otros entierros, sacando calaveras, clavículas, costillas, omóplatos y fémures y otros huesos a la sequedad de los aires desérticos.

Antes de que se encendieran los motores, Greene, que se había percatado de que algo no muy agradable había ocurrido, nos ofreció sendos vasitos de whisky; nuestro piloto declinó el ofrecimiento riendo y yo estiré la mano agradecido. Lo anterior había sido una escena de pintoresquismo para un libro de nuestro escritor.

Despegamos de esa pista en medio de la nada misma y nos elevamos rumbo al sol poniente, hacia Iquique. Fue un vuelo corto y descendimos al aeródromo que se encontraba en la ciudad misma, entre casas descoloridas y chabolas color tierra de techos planos de calamina. Fue una visión fugaz por la ventanilla del avión.

Detuvimos nuestro andar frente a una gran caja de vidrio; desde dentro nos sonreía, con una mueca inquietante, Miss Chile, así la había nombrado Le Paige; era la momia de una joven encontrada dentro de su tumba cerca del poblado. Observamos su peinado, unas greñas reseca, sus ojos vacíos y sus vestimentas de lana de alpaca y sus dibujos.

Aquí la memoria me abandona. Recuerdo que nos trasladamos al centro de Iquique en un jeep militar abierto, descapotable. Terminamos en el regimiento asentado en la ciudad. Recuerdo haber sido guiado con Greene y el piloto a la comandancia del regimiento, donde nos encontramos los tres sentados ante el general o coronel a cargo de la guarnición. Un amplio escritorio nos separaba del militar que fumaba unos cigarrillos mentolados con filtro, con lentos ademanes lanzaba el humo al aire y le sonreía a Greene. En un inglés pasable decía que había leído algunos de sus libros —supuse que *El americano impasible* y *El tercer hombre*— y hacía comentarios. Greene estaba inquieto y molesto, algo que el piloto y yo notamos, y en un intercambio de miradas decidimos abandonar el recinto. El general ofreció alojarnos en una de las barracas acomodadas para visitas pero agradecemos la oferta y nos despedimos del sujeto. Hasta el día de hoy no recuerdo por qué terminamos en ese regimiento. Debí haber sido por la huelga de los hoteles de la Honsa. Afuera le propuse al piloto adelantar el viaje y volar hasta la planta experimental de Canchones en la pampa del Tamarugal, que distaba poco más de un cuarto de hora de Iquique; estuvo de acuerdo pero tenía que ser ya, antes de que el sol se pusiera. Volvimos al jeep y nos dirigimos raudos al aeródromo.

Despegamos y nos elevamos hacia la pampa; a los pocos minutos vi unas extensas manchas oscuras en el paisaje reseco de la tarde, eran los bosques de tamarugo que se extendían en la planicie. Descendimos y el piloto efectuó dos giros cerrados a baja altura sobre unas casas que se distinguían apenas entre los árboles.

Aterrizamos en una pista invisible para mí, a cierta distancia de los bosques de tamarugo. Pasados unos minutos dos luces emergieron de la penumbra; se acercaban hacia nosotros. Un hombre joven bajó del jeep y se saludaron entre risas con el piloto. Nos presentaron y nos dirigimos a las casas que había visto desde el aire, eran amplias y limpias. Había oscurecido y una vez ubicados en nuestra pieza, que compartí con Greene, nos llevaron al comedor, donde alguien nos preparó un plato de arroz con huevos y un bistec para cada uno. No había vino, solo agua.

Esa noche Greene estuvo más conversador, caminamos hacia la noche acompañados por el piloto y un par de jóvenes ingenieros forestales que administraban la Estación Experimental. El

cielo intensamente estrellado cubría nuestra caminata nocturna. No recuerdo por qué Greene recordó los años de guerra y los bombardeos sobre Londres. Me dijo que nunca se había sentido más intensamente británico y orgulloso de serlo que cuando compartía con miles de familias las estaciones del Underground durante los bombardeos de la Luftwaffe, ahí sentía que ese era su lugar en la tierra. Que era parte de esa gran comunidad que resistía sola y estoicamente el embate nazi.

Llegamos hasta la obscuridad de los árboles y volvimos a las casas donde nos esperaba el descanso de otro día agitado. En la pieza había una mesa y unas sillas y Greene extrajo su botella de whisky y yo me dirigí a la cocina donde una empleada, al parecer boliviana, me pasó un plato con unos cubos de hielo que le había pedido. Esta vez el piloto nos acompañó con un vaso de whisky mientras organizábamos las actividades del próximo día.

Revisamos un mapa de la zona y programamos con Greene el viaje hasta Pica. El pueblo cuenta con una iglesia antiquísima y tiene un retablo que representa la última cena, con Jesús y los apóstoles esculpidos en madera y en tamaño natural. Nos juntamos con nuestros anfitriones y les preguntamos si nos podían facilitar el jeep al día siguiente. Ningún problema pero uno de ellos haría de chofer. Aceptamos.

Una vez solos en la pieza Greene volvió sus pensamientos a nuestro fugaz paso por Iquique y me confesó que se había sentido incómodo y molesto con el coronel. Algo había en su aspecto que le provocó rechazo y me recalco *his fox like face* y que le pareció *not trustworthy*. Recordé sus finos bigotes, sus ojos achinados en el rostro aguzado y sus ademanes estudiados.

Después, la conversación derivó a temas personales y me contó que su conversión al catolicismo había sido a causa de una mujer de la que se había enamorado y que era católica y con la cual terminó casándose; no se extendió más allá en ese tema. Esa noche escribió hasta tarde.

A esta altura, el viaje que había planificado en Santiago había cambiado drásticamente por la fuerza de los acontecimientos: la huelga de la Honsa.

En Santiago, Cristián, mi jefe, no tenía idea de dónde me encontraba con nuestro escritor, quien parecía estar tranquilo y contento con la aventura.

Greene hurgó en su bolso y extrajo una botella de whisky Johnnie Walker de medio galón; nunca había visto una botella de whisky de ese tamaño. (...) apretó la botella contra su cuerpo y me dijo *It's my baby*.

Temprano al otro día nos encaminamos con uno de nuestros anfitriones hacia la arboleda de tamarugos. Bajo el dosel verde de estos árboles vimos gran cantidad de ovejas y caprinos que se arremolinaban bajo sus sombras. Comían los frutos de esta especie, que semejan un gran maní curvo y que tapizaban el suelo alrededor del tronco y la sombra de sus ramas. La imagen contrastaba con el desierto que se extendía poco más allá de la arboleda. Greene se mostró sorprendido por el espectáculo, pues de noche no distinguimos, en la oscuridad, las ovejas y caprinos que dormían bajo estos árboles. A la luz de la mañana imaginé un paisaje bíblico, los balidos de las ovejas y cabras apiñadas bajo las ramas, y la reverberación del desierto al otro lado del escaso verdor.

Antes del mediodía iniciamos nuestra excursión hacia Pica. En el camino nos detuvimos a observar unos socavones profundos que se encontraban cerca de la ruta y que se abrían a unas aguas subterráneas a bastante profundidad; se podía escuchar desde arriba cómo escurrían. Uno de nuestros acompañantes observó que estas aguas descendían desde la cordillera y que estos pozos databan de antes de la llegada de los españoles, quienes los habían profundizado. Continuamos nuestro viaje a Pica y nos dirigimos a la iglesia del pueblo a ver el retablo prometido. La iglesia estaba cerrada para sus parroquianos a esa hora, pero nos permitieron la entrada. Sentí el frescor de la sombra interior y el silencio del claustro. Con Greene nos acercamos a mirar el retablo que se encontraba a un costado de la nave. Nos mantuvimos en silencio un rato.

Greene observaba atentamente a los personajes representados y en un gesto que me sorprendió me tomó del brazo y me preguntó si identificaba a Judas en el grupo. Le contesté que no, que no tenía formación religiosa e

ignoraba totalmente la disposición de los santos que acompañaban a Cristo e imaginada por los artesanos. Con una sonrisa apagada me dijo que mirara bien. Como persistí en mi desconocimiento me indicó a uno. «¡Ese, con aspecto de inglés!», recalcó. Efectivamente, entre Cristo y los apóstoles con rasgos españoles, había uno entre rubio y colorín, ese era Judas.

Por cierto Greene dedujo que el retablo tenía que datar de la época de alguna de las guerras entre ambos imperios, o era simple inquina de los talladores, por los saqueos de Drake costa abajo. Esta anécdota marcó mi visita al pueblo. El traidor, el malo, el Judas, siempre era el enemigo, el contrario. Acompañé a Greene con una risa sofocada. Del resto de la visita recuerdo unos jardines y unas plantaciones del pequeño y jugoso limón de Pica. Volvimos temprano a la Estación Experimental. Desde la logré comunicarme por teléfono con el Gran Hotel de la ciudad de Antofagasta y conseguí hablar con el gerente, quien me aseguró que no tenía problemas para recibirnos y alojarnos, a pesar de la huelga. Nuestros anfitriones nos acompañaron al costado del avión, nos despedimos agradeciéndoles sus atenciones y emprendimos vuelo a Antofagasta.

Aterrizamos en el aeropuerto de la ciudad en una pista pavimentada y dejamos el avión a buen recaudo. En esta ocasión el piloto se comunicó por radio con la torre de control y efectuó todas las operaciones pertinentes a un aterrizaje formal. Conseguimos que nos recogiera un taxi y nos dirigimos al hotel.

El hotel estaba cerrado; nos bajamos del taxi y nos quedamos mirando sus amplios portones totalmente cerrados. Se me hizo un nudo en la garganta. Allí estábamos Graham Greene, el piloto y yo con nuestros bolsos de viaje parados en la vereda mirando la fachada muda y ciega del hotel. Pasaron largos segundos hasta

que notamos que una de las puertas se entreabría apenas y aparecía la cara de un señor medio calvo. Sacó la mitad del cuerpo afuera y nos hizo señas para que nos acercáramos. Recogimos nuestros bártulos y subimos los escalones hasta la fisura que se había abierto. El portón se abrió un poco más y el gerente nos recibió con entusiasmo; le acompañaban un par de mucamas que nos guiaron a nuestras habitaciones, mientras Greene era atendido con efusión por el gerente que le hablaba en un buen inglés (deduje por su aspecto que debía ser de origen centro-europeo, húngaro quizás, avecindado en nuestro país). Caminamos por unos pasillos oscuros y solitarios, como ladrones desaprensivos. El único ruido era el de nuestros zapatos, el cuchicheo de las mucamas y las atenciones verbales del gerente hacia Greene.

Nos prepararía una muy buena cena, nos dijo, pero agradecemos la atención y le expresamos que teníamos una reserva en un restaurante. Queríamos escapar del recinto claustrofóbico.

Después de un breve descanso pasé a buscarlo a su habitación para juntarnos los tres en el hall de recepción y dirigirnos a un restaurante que conocía nuestro aviador. En nuestra caminata por el pasillo fuimos sorprendidos por un fotógrafo que había conseguido el gerente y que nos disparó un flashazo a quemarropa. Es la única fotografía que tengo con el escritor. El pasillo se ve oscuro, yo conversando y Greene sorprendido.

Salimos a la oscuridad de la noche por una hendidura que el propio gerente nos abrió en el portón. Llegamos a un restaurante lleno de gente y animación. Pedimos pescado y probamos unas presas de pulpo o de calamares en su tinta, todo acompañado de un excelente vino blanco muy helado. En un momento, mientras disfrutábamos de nuestros platos el piloto nos pidió permiso para ausentarse unos minutos. Al cabo de un rato apareció y se volvió a sentar con nosotros. Traía un libro que, ignoro cómo, había comprado a esa hora en una librería. Era *Viajes con mi tía*, y le pidió que se lo dedicara. El escritor sacó su pluma de su chaqueta y le dibujó unos puntos en una de sus hojas y los unió con unas líneas semicirculares, como volutas. Era una alusión a los despegues y aterrizajes que habíamos efectuado en el viaje y le agradecía esos vuelos. Una bonita dedicatoria.

Esa noche cada uno durmió satisfecho y tranquilo en su pieza. Al día siguiente, durante el

desayuno se nos acercó el administrador del hotel y confirmó mis intuiciones; era de origen centro-europeo (yugoeslavo o húngaro) y se había asentado en este lejano país después de la guerra. Greene lo invitó a sentarse en nuestra mesa, que era la única ocupada en el amplio comedor. Se confesó admirador de la obra de nuestro escritor y le solicitó una dedicatoria en un libro que traía consigo. Después de una breve conversación nos dejó solos. Nuestro piloto se excusó diciendo que tenía que ir al aeropuerto a preparar el avión para el viaje a Santiago. A petición mía el gerente del hotel nos consiguió un taxi con un chofer que conocía e hicimos un recorrido por la ciudad, sobre todo por la avenida que bordeaba el puerto. Visitamos las ruinas de Huanchaca, una antigua fundición de plata, y volvimos hacia el norte y nos acercamos al monumento natural de La Portada, esa gran roca horadada por el mar.

Después de un almuerzo ligero y un breve descanso emprendimos el vuelo de retorno. Aterrizamos al atardecer en una ciudad que me pareció inquietante y agazapada. Lo pasé a dejar en mi citroneta al hotel Carrera.

En los días que siguieron Greene tenía una apretada agenda de entrevistas y reuniones y un viaje a Viña del Mar donde compartiría una cena con escritores de la zona.

Pocos días después lo fuimos a dejar al aeropuerto de Pudahuel donde emprendió su regreso a Europa en un avión de la British-Caledonian. Ignoramos qué impresión se llevó de nuestro país pero en el aire había una sensación de inquietud y tensión que envolvía el ambiente.

Claudio Bravo es egresado de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile y exfuncionario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Greene no usó lo visto y oído en Chile para su obra como narrador, sino que publicó una crónica en el *Observer* de Londres, el 2 de enero de 1972, en la que sintetiza el delicado momento político del país con extraordinario conocimiento y talento analítico. La tituló «Chile, the dangerous edge».

Los expedientes de Filebo:

Dedicatorias para seducir a un crítico

Cecilia García-Huidobro McA.

A Luis Sanchez
Latorre dedi-
cado desde la
primera pági-
na hasta la
nº 131.

Adolfo Couss

Oscar Hahn ^{dedicatoria}
ÓSCAR HAHN / AGUA FINAL
a
Luis Sanchez Latorre,
en el más puro
"estilo alerce",
figuró.
Con admiración
y
resentimiento.

Todos se declaran cercanos a Luis Sánchez Latorre. Si estableciéramos un conteo, estoy cierta de que superaría con creces al mismísimo Roberto Carlos. Porque, si atendemos a los libros que el crítico acumuló durante sus casi sesenta años de periodismo cultural, habría que concluir que tuvo más de un millón de amigos. Cuando la Biblioteca Nicanor Parra adquirió la completísima colección personal de literatura chilena de Filebo —el alias de Sánchez Latorre—, resultó llamativa la cantidad de títulos que llevaban dedicatoria manuscrita haciendo gala de una amistad o camaradería con él. Tanto, que llega un punto en que el término «amigo» se hace insuficiente y se acompaña de todo tipo de adjetivos: viejo, gran, querido, reconocido, dilecto, inapreciable, entrañable, compañero de ruta... No falta el que se va por el lado posesivo y lo llama «mi amigo» o el que intenta marcar una suerte de monopolio: «Tu mejor amigo». Están incluso los hiperbólicos que se lo dedican a su «auténtico amigo», como si en esto cupieran las imitaciones. Ah, y se me olvidaba la del sentido (el partido más grande de Chile, el partido de los sentidos, decía Neruda): «Distante amigo».

Estamos hablando de al menos seiscientos volúmenes cuya portadilla posee un saludo de su autor, de seguro con la esperanza de contar con una futura reseña. Bueno, menos el peculiar Pablo de Rokha, que «abrazo» al crítico en la mismísima portada de *Fuego negro* (1953), el dolorido poemario que publica luego de la muerte de su mujer.

Supongo que no es fácil hacer una clasificación. Hay tantas dedicatorias como autores que quieren llamar la atención del crítico. Por eso los caminos son variados.

Están los modestos:

«A Luis Sánchez Latorre (LSL), que sabe más que yo, largamente».

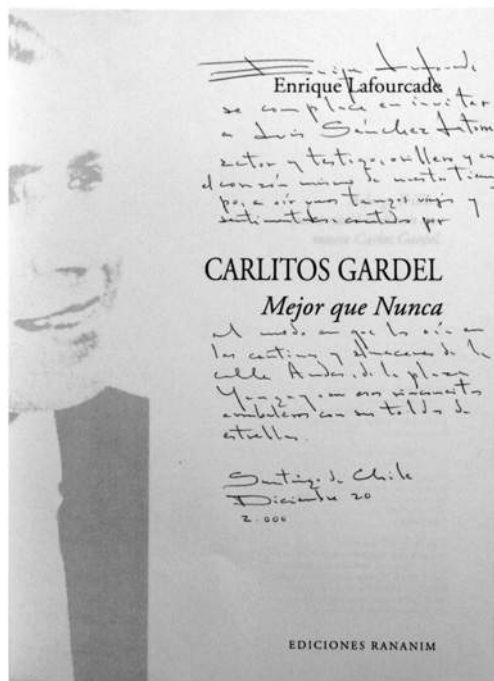
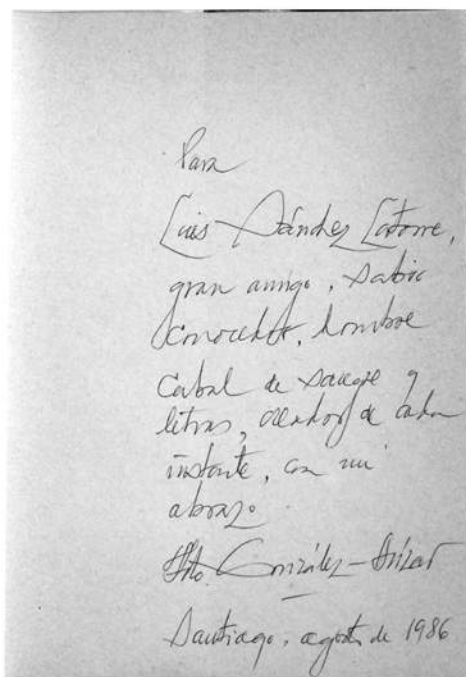
Los zalameros: «Con reconocimiento a su alto espíritu».

«Amigo y maestro de muchas maestrías.»

«Al maestro LSL, con la permanente admiración de su impenitente lector.»

«A LSL, periodista y escritor de extraordinario talento, en recuerdo de una antigua y siempre cordial amistad», «... a su condición de escritor beligerante y creador».

«A LSL, celador agudo de las letras chilenas y gran escritor él mismo, con profundo afecto.»



No falta el que se va por el lado posesivo y lo llama «mi amigo» o el que intenta marcar una suerte de monopolio: «Tu mejor amigo». Están incluso los hiperbólicos que se lo dedican a su «auténtico amigo», como si en esto cupieran las imitaciones.

«Distinguido ensayista», «orfebre atento», «con el aprecio de asiduo lector...»

«Para Filebo exégeta»; «a través de este libro hago votos por su salud y bienestar»; «al Rhodas LSL». Y mi predilecto: «Usted con sus amables palabras hizo más tangible ese mundo poético de mi infancia».

Otra forma de halago es la enumeración de sus cualidades y la adulación de su obra: «Gran amigo, sabio, conocedor, hombre cabal de sangre y letras, creador a cada instante». «Para LSL, erudito escritor y brillante columnista, en quien siempre he admirado su maduro pensamiento y acabado manejo del lenguaje.» «Para LSL, pensando en el Lejano Oeste.»¹

Y hay los que se juegan la carta de aparecer como ingeniosos ante los ojos del crítico:

«A mi amigo LSL, al singular Filebo de prosa sutil, al Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, tres personas distintas y un solo ser no más».

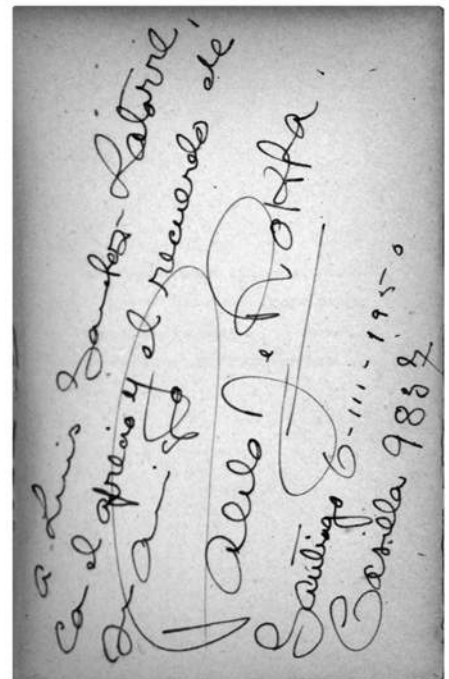
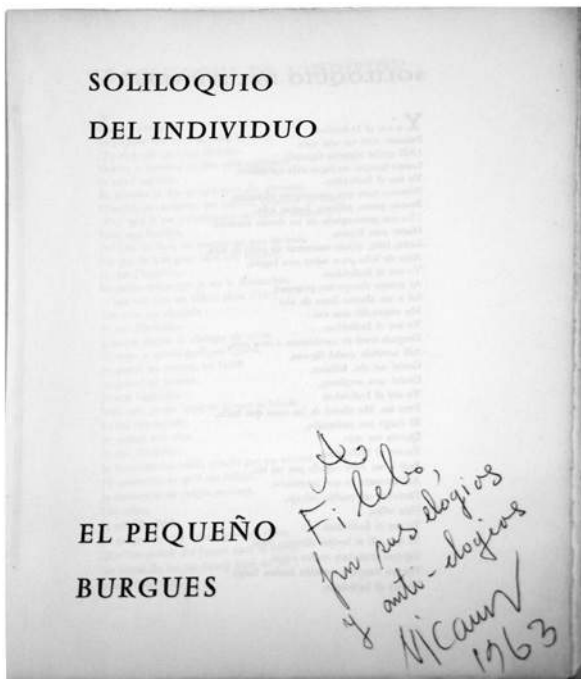
«Para LSL aguardando que su espíritu astuto se deleite.»

«Con el color de la savia novel y emprendedora.»

«Invitación a un brevísimo viaje en el tren del recuerdo literario.»

Luis Rivano, el Paco Rivano, escoge la complicidad con humor: «Para mi tío Filebo, autor de la “antisolapa” y sostenedor del mito “Rivano” a

¹ *Lejano Oeste* es el título de un libro de LSL.



duras penas, esperando que no se sienta aludido por el cielo y la guaripola». Están los que apelan a lo emotivo envolviendo también a la mujer de Sánchez Latorre: «Para Lucho y Mimí, amigos queridos y pareja de ejemplar amor y ternura, con la admiración fraterna»; o este: «Para los grandes artistas y escritores Mimí y Luis».

Los que recurren a la complicidad o a la buena crítica anterior:

«Por su siempre valioso estímulo».

«Esperando que estos cuentos le gusten un poquito.»

«Al siempre joven Filebo, a quien tanto le debo...»

«A nuestro gran Presidente LSL, esperando su valiosa opinión.»

Los sobrados:

«Con la simpatía afectuosa de mi amistad» (Luis Durand).

«[Esta novela] fue aplaudida y atacada, pero sigue quebrando “récorde” de ventas en todas las ferias...»

Los prácticos parecer seguir la fórmula de soplarle al crítico de qué va el libro y, en lo posible, qué es lo que debe decir:

«Para el gran Filebo, este viaje imaginario en compañía de tantas voces olvidadas, con el afecto y la admiración de su amigo»; «... estos versos, esperando que en ellos se muestre algo del amor y la soledad del hombre».

Y entre los prácticos habría que agregar a los que van al hueso y ponen el teléfono primero para que los llamen. O los derechamente francos: «Paletéate con tu amigo».

Imposible que faltaran los picados: «... su amigo desconcertado»; «a LSL, tan alejado, por desgracia...».

En el mundo de los librereros viejos un volumen con dedicatoria de su autor suele tener un precio más alto. Pero en realidad nadie imagina que se trata de todo un subgénero de la literatura, literatura fantástica me atrevo a decir, pues es ella el revés de nuestras más secretas intimidades y pesadillas.

LUIS SÁNCHEZ LATORRE

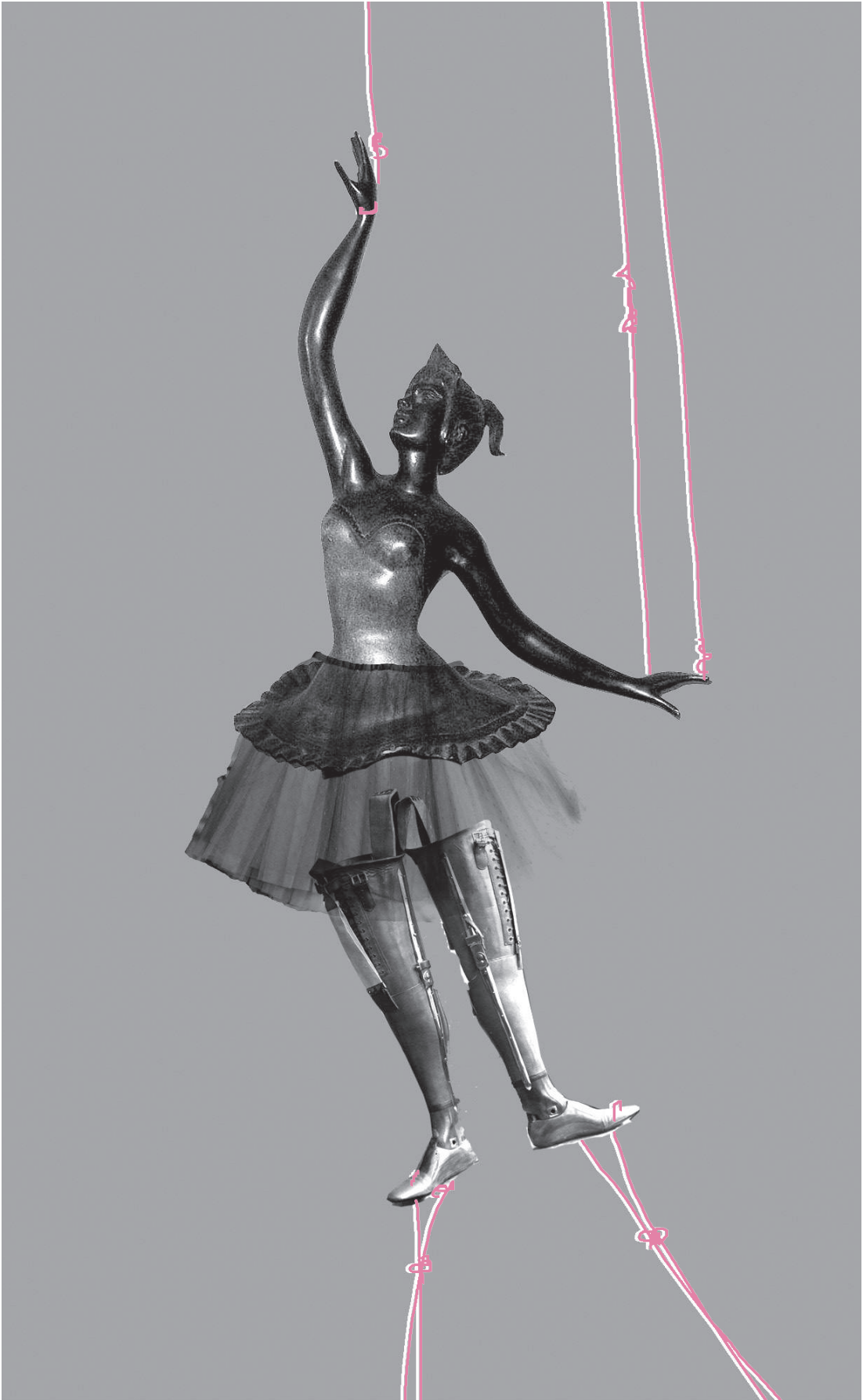
En 2017 se cumplirán diez años de la muerte de este significativo escritor y crítico chileno (1925-2007), que comenzó a escribir muy joven en *Las Últimas Noticias*, donde desde distintas trincheras –reportero, columnista, editor– se mantuvo hasta su muerte. Alternó también su labor con algunos heterónimos como Filebo y Pepys, colaborando en el diario *La Segunda* y principalmente en *El Mercurio*.

Además de las recopilaciones *Los expedientes de Filebo* (1965) y *Memorabilia de Filebo* (2000), publicó la novela *Lejano Oeste*.

En 1985 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo.

Dossier Más mujeres





Herencia

Larissa Contreras

I En su estudio de la calle Mühlenstrasse, el doctor Asmus Julius Thomas Thomsen escucha el desconsuelo de su hijo Thomas luego de haber sido rechazado en las pruebas de ingreso al servicio militar. Nada ilusionaba más al quinceañero danés que servir a la patria y atravesar los campos de su tierra en las filas de las tropas de infantería del Ejército Real de Dinamarca, enarbolando una bayoneta y expulsando prusianos del ducado de Schleswig. El ducado le pertenecía a la corona por derecho hereditario desde tiempos vikingos y ningún patriota con el pecho bien puesto cedería un centímetro a los alemanes. La herencia es una cuestión inapelable, le habían enseñado, con la herencia no se juega.

Nada desgarraría más el pecho de un padre comprometido con la vocación de su hijo que ver su futuro truncado, aun cuando la vocación del niño sea inversa a la del padre —porque él, como médico, ha entregado su vida a velar por la de los otros— y aunque eso del futuro sea algo en entredicho tratándose de matar o morir en la guerra. El muchacho alucinaba con una carrera militar, encajado en ese uniforme, con esa chaquetita azul con botonería dorada, ese cinturón de cuero y esas gruesas botas negras de media pierna diseñadas para someter a la nieve. Y qué decir del sable con incrustaciones reales. Y de la bayoneta. Y del abrigo gris con el gorro de piel de oso. La

indumentaria perfecta para hacer frente al enemigo en el adverso clima nórdico, cuestión no menor, dada la importancia que el frío ha tenido en la historia de su familia.

Todo parecía ir tan bien. El muchacho pasó las primeras pruebas con éxito, el médico indicó que estaba psicológicamente habilitado para destripar alemanes y, a la observación, gemelos, femorales, pectorales y deltoides se veían sorprendentemente desarrollados para un chico que recién se empinaba a los dieciséis. Era un hecho, en unos años más se convertiría en un verdadero gladiador.

El problema se dejó ver en el ámbito de lo práctico. El trote en sí no presentó mayor inconveniente; la tropa de aspirantes se trasladó en una coreografía disciplinada, convertida en un solo cuerpo que bufa, exudando patriotismo y testosterona. El drama se manifestó tras el pitazo del sargento que ordenó plantar la carrera en frío imitando un asalto al enemigo. La reacción debía ser instantánea, pero el privilegiado cuerpo de Thomas no respondió a la altura y se quedó pegado al suelo mientras sus compañeros corrieron a hacer patria descuartizando confederados imaginarios. Los músculos de sus piernas se entumecieron, sus manos se pegaron a la bayoneta, sus párpados se engarrotaron, se le trabó la mandíbula y, como un soldadito de plomo, cayó tieso en la tierra escarchada. Intentó

A algunos les heredan casas, joyas, tierras, a nosotros nos heredaron un gen autosómico dominante que no alcanzo a imaginar, y que me suena a robótico y a sometimiento.

ponerse de pie, pero cada movimiento se volvía en su contra. ¡Qué le pasa, soldado!, le gritó el sargento. ¡No sé, mi sargento!, mintió Thomas con la lengua rígida.

Pero el chico sabía perfectamente lo que pasaba. No había querido mencionar, para no ser rechazado en el cantón, que padecía ese tipo de espasmos desde que tenía uso de razón, y que empeoraban con la asolada del frío. El sargento fue todo menos comprensivo, no se le puede pedir ternura a un olmo, y el pelotón se convirtió en una masa organizada de burlas y murmuraciones. ¡Qué le pasa, soldado! Pero no era momento para explicaciones. A la corona le urgía una legión de húsares para proteger la península. Necesitaba héroes, no una estatua al soldado desconocido.

El muchacho fue acusado de fingir extraños síntomas para evadir el servicio. Nada más alejado de la realidad; el chico tenía vocación de muerte, era el cuerpo el que no lo apañaba. Fue humillado frente a la compañía, tildado de mentiroso y antipatriota y debió partir cargando su vergüenza hasta el estudio del doctor Thomsen. Y ahí está, secándose lágrimas y mocos con la manga de la chaqueta, con los párpados recogidos como si estuviera haciendo chinitos. Porque así como el frío, las emociones también tienen un rol importante en esta fiesta.

En un arrebato de impotencia el padre empuña su mano para golpear el escritorio. Pero su mano se queda de piedra, y todos los músculos involucrados en el gesto de la rabia se rehúsan al relajo. O más bien, lo encuentran cuando la rabia que lo originó ha sido suplantada por la impotencia. Como su hijo, y buena parte de su familia, el doctor Thomsen ha sufrido desde siempre estas molestias. Thomsen es neurólogo, tiene pergaminos como para empapelar su estudio, hace clases en la universidad. Es respetado, doctorado en Berlín en enfermedades neurológicas. No lo tiene claro, pero quizás escogió esta profesión porque las personas somos obstinadas

y escogemos por donde nos duele. Pocos conocen la razón por la que le rehúye al frío, por la que a veces demora en levantarse de su silla, por la que da esos interminables apretones de mano, y es porque le aqueja un extraño mal del que poco o nada se sabe, que le entumece los músculos al comenzar un movimiento. Un mal cuya única explicación hasta ese momento se emparenta con lo demoníaco. El doctor se ha pasado años haciendo de conejillo de Indias de sí mismo y observando a su hijo para obtener algún patrón de la enfermedad, algo que la explique para encontrar una cura que dé alivio a él y a sus parientes afectados. Y aunque el método científico no ha dado frutos, no se va a quedar como figura de yeso viendo cómo el Ejército Real humilla a su hijo. El doctor Thomsen acaba de decidir que es hora de salir del clóset; también, que su retoño debe repensar su vocación (la carrera médica, tal vez, la de leyes, nada que implique una carrera en el sentido literal de salir corriendo rápido hacia algún lado) y que buscará apoyo en la comunidad científica.

Por eso ha investigado y ha dibujado una y otra vez el árbol genealógico de su familia, donde la rama que corresponde a su lado materno se bifurca en decenas de ramitas que a su vez se bifurcan en decenas de ramitas más y de algunas de ellas cuelgan tías, tíos, abuelas, primos y primas con distintos grados de incapacidad de relajar los músculos después de un movimiento, y con susto de caer como frutos empalados en el piso. Y ahora Thomas. Thomas, que vendría a completar la base enferma del árbol, porque Carlota, su hermana la menor, aletea como colibrí de tulipán en tulipán sin el más mínimo asomo de entumecimiento.

II

Hace frío, es uno de esos días cerrados de invierno y en una sala del hospital José Joaquín Aguirre, el doctor Ferrer ha citado a su curso de neurofisiología a una clase expositiva. Los

futuros médicos sacan sus ojos curiosos por entre las bufandas y los gorros tejidos, y sus lápices resbalan entre los mitones. Así como Thomas a mediados del siglo XIX en un ducado danés que demoró poco en caer bajo soberanía prusiana, hoy, en 1988, sirvo yo como conejillo de Indias. Aleteo cerca de la edad que tendría Thomas cuando se dio con sus limitaciones contra el suelo escarchado, y he tenido molestias para librar mis humildes batallas. El médico me pide que apriete los párpados con fuerza, que salte, que me agache y me ponga de pie de un envión, golpea mi antebrazo con un martillo de goma y el público se saborea con los signos de la distrofia muscular que padezco. Soy una curiosidad para ellos, un «por ejemplo», un caso. Cada reacción de mis músculos corrobora los estudios descritos por el doctor Thomsen en su tratado de 1876.

Los estudiantes desean que mi cuerpo se engrasara más, que mis manos se encrispen, que tenga dificultades para deglutir y para respirar como en los casos más graves, pero la enfermedad no es tan agresiva en mí. Me ha hecho desarrollar una musculatura marcada debido a la cantidad de esfuerzo que significa la pelea contra la rigidez. Para mí la enfermedad es una gran molestia que me ha sacado lágrimas, pero no es inhabilitante si guío mis expectativas tomándola en cuenta. Nada comparable a la enfermedad de Becker, o la de Steinert, por ejemplo, u otras miotonías degenerativas y mortales. Los días cálidos ayudan a que los músculos se tomen menos tiempo en relajarse, pero en días como hoy, el despliegue del mal está en su apogeo. Son pocas familias en Chile, dice sonriendo el doctor Ferrer y los chicos anotan y yo no sé si sentirme orgullosa, privilegiada o lamentarme. También anotan gen autosómico dominante, hipertrofia muscular, mutación genética y canales de cloro y nomenclaturas que no alcanzo a entender. Lo que sí entiendo es que en el origen ciertos

genes se arrancaron con colores propios y que los descendientes afectados tienen el cincuenta por ciento de probabilidad de manifestar los síntomas. También, que no hay cura alguna para la enfermedad, porque no es exactamente una enfermedad sino una condición. Se han probado sí algunos medicamentos, pero los efectos adversos superan a los beneficios. El médico dice que hay que confiar en la ciencia, y que algún día, quién sabe, alguno de los futuros médicos presentes dará con una medicina que cambie nuestra historia.

A algunos les heredan casas, joyas, tierras, a nosotros nos heredaron un gen autosómico dominante que no alcanzo a imaginar, y que me suena a robótico y a sometimiento. Es que la herencia es inapelable, aprendí, con la herencia no se juega.

A diferencia de Thomas, el mundo militar para HermanoXY(+) es una pesadilla. Sus nombres y nuestros apellidos aparecieron hace un par de años en una interminable lista de llamado en el portón de un cantón de reclutamiento. Debía presentarse ahí para enrolarse en el servicio militar obligatorio. Es tiempo de dictadura, y el fantasma del «servicio» ronda a todos los muchachos con cuarto medio cumplido. Hay que proteger a la Bella Durmiente de las agujas, y hay que salvar a los jóvenes de esa pesadilla camuflada regida por mandos con un concepto perverso de la patria. En estas mismas condiciones, tal vez Thomas se habría presentado de voluntario, pero para otros, sin pedigrí ni apellido ni aspiraciones en la carrera militar, encontrarse en esa lista es un espanto. Significa volverse un pelado (no sólo por el estilo del corte al rape), un desvalido, un chiquillo a la intemperie, sin su historia, sin su dignidad. Es caer en manos de milicos golpistas, de exterminadores que te someten, te anulan, te ocupan, te mandan a allanar las poblaciones y a dar culatazos en las

El doctor Ferrer y los chicos anotan y yo no sé si sentirme orgullosa, privilegiada o lamentarme. También anotan gen autosómico dominante, hipertrofia muscular, mutación genética y canales de cloro.

Tíoabuelo1XY(+) manejaba camiones en la mina La Disputada y apaciguaba los síntomas en días de frío con sorbos de vino tinto. A Tíoabuelo2XY(+) una noche se le sentó el Diablo en el anca del caballo, y el fuego que exudaba el Demonio en su espalda no alcanzó a aplacar el engarrotamiento que le impidió dominar el pánico de la bestia, que salió huyendo desbocada.

costillas. Se escuchan historias horribles de los conscriptos. Que los adoctrinan, que les lavan el cerebro, que se ensañan con los más débiles. Que sorprendieron a Pedro pajareando y lo hicieron comer sus excrementos, que Juan no pulió el fusil y le metieron un tubo de pasta de dientes por la nariz, que Diego se puso a llorar y lo violaron con una pistola frente a sus compañeros. Que cuando entras te regalan un cachorrito, le pones un nombre y lo entrenas y antes de salir del servicio te mandan con un corvo a descuartizarlo, y debes comerle al Pillín en un asado. Dicen que te golpean tanto que a algunos los devuelven paraplégicos. Que otros han muerto en ejercicios militares. Todo para endurecerlos, para hacerlos valientes, para que no les tiemble la mano. Tienen que hacerse hombres. Hay que torturarlos para que aprendan de tortura, hay que mandarlos para que aprendan a obedecer, hay que meterles a fuego el amor a la patria para que corran a defender el alma de Chile punta y codo en un combate imaginario, para volverlos carne de cañón en una guerra imaginaria, porque los ché quieren la frontera, porque los cholos y los bolivianos se están confederando, porque hay marxistas apátridas armados en los entretrechos, conspirando en las cloacas, en las sacristías, y en cualquier momento atacan.

Los padres sufren horrores imaginando a sus hijos dentro de ese uniforme de traidores, por eso hacen lo que sea por sortear el llamado. Hay tráfico de certificados médicos porque siempre hay alguno piadoso y consciente, dispuesto a arriesgarse con un informe falso, porque entienden que no se les puede entregar los hijos a

los militares. Hay que encontrar algún contacto en el Ejército que pueda intervenir, algún tío o vecino, o compañero de trabajo que conozca a un sargento, un capitán, al que explicarle su caso particular, que entienda que no es que él *no quiera*, es que *no puede* cumplir con el servicio. Si no estás enrolado en una casa de estudios superiores todo vale: una pierna fracturada, una madre moribunda, una novia embarazada, una desviación homoerótica inhabilitante, porque la patria quiere machitos con cojones, no colizas que le cambian vestiditos a las muñecas.

No ha habido guerra con los vecinos, hace años hubo movimientos de tropas en la frontera con Argentina pero fueron pacificados por la mano misericordiosa del papa. A los pelados los mandan de cacería a capturar frentistas, lautaristas, miristas y a toda su telaraña subversiva. Y andan como locos, dicen, como drogados, como si algo dentro se les hubiera torcido y hubieran quedado mirando al sudeste.

Con la misma incertidumbre de Thomas, HermanoXY(+) se presentó al cantón. Reunieron a los postulantes, los distribuyeron en filas, los hicieron sacarse la ropa y quedar en calzoncillos. Los observaron en detalle y los clasificaron; HermanoXY(+) quedó entre los de físico privilegiado. Los hicieron trotar, cantar y les dijeron que todos estaban calificados, pero que si alguno tenía un certificado médico o alguna razón de peso para no cumplir con su deber, debía acercarse a la oficina. Y hasta ahí llegó Hermano XY(+) con un certificado del doctor Ferrer que decía con una letra endemoniada que él no estaba apto para cumplir con el servicio

militar, porque padecía una miopatía patológica y congénita conocida como enfermedad de Thomsen, que impedía el movimiento normal y fluido. Así como el médico del Ejército Real de Dinamarca, el médico del cantón de reclutamiento del Ejército de Chile desconfió de los síntomas de la enfermedad. Lo miró con suspicacia, imaginando que él, como cientos de otros casos que le había tocado ver y objetar, estaba mintiendo y que el certificado era falso. Jamás en su paso por la universidad había oído hablar de una enfermedad como esa. HermanoXY(+) trató de explicarle, de hacer que entendiera, o que al menos investigara antes de enrolarlo. Al lugar compareció un colega y le presentó el caso. Este tampoco conocía la enfermedad, pero sí conocía al doctor Ferrer: había sido su profesor en la Universidad de Chile y era un hombre honorable que jamás se prestaría para un fraude antipatriota. Así fue como HermanoXY(+) pudo respirar aliviado y sacarse definitivamente de encima la posibilidad de allanar, de fusilar, de matar a su perro, de disparar a fantasmas y que la bala fuera a dar al blanco equivocado.

III

Los alumnos estudian mis movimientos, me preguntan si me duele, me tocan, preguntan por mi familia y el doctor Ferrer les explica que viene estudiando mi árbol genealógico desde hace años, cuando descubrió accidentalmente a un miembro positivo en un caserío de Las Condes, cuando era una comarca semirural, no el asentamiento precordillerano de élite que es ahora. Yo crecí escuchando historias de esa rama de mi familia. A Mamá XX(+), por ejemplo, la tuvieron que sacar en andas de su pieza durante el terremoto de 1971, antes de que el adobe y las tejas la sepultaran entre los escombros; estaba embarazada y el embarazo agrava los síntomas hasta niveles inhabilitantes. De eso supo bastante BisabuelaXX(+) que contó veinte embarazos y se pasó su juventud y su vejez sometida a la libidinosidad de BisabueloXY(-) y a la voluntad de Jehová Dios, que era el que enviaba a los hijos. En ese tropel de descendencia hay una nube de imprecisiones con respecto a la penetración del mal y las historias de miotonía se refieren más que nada al mundo del trabajo, porque BisabueloXY(-) no les permitía a sus hijos ir a la escuela para que no aprendieran huevadas como leer y escribir cartas de amor. Tíoabuelo1XY(+), por

ejemplo, manejaba camiones en la mina La Disputada y apaciguaba los síntomas en días de frío con sorbos de vino tinto. A Tíoabuelo2XY(+), una noche se le sentó el Diablo en el anca del caballo, y el fuego que exudaba el Demonio en su espalda no alcanzó a aplacar el engarrotamiento que le impidió dominar el pánico de la bestia, que salió huyendo desbocada. Tíoabuelo3XY(+) contaba con completa convicción que una madrugada del mes de septiembre venía de vuelta a su casa desde Corral Quemado acompañado de un compadre. Había habido fiesta y vino. La luna llena era la única fuente de luz y rebotaba en los colchones de nieve que cubrían el valle de la precordillera. Ni el calor del vino, ni la manta ni el sombrero lograron paliar el hielo que le clavaba los pulmones. Escucharon perros que ladraban y los caballos se pusieron nerviosos. Oyeron ramas que se quebraban y vieron nieve desprendiéndose de las copas de los árboles. Tíoabuelo3XY(+) se puso en alerta, había escuchado que merodeaba el león en el cerro, sabía que circulaban cuatreros. Sintió un llanto desconsolado a lo lejos, divisó un montículo de nieve acurrucado sobre una roca, vio que se ponía de pie y tomaba forma humana. Los caballos se volvieron locos. ¡La Mujer Blanca!, dijo el compadre, y su bestia partió desbocada con él pegado a la montura. Tíoabuelo3XY(+) luchó por dominar a la suya, pero sus músculos se engarrotaron y fue inútil mantenerse firme. Cayó al suelo tieso como un palo, y su caballo corrió a perderse. Quedó solo, tirado, inmóvil viendo cómo se le acercaba esa forma desconsolada, saltando de roca en roca, de copa en copa. La vio frente a frente con su cara alba, con su bata blanca larga, llorando lágrimas de hielo por sus hijos desaparecidos en la cordillera. Se quedó mudo con la mandíbula trabada y su lengua rígida. La llorona tomó un impulso, saltó por encima de su cabeza y siguió su camino confundiendo con los reflejos de la luna en la nieve.

IV

El doctor Ferrer me pregunta si tengo problemas para desarrollar mis actividades normales y yo le explico a la audiencia que mi familia aprendió un truco que se ha traspasado de generación en generación. Se trata de calentar los músculos antes de realizar un movimiento enérgico, de tal manera que los síntomas se presenten *antes* y no *durante* la acción. Es un dato práctico, una receta

casera que me ha ayudado a sortear obstáculos en momentos de necesidad. Los espectadores se miran, sonríen, lo anotan en sus cuadernos.

El doctor me cuenta que tiene noticias. Un laboratorio ha sintetizado ciertos fármacos paliativos de otras enfermedades neurológicas que podrían ser útiles para aplacar los síntomas. Es posible que funcione, dice, qué se pierde con probar, y más que nunca me voy sintiendo el capítulo de una tesis o de un tratado científico que ha demorado más de un siglo en completarse. Mal que mal es una esperanza que me significaría no quedarme pegada a los fierros de las micros y bajarme a tiempo en los paraderos. O no tener que inventar excusas en la Escuela de Teatro que me den el tiempo que necesito para calentar antes de realizar un ejercicio físico, porque he decidido que no me voy a quedar congelada viendo cómo se escabullen mi vocación y mis sueños.

En el colegio soñaba con ser bailarina, enfundada en mi uniforme de tutú, diadema y raso. Levitar en puntitas sobre mis zapatillas de yeso, larga, delgadísima, a punto de salir eyectada de puro sentimiento y música. Había estado en posición de hacerlo, me avalaba mi disciplina marcial a toda prueba. Había sobresalido por mi porte, mi empeine firme, mis pantorrillas marcadas, mi gracia y mi expresividad. Había ejercitado a fuerza de golpes (esto es literal) el truco del precalentamiento muscular y demostraba que podía seguir adelante con mis *grand jeté* y *cabriole* de manera normal, sin que el profesor Rodolfo y ningún otro de los cisnes del lago lo notara.

Eso hice durante todo ese día revolucionado por sedas, cintas rosadas y celestes, plumas y brillitos, ese día espectacular en que las madres dejaban la casa o pedían la tarde libre en el trabajo, para oficiar de asistentes en bambalinas y de público en las butacas del teatro Cariola. Precalenté en el bus destartado que nos sacó del colegio y nos dejó en la calle San Diego con otras delegaciones escolares en competición, y corrimos chillando vueltas locas por los pasillos lúgubres de alfombras rojas masticadas por el trájín del espectáculo. Precalenté en el camarín infestado de hongos y de humedad. Precalenté mientras las otras mordían suflés y deshacían chocolates en la lengua. Precalenté mientras mi madre rociaba laca en mi moño prendido en la mollera. Hasta que todo estuvo listo y el

profesor Rodolfo desplegó una histeria de clóset y nos abrió los brazos como una gallina que aglutina a sus pollitos. Y yo seguí precalentando en bambalinas hasta segundos antes de salir a escena, y la luz se apagó, y todo quedó oscuro, y tomamos nuestros puestos, y la luz de los focos se fue haciendo de a poco, poniendo tibio el escenario, y aparecimos como señales, como manchas impresionistas de colores pastel, y nos fuimos enfocando en una composición simétrica. Aparecimos soberbias, disciplinadas, obedientes, la versión vaporosa de una tropa de infantería. Pero la música no entró a tiempo y debimos permanecer estáticas, inmóviles un minuto que a mí me pareció una eternidad. El efecto del truco de familia fue desapareciendo al tiempo que se esfumaba el hechizo que el malvado brujo Rothbart había impuesto sobre las damas transformándolas en cisnes. Vino mi parte, la de las proezas, el momento en que el cisne retoma la forma humana, pero mis piernas no respondieron, quedé petrificada, tropecé y caí al suelo. Mis compañeras de la bandada siguieron con la coreografía, mientras yo hacía indignos intentos por recuperarme. Después de un trastabilleo, pude retomar el ritmo y el movimiento, logré unirme al grupo y terminar el cuadro con pulcritud y con un aplauso cerrado del público.

Los alumnos se despiden y el doctor Ferrer me acompaña hasta un pasillo. Me entrega varias cajas de muestras médicas de un medicamento. Me dice que son solo para mí, que no las comparta con HermanoXY(+) ni con nadie más de la familia. Será la forma de comparar los efectos. Debo hacer una bitácora, anotar cualquier cambio que me llame la atención y volver en un mes para un nuevo examen. Yo asiento, soy disciplinada, no me acomoda el rol de conejillo de Indias pero soy como Thomas, quiero a toda costa que las molestias desaparezcan y quedar en el mismo pie de guerra que cualquiera de las muchachas y muchachos de mi edad. Creceré, acumularé historias para colgar en las ramas de mi árbol que serán también historias de otros árboles. Seguramente tendré hijos con un cincuenta por ciento de probabilidades de manifestar los síntomas y tendré que enseñarles los trucos que a mí me han enseñado.

La herencia es inapelable, es cierto, con la herencia no se juega.

La cruzada de la leche

**Margarita García
Robayo**



UNO

¡NO TE DEJES VENCER! ¿No es maravillosa la naturaleza?

Era la impresión de una nota de internet, que sobresalía de la libreta de una chica sentada más adelante.

El título era todo lo que podía leerse desde mi asiento: dos frases conectadas caprichosamente por alguien a quien le sobra entusiasmo. O violencia. En general, estoy en contra de los signos de admiración, pero ponerlos en un título es lo mismo que escupirle la cara a alguien. ¿Y la naturaleza? La naturaleza es tan maravillosa como un tornado, una lluvia tóxica, una plaga de gusanos.

—Pero ¿para qué querés secador de pelo?

La chica abrazaba su libreta mientras escuchaba el descargo de una de las profesoras del curso preparto, la que andaba con una teta plástica colgada del cuello como un crucifijo y un bebé de trapo, porque daba la clase de lactancia. La verdad era que la chica se había desubicado, alzó la mano y preguntó eso: si en la clínica donde tendría a su bebé había secador. A veces pasaba —quizá era un asunto hormonal—, se lanzaban preguntas como misiles ciegos y había que cubrirse la cabeza. La otra vez una había preguntado que sí, cuando se presentaran las contracciones, su novio —cuya profesión no era la obstetricia— podría irle midiendo la dilatación con una regla; de ese modo estarían seguros

de cuándo ir al hospital. Por suerte, ante cada exabrupto, aparecía rápidamente una de las profesoras y volvía a poner todo en su sitio: estantes de conceptos perfectamente ordenados.

—Las visitas son para la criatura —decía. Una luz blanca la alumbraba desde el techo, estaba un poco sudada y la teta en medio de su pecho le daba un aspecto grotesco, de atracción de circo. El bebé había quedado sobre el escritorio, entre vasos desechables con fonditos de café, un termo de mate, restos de yerba.

—... a nadie le importa si vos estás fea o gorda o sucia, ¿me entendés?

Como un chorro de agua helada que te ataca en invierno.

—No tenés que competir con tu hijo.

En la cara.

—¿Sabés por qué?

Manejaba el tono de una abuela que te pasa su receta milenaria de galletas.

—Porque perdés.

No competir, ese era uno de los conceptos que rondaban en el curso. Desplazarse era otro. *Cuando una tiene un hijo naturalmente se desplaza para darle lugar a él.* Decir naturalmente era aplicarle un efecto paliativo a la frase. No había necesidad, nadie en ese salón tenía problemas con la perspectiva de desplazarse. De hecho, casi todas las chicas manejaban discursos mucho

más extremos: hablaban del parto respetado con la misma soltura con la que se acomodaban el flequillo. Los recesos, a falta de facturas, se llenaban con charlas por el estilo: calzas, cochecitos y el parto respetado. Casi todas querían que les respetaran lo mismo: el estar completamente despiertas para experimentar lo que «naturalmente» implica expulsar del cuerpo a un niño, durante las horas que dure, sin anestesia y de ser posible en la bañera de su casa. Sólo unas cuantas débiles nos apartábamos en un rincón a gulear en el teléfono «peridural secuelas parálisis muerte», y así hasta encontrar un sitio que nos recordara que el mundo llevaba más de cien años usando ese tipo de anestesia con resultados exitosos.

Pero el *highlight* de este y otros cursos era la lactancia materna, y en eso no había discusión. Todas queríamos dar teta con la convicción de quien se juega en ello el título de madre. La receta estaba escrita en la pizarra y era la misma para todas: seis meses de teta exclusiva a libre demanda, y después comida más teta hasta los dos, tres, cuatro años, aunque en realidad no había un límite claro. La confianza en que podríamos hacerlo no tenía fisuras, y cuando se asomaba alguna se curaba con notas generosas en signos de admiración. Las notas, las puericultoras y las compañeras rezaban el mismo dogma, una y otra vez: todas las mujeres tienen leche, incluso las que no parieron.

DOS

Hay una chica con el torso desnudo sentada en un sillón que alguna vez fue verde. Una de sus tetas está enchufada a una sopapa eléctrica que la ordeña. De la sopapa sale una cánula que lleva la leche de la teta a una especie de sachet adherido a la piel entre sus pechos con un trozo de cinta pegante. Del sachet sale otra cánula que —también pegada con cinta— recorre la otra teta desde arriba hasta el pezón. El pezón es de goma porque el verdadero es liso como una bola de billar, imposible de succionar. En el pezón de goma están apoyados los labios de un bebé ínfimo. La leche le entra en la boca, de a gotas, y el bebé traga.

Se llama relactación. Se hace para darle al niño la sensación de que está chupando la teta y no un sorbete. La leche del sachet puede ser la de su madre o no; en este caso lo es, pero el objetivo principal de este sistema es propiciar —aunque trucado— el contacto del bebé y la mamá al momento de alimentarlo.

Hay otra chica con el torso desnudo, muy flaquita y muy pequeña. Tiene tetas planas, pálidas; pezones enormes, rojos y agrietados. Estos pezones son verdaderos. La chica está vestida con calzas violeta, borceguíes y un *piercing* en la ceja. Sentado sobre su falda, tipo *cowboy*, mirándola a ella, hay un niño que ya va a la escuela. Lloro. No come hace unas seis horas. Quiere chupar sus pezones heridos, pero a ella la están curando porque sangra.

—¿Y si le das una mamadera? —pregunto.

Ella mira a la puericultora de turno, que la está enjugando con un algodón empapado en su propia leche. La puericultora me mira a mí: tiene unos ojos azules profundísimos que hace un rato me parecían un lago de bondad. Ahora me parecen el lago Ness. Con la criatura en la superficie. Hambrienta.

—Querida —dice—, la mamadera es el enemigo.

Hace una semana nació mi bebé, Vicente; y, como casi todos los bebés, bajó de peso los primeros días. Después no recuperó demasiado y la razón, según la enfermera de la clínica, es que mis pechos están muy hinchados por eso que llaman la bajada de la leche, y no le caben en la boca. Un disparate: no hay pecho lo suficientemente grande —ni pequeño— para la boca de un bebé. Un bebé no discrimina tamaños, un bebé instintivamente se prende y chupa; claro que si chupa más aire que leche, seguramente se desmotiva y toma la decisión de no chupar más. Pero para llegar a eso primero tiene que conseguir prenderse de algo semiblando que pueda maniobrar. El caso es que, en los últimos días, la leche se me sale sola y Vicente se la pierde. Duerme. Es difícil saber cuándo tiene hambre porque no llora; cuando se despierta, me mira expectante con sus ojos enormes de color incierto —aceitunas verdes aplastadas, sopa de espárragos, miel de abejas, mate cocido— intentando decirme algo que todavía no entiendo.

—Tiene hambre —me dirá la pediatra—. Vas a tener que sacarte la leche y dársela en mamadera, así estamos seguros de cuánto come —y me dará un régimen de ordeño súper estricto, que cumpliré a rajatabla.

Pero todavía no.

Antes me entero de la guardia de lactancia de Fundalam, una conocida asociación que promueve la lactancia materna hace más de treinta años en Argentina. Queda cerca de mi casa, me tomo un taxi y voy hasta allá.

—¿Y el bebé? —me pregunta la mujer en recepción.

—No lo traje...

—¡Ja! —da un golpecito en la mesa con la mano, divertida. Levanta el auricular y me pide el teléfono del papá.

Yo espero en el hall de entrada, frente a la ventana. El día es color mostaza.

Pienso que es la primera vez que estoy sola desde el nacimiento de Vicente. Miro mis brazos flojos, apoyados en las piernas, y el cuerpo entero tomado por una sensación brutal de fragilidad.

Tengo tanto sueño.

Entrado el otoño, los días pasan de ser amarillentos a sucios. El efecto sobre las habitaciones es como si la luz que viene de afuera atravesara vidrios llenos de polvo. Los vidrios de este lugar están impecables, también los sillones y el piso y los delantales de las puericultoras, que entran y salen de la habitación donde atienden a las mamás. De todos modos, parece sucio. No sólo por la luz sepia de la calle, sino por el olor. Al cabo de unos minutos descubro de dónde viene. Las manos de las puericultoras, enfundadas en guantes de plástico, están constantemente maniobrando tetos de las que brota leche. Debe haber algo en esa combinación —leche + plástico— que genera ese olor. Mi propia leche no huele así. En general, no huele a nada; a veces sí, a leche. Hace unos días le pregunté a tres amigas que también amamantaron: dos de ellas me dijeron que su leche tampoco tenía olor, la tercera me dijo que sí, pero sólo cuando se ponía protectores en el corpiño. Ahí está. Ese es el olor: leche abombada, estancada en material sintético.

Afuera, un hombre se despide de una chica y su bebé: lo trae guardado en una bolsa canguro. Ella va a la recepción y dice que es su primera visita, explica su problema.

Esta será la primera vez que escuche la expresión pezón bola de billar, y el término relactación. Será la primera vez que vea una pezonera.

—Mi bebé no se prende —dice—, de un pecho me sale poco y del otro nada —la chica se echa a llorar, abraza la bolsa canguro.

Más tarde, quizá mañana, pensaré que esa frase tendría que estar conectada de otra forma; si así fuera, la sola formulación le ahorraría a la chica una importante cuota de angustia: «Mi bebé no se prende *porque* de una teta me sale poca leche y de la otra no me sale nada». Son causa y consecuencia, pero la puericultora jamás

lo aceptará. La puericultora le dirá: «Tenés una producción bárbara». Lo mismo le dirá a la flaquita del *piercing*.

El único libro de embarazo que leí en mi vida no fue durante el mío. Se llamaba *Nueve lunas* y era bellissimo, y no tenía nada que ver con este momento. Como tanta gente me advirtió que el nacimiento de un hijo coincidía con el ocaso de la lectura, en los meses pasados me dediqué a consumir literatura con voracidad. Ahora pienso que si en vez de eso hubiera leído sobre lactancia me sentiría menos perdida.

La lactancia materna, a priori, es un terreno lleno de máximas flojas y fotos edulcoradas que se articulan con el prejuicio: todo el mundo lo hace, cómo no voy a poder hacerlo yo. Cuesta imaginar que, para aprender a dar la teta, uno necesite juntar bibliografía. Los primeros días después de parir funcionan más o menos del mismo modo; aterrizas, torpe, en un universo que sospechas, pero desconoces, y sólo cuando estás ahí, envuelta en una nube espesa de preguntas, empiezas a dudar de tu capacidad para encontrar las respuestas. En estos primeros días, extraño a las profesoras del curso de parto con sus verdades absolutas:

—Todos los bebés son azules —había dicho una, una vez, y automáticamente todas nos miramos la panza evocando la misma imagen: un bebé azul. No es algo que suceda con frecuencia: esa identificación axiomática y colectiva produce el mismo efecto narcótico que las religiones.

Después llega la duda, como un puñetazo en la mandíbula.

—Hey —tocan en la ventana. Es el papá de Vicente abrazado al huevito que lo contiene. Vinieron rápido. Se abrigaron para atravesar este día frío y amarillento. El papá de Vicente me saluda desde afuera, me alivia tanto que esté acá. Para quebrarme, pienso, basta que sople un viento. Y es lo que ocurre cuando se abre la puerta. Con el viento entran ellos, empañados por mis lágrimas puerperas, inexplicables. Minutos después, Vicente y yo estamos instalados en la habitación de las ventanas.

—Tenés una producción bárbara —me dice Delfi, la puericultora de las mañanas. Y me presiona los pechos con las manos enguantadas, para ablandarlos; luego pone a Vicente para que chupe y luego vuelve a presionar. La leche que sobra la envasa en bolsitas y me indica que, por esta vez, se la puedo dar en casa con un gotero.

TRES

Una guardia de lactancia es un lugar al que acuden las madres con intención de amamantar para ser guiadas. Entre las razones más comunes por las que se visita una guardia de lactancia están las mencionadas: el bebé no se prende, no me sale suficiente leche, tengo los pezones en carne viva porque el nene me mordió y, por lo tanto, cuando succiona –o intenta hacerlo– veo al diablo.

En todo el mundo existen organizaciones dedicadas a promover la lactancia materna. La más extendida debe ser la Liga de la Leche, fundada en 1956 por siete madres católicas de Illinois. La Liga de la Leche, en inglés, se llama *La Leche League* porque la palabra *breast* (de *breastfeeding*) se consideraba inapropiada en el entorno de las siete fundadoras. La organización se extendió rápidamente, y en 1964 se convirtió en *La Leche League International*, con grupos en varios países. Hoy está claro que la lactancia materna es un asunto prioritario en la agenda de salud de la mayoría de los países del mundo. Dar teta se ha convertido en una enorme cruzada progresista, una militancia, un dogma religioso: todo junto. Hace veintidós años que existe la semana mundial de la lactancia materna, creada por la OMS y Unicef. Se hace entre el 1 y el 7 de agosto, cuando se cumple el aniversario de la Declaración de Innocenti, un documento que contiene una serie de postulados que buscan fomentar la lactancia materna. La organización encargada de esta semana se llama la WABA (*World Alliance for Breastfeeding Action*), y cada año elige un lema y escribe un manifiesto. En Buenos Aires se organizó una movida en Plaza Italia. Hubo carpas, actividades al aire libre, charlas abiertas, yoga, canciones a *capella* y *topless*.

El lema del 2014 fue ¡Un triunfo para toda la vida! Así, con admiraciones.

–¿Sabés qué pasa? Que todas estas chicas son hijas de mujeres que quisieron salir a trabajar, en vez de quedarse en la casa criando a los hijos. Entonces están resentidas, quieren demostrar a sus madres que lo hicieron todo mal.

Mi suegra pertenece a la generación de madres que describe, y está preocupada. Le parece que yo puedo ser una de esas hijas resentidas. Empecé a ordeñarme cada hora –una teta por vez–, pero no me sale la cantidad de leche que la pediatra me indicó. Ahora me ordeño cada cuarenta minutos –de ambas– y tampoco. Además, esta semana estuve todos los días en la guardia

de lactancia de Fundalam, donde me retaron por darle al bebé mi leche envasada en una mamadera. Todavía es mi leche, pero el envase nos perjudica. En Fundalam me dicen que debo «ofrecerle el pecho a demanda», que él tomará lo que salga y eso será suficiente. Pero no será suficiente, les digo, y explico lo del peso, la pediatra fue clara: para engordar tiene que tomar 80 ml cada vez, a mí me salen 60, con suerte. Si no toma lo que tiene que tomar, no engorda lo que tiene que engordar. Un niño subalimentado es un niño desnutrido. Un niño desnutrido es un niño enfermo.

–Nada que ver –Delfi, de ademanos delicados pero firmes, me recuerda a mis profesoras del colegio–, vos ponelo en la teta todo el día, a toda hora –fui a un colegio del Opus Dei–, que él va a estar bien.

Todo el día a toda hora es una tarea imposible, pero una frase literal. Yo le hago caso, y también a la pediatra. Mientras hablo con Delfi, tengo a Vicente pegado en la teta: él succiona y para, succiona y vuelve a parar. Me parece que se cansa. Cada vez que lo hace trato de calcular cuánto tomó, y me vuelve loca no saberlo.

–La teta tendría que ser transparente –le digo a Delfi, que se ríe. Luego agarra la cabecita de mi bebé como si fuera un muñeco y lo presiona contra mi pecho. Él se aparta y la mira fijo. Tiene ojos de manga japonés.

–Vamos, Vicente –le dice Delfi–, ¡a trabajar!

Pobre. No tiene un mes. No quiero que trabaje.

Si no fuera ya muy tarde en mi vida, querría construir una fortuna para que viviera de rentas.

Conozco a una chica que tuvo a su bebé seis días después que yo. Es amiga de mi novio y vivimos un embarazo en paralelo. Ella y su novio tienen posiciones tomadas sobre muchas cosas. La alimentación, por ejemplo. Hacen parte de ese grupo de personas, cada vez más numeroso, que considera a la vaca un reservorio de veneno. Hace muchos años que toman leche de almendras cada mañana. Cuando el bebé pida Nesquik, ya lo tienen pensado, lo reemplazarán con cacao orgánico. Buscaron a un pediatra homeópata porque pensaban incorporar al nene a su sistema de alimentación que es, de muchas maneras, su sistema de vida. Esta chica, por supuesto, quería darle teta al nene hasta que él supiera decir «basta, por favor». Hace unos días me enteré de que su bebé estaba muy flaquito porque ella no estaba produciendo leche.

Contrató a una puericultora que va a su casa. Se ordeñó cada hora, cada cuarenta minutos, cada cinco. Nada. Ayer le mandó a mi novio una foto con un paquete de Nutrilón, la fórmula más famosa en Argentina. Está viviendo un duelo.

La verdad, me dio pena y me dio envidia. Si no te sale nada, recurre a la fórmula porque no tienes opción, ¿quién puede culparte? Si tu problema es que no te sale suficiente, insistes hasta que lo sea. Yo estoy todo el tiempo en función de producir leche, lo que, paradójicamente, hace que produzca menos, porque casi no duermo. Todos los manuales recomiendan estar tranquila, cómoda y descansada al momento de amamantar; algunos recomiendan instalarse un rato antes bajo la ducha caliente, tomar té de hinojo, comer almendras, avellanas, hacer yoga, darse masajes. Nadie explica cuándo. Si resultas no ser una gran productora de leche y decides trabajar eficientemente para revertirlo, ese será el único trabajo que podrás hacer. ¿Y quién puede permitirse eso? Muy pocas mujeres. Además—contando con que tus niveles hormonales estén bien y la extracción de la leche sea la adecuada—, estarás obligada a sentirte feliz y complacida, porque el ánimo también influye en la producción. Eso me explica Delfi ahora:

—Mirá esa chica, ¿vos la ves angustiada, preocupada, triste? —me muestra el cuadro de una mujer amamantando que cuelga de la pared de la habitación.

—Es un dibujo —le digo.

—Amamantar debe ser algo placentero.

—Quizá no es lo mismo para todas las mujeres. Mujeres. Todos estos días, además de ordeñarme, he estado pensando en mujeres. Mujeres a las que les brotan cataratas de leche por los pechos y mujeres a las que no. Pienso que si en ese inmenso conjunto se diera la intersección probable de no tener suficiente leche ni suficiente tiempo ni suficiente plata, esa mujer estaría frente a una circunstancia trágica. Desde un lugar alterado, pero cierto, empiezo a ver algunas deficiencias estructurales del sistema. Durante los tres primeros años de vida se desarrolla el 80% del cerebro; para que el cerebro de un niño se desarrolle bien es esencial que ese niño esté físicamente sano, o sea bien alimentado. O sea, que a un niño que no toma suficiente leche en sus primeros meses de nacido, el cerebro no se le desarrollará bien. O sea, que un adulto con deficiencias, en algunos casos, podría

haberse evitado dándole unas cuantas mamaderas a tiempo.

Sigamos con la hipótesis: no tienes suficiente leche y además eres pobre, pero trabajas para paliar un poco esa condición, por lo tanto, tampoco tienes el tiempo que se requiere para practicar el dispendioso proceso de relactación. Entonces, ¿qué toma tu bebé?

El Plan Médico Obligatorio que define el Estado argentino con relación al recién nacido dice que «a fin de estimular la lactancia materna no se cubrirán las leches maternizadas o de otro tipo, salvo expresa indicación médica, con evaluación de la auditoría médica».

En serio, ¿qué toma?

Una amiga que no pudo amamantar, por un problema hormonal que se venía tratando hacía mucho, me cuenta que la auditoría médica llegó cuando la nena había cumplido el año. Si mi amiga no hubiera tenido dinero para comprarle leche suplementaria, es probable que el desarrollo cerebral de su hija se hubiese visto comprometido. A ella nunca le reembolsaron el dinero que gastó en alimentarla, pero tampoco insistió. ¿Por qué?, le pregunto, y me contesta algo que a esta altura ya debería tener claro: «¿En qué tiempo?».

A veces, la diferencia entre un bebé subalimentado y un bebé sano es el sueldo de sus padres. La economía, como siempre, dividiendo las aguas. Pero otras veces, esa diferencia está dada por la ideología; me aterra hasta qué punto algunas puericultoras —y los organismos que las agrupan, y las políticas que las respaldan— empujan a las madres a tensar el límite.

Ayer Delfi me habló del caso de una mujer que adoptó un niño y pudo amamantarlo. Esa historia la oí mil veces, porque recorrió el mundo: la mujer se llama África, pero vive en Europa, y durante cinco meses se sometió a un riguroso proceso de inducción —ordeñarse hasta que salga—, asesorada por especialistas.

—Confía en tu cuerpo —me dice Delfi.

—¿Qué significa eso? —necesito que elabore, agoté mi capacidad para descifrar slogans.

—Eso mismo —me dice.

Vicente se cansa de chupar y cierra los ojos.

Miro el saloncito otoñal en el que las voluntarias de Fundalam me recibieron esta semana. Descubrí que cerca del mediodía no viene nadie. Entonces pensé que era una ventaja, pero ahora me gustaría ver alguna teta amiga conectada

al sacaleche, escuchar otra historia de pezones mordidos. Delfi va a buscar bolsitas para que me lleve a casa; bolsitas de plástico. Su delantal tiene volantes que saltan cuando camina. Me deprimó, como si hubiese estado horas mirando marionetas. Me digo que seguramente algunos cambios sociales habrán sido posibles desde posturas fundamentalistas, pero no consigo recordar ninguno. Es la falta de sueño: liquida neuronas.

–La naturaleza es sabia –dice Delfi, que regresa con mis bolsitas y un gotero, a su pesar.

Metó a Vicente en el huevito, me levanto.

–La naturaleza mata gente –doy las gracias y me despido.

CUATRO

Mi novio alza a Vicente y lo zarandea mientras suena una canción. Siempre es distinta, la elige en supuesta complicidad con él: hoy Vicente quiere rock inglés de los noventa. Ok. Hoy Vicente quiere pop basura. Así. La lúdica es su parte del trabajo: lo hace entre teta y teta, o mientras yo me ordeño, o miro los foros virtuales de lactancia, o escucho los consejos de Tere.

Tere es un nuevo personaje. Es la puericultora de una amiga y quiso venir a echarme una mano; una mano con sus justos honorarios. Ya no voy a Fundalam. Tere es más joven que Delfi y menos estricta. Me cae bien, salvo por la frecuencia entusiasta que maneja. Si me saco 40 ml aplaude, si me saco 60 pega un salto; con 80 se desmaya de emoción. Le digo que no hace falta que me felicite cada vez que hago los deberes. No me entiende. Su tono entusiasta es el mismo de las notas que descubro en internet, de los foros y hasta de los folletos informativos. Me preguntó cuándo fue que las admiraciones pasaron a ser signos tan baratos. En realidad creo que son perversos, son la hostilidad solapada.

Lo de los foros no tiene techo: galpones de sabiduría desaliñada.

Una mujer pide consejos para que le salga más leche, dice que ha tenido que recurrir a la fórmula, pero que no querría dejar de amamantar. Podría ser yo. O mi amiga Malena. O Carolina, o María Eva. Pero es una que se firma «Angustiada». Las respuestas la «animan» a abandonar la fórmula de inmediato. A ser valiente y no benevolente. A demostrarle a su bebé que lo quiere de verdad. A tomar mucho líquido. A ignorar a todo aquel que le diga que su leche no alcanza,

o que no es buena. A fortalecer el vínculo, en vez de debilitarlo. A buscar un grupo de apoyo de la Liga de la Leche en su ciudad. A que si se quiere se puede. El cuerpo es noble y perdona, dispara una que se firma «15 meses de lactancia natural». ¡No te dejes vencer!

Una tarde estoy hablando con mi madre por teléfono; vino para el parto pero ya se volvió a Colombia. No tiene muchas opiniones sobre todo esto, calculo que le parece natural que insista y me esfuerce. Es lo que hacen las madres. Es lo que ella piensa que yo pienso que hacen las madres, supongo. ¿Qué piensa ella? No pregunto. Ella, en cambio, me pregunta quién es Tere, qué es lo que hace exactamente. Le explico y, de paso, me lo vuelvo a explicar a mí misma:

–Es alguien capacitado para acompañar a la mamá y al bebé desde el embarazo, el parto y los primeros años de crianza...

Pienso: una combinación entre enfermera, asistente terapéutica y madre sustituta. De pronto, la perspectiva de verme acompañada por Tere durante años –o meses, o días– me aterriza.

–Así era antes.

–¿Antes de qué?

–En el tiempo de las abuelas. Antes las mujeres nunca estaban solas con sus bebés, tenían más ayuda.

Ahí está. De eso se trata casi todo últimamente. Desde la lactancia materna hasta la nueva fantasía gay de casarse de blanco, adoptar críos y mascotas, y formar familia en el suburbio, pareciera que las nuevas generaciones buscan furiosamente matar a sus padres, sus batallas y conquistas, para volver a parecerse a sus abuelos.

–Mi madre siempre quiso estudiar, independizarse, pero no se estilaba en su época –mi suegra me mira a mí, pero le habla a Tere–: había que quedarse en la casa con los hijos. Entonces cuando yo tuve a los míos, ella fue la primera que me dijo: andá a trabajar, no te quedes en la casa, yo te cuido a los pibes.

Mi suegra es abogada, trabajó toda su vida y, como tantas otras madres de su generación, le dio a sus hijos leche de fórmula.

–La teta no alcanzaba. Yo llegaba a la noche de la oficina y los bañaba –como tantas otras madres de su generación, contrató niñeras–, después les daba una mamadera con Nestum, bien cargadita, y dormían hasta el día siguiente.

Tere frunce la cara, como si acabaran de tirarle ácido. Se cruza de brazos y mira el aire,

concentrada. A la espera de moscas. Evaluando qué decir.

Según la OMS, a lo largo del siglo veinte se realiza «el mayor experimento a gran escala en una especie animal»: a los humanos se les cambia su forma de alimentación inicial y los niños pasan a ser alimentados con leche modificada de una especie distinta.

La vaca: nuestro gran enemigo.

Un día le pregunto a la pediatra por qué tanto prurito con la leche de fórmula y me dice que ningún prurito: el 90% de los chicos en la Argentina la toman. El problema, dice después, es que las vacas argentinas tienen hormonas. ¿Y qué vacas no tienen? Alza los hombros: que las de Holanda, quizá. Y que a lo mejor se pueda encargar leche de Holanda. O que quizá se consiga en Uruguay. O, si algún amigo viaja... Pero que después, cuando el nene coma, vamos a tener el mismo problema con el queso, y ni hablar del pollo. Y –ya no por las hormonas, sino por otro tipo de venenos– con el trigo y la soja y las verduras y, en general, todo lo que salga de la tierra.

–Dormían de pesadez, no de sueño –dice Tere por fin, mirándome.

Soy una suerte de canal por el que transita su conversación. Un desvío silencioso y complaciente.

–Pero dormían –contesta mi suegra.

A partir de los ochenta empezaron a tener más visibilidad las campañas y políticas a favor de la lactancia materna, en vista de que cada vez más mujeres elegían no hacerlo. Ahora, como los cigarrillos, los envases de leche de fórmula deben tener una leyenda universal, en mayúscula y negrita:

AVISO IMPORTANTE:

LA LECHE MATERNA ES EL MEJOR

ALIMENTO PARA EL LACTANTE

–¿A qué costo? –insiste Tere–, esas leches les destruyen la pancita.

–Todos los niños las toman.

–Y así les va.

–A mí no me salieron tan mal.

Hoy Vicente tiene: a) un mes de nacido; b) un abrigo nuevo con orejas de oso.

Hoy Tere está nerviosa porque en un rato me voy a la pediatra, y no quiere que perdamos.

–¿Perdamos qué? –después de pasarme por los foros de internet, tiendo a impacientarme con facilidad. Tere culpa a las hormonas. Las mías.

Estamos en el comedor tomando té de hinojo. Al fondo, en el living, están Vicente, su papá y un disco de Miranda!

–¿A qué hora es el turno? –pregunta Tere, pero no le contesto.

Me pierdo en el baile extraño y feliz de los chicos. Vicente hace sonidos que podrían ser risas. O gorgojos de un pajarito. Tengo la sensación de que me estoy quedando afuera de algo. Algo que me importa más que amamantar, y que parece tanto más divertido.

–Tranquila –Tere toca mi mano–, vamos ganando.

La balanza del consultorio dice que Vicente subió lo estricto. En realidad, le faltaron un par de gramos para lo estricto. La pediatra me mira y menea la cabeza, no del todo conforme:

–Ok –le digo–, vamos con la fórmula.

–Ok.

Esa tarde, Tere me llama cuatro veces al celular. A la quinta le contestó.

–¿Yyy? –chilla. Su garganta es un coro de señoritas excitadas.

–Ganamos –miento.

–¡Bien!

CINCO

Desde que arrancó todo esto, mi novio me dice: Tomá nota.

A él también le abruma la mirada reprobatoria de quienes preguntan por la alimentación de Vicente y se decepcionan ante mi respuesta. Secretarías de médicos que hablan de sus nietos, lechoncitos mamones; madres que esperan en consultorios y ya leyeron todas las revistas; la señora del almacén, que no tuvo hijos; las chicas de pilates, que no piensan tener; mi amiga Bárbara, que tiene tres, con problemas de obesidad; el gay de la peluquería, entre otros.

Hubo un momento en que, claramente, el asunto nos había tomado. Aparecía de maneras insólitas. Una noche íbamos en el auto de vuelta a casa, Vicente y yo atrás. Transitábamos por una calle caliente de la noche porteña. Mi novio frenó en una esquina para dejar pasar a una señorita que, segundos después, metió la cabeza por su ventanilla y le susurró al oído, con una voz intensamente masculina:

–Leche.

Y él: Tomá nota.

Nadie podría decir que está bien no darle teta a un bebé, o que darle teta exclusivamente durante seis meses sea un error. Está medicamente

comprobado que la leche materna es el mejor alimento para un niño y que quienes puedan hacerlo deberían. Pero desconocer que no todas las mujeres pueden es profundizar la exclusión en un terreno en el que no tendría que haber ninguna. Conozco al menos diez casos recientes y cercanos de mujeres que no pudieron darle teta exclusiva a sus bebés, o que no pudieron darle una gota. Cuando la excepción a la regla es tan amplia, hay algo que está mal con esa regla.

—¡Qué pena! —me dicen. Y miran al bebé con ánimo redentor.

Cuando mi novio me decía tomá nota, es un temón, yo pensaba que era un temón sólo para nosotros, los dolientes, y que todos los que estaban por fuera lo verían como una banalidad. Sigo pensando lo mismo. Es por eso que estas notas van dedicadas.

Emulando a Virgine Despentés en su *Teoría King Kong* —«escribo desde la fealdad y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas...»—, yo escribo desde el puerperio y para las puerperas; las primerizas; las que dudan por *default*; las que se creen débiles, las que lo son; las que quisieron, pero no alcanzó; las de la pregunta constante ¿por qué nadie me dijo?; las que insisten en «el bien» pese a sus contradicciones y culpas; las que piensan demasiado; las que de madres se ablandaron; las que de madres se obstinaron; las que ya eran obstinadas y blandas de antes; las que odian los foros virtuales y no pueden dejar de mirarlos.

Para todas ellas van mis notas. Y para el tipo que tienen al lado.

Es de noche. Vicente ya se bañó, se puso el pijama, tomó su dosis personal de leche materna y, además, su última mamadera. Después lloró un poco, pero lo calmé con el chupete. Es raro, a veces cuando termina de comer llora. Pienso que quiere más, pero ya tomó suficiente, se lo ve lleno. Los bebés no tienen gula, suele decirme la pediatra. ¿Entonces? Su secretaria, que escucha las conversaciones, me dijo:

—Ese niño tiene hambre vieja.

Me pregunto si el hambre tiene memoria. O edad.

Ahora no llora, pero tampoco duerme. Mira largamente las lámparas de casa, que son unos artefactos plateados, semigalácticos, y me parece que le activan un chip que lo desvela. Ya intenté todo, hasta el soporífero *Baby Mozart*, y no se duerme. Cuando pasa eso, la única solución es

dar una vuelta en el auto, así que eso hacemos. Nos encaminamos hacia la costanera. En la calle se ve poca gente y muchas luces. No hace frío, aunque ya casi es invierno.

Mi novio bosteza. Yo también. El sueño, cómo cuesta.

Alguna vez leí que uno de los trances más traumáticos por los que atraviesa el ser humano es el paso de la vigilia al sueño. Por eso, en la infancia, ese momento está lleno de rituales. Canciones, cuentos, ambientes a media luz, la voz de la mamá y el papá. El paso de un estado al otro no es inmediato, toma un tiempo, es como si cayéramos lentamente en otra dimensión —pienso en lo acertado de la expresión en inglés *fall asleep*—; y para que esa caída sea lo menos brusca posible, especialistas del sueño recomiendan aferrarse a los «objetos de transición».

Vicente me mira. Tiene ojos enormes, ya lo dije. Cuando los fija en mi cara parece un pequeño experto en kinésica. Meto la cabeza en el huevito:

—¿Me quieres?

La pediatra me dijo que no me preocupara, que el vínculo entre madre e hijo no está determinado por la teta. Ya sé, le dije, obvio. Pero no es cierto. No sé nada. También me dijo que lo poco que le doy de leche materna le sirve, porque le paso defensas.

Ese día me acordé de un verso de una canción olvidada. No sé de quién es, no sé cómo suena; igual, suelo repetírselo a Vicente cuando está por dormirse.

—¿Se durmió? —pregunta mi novio, sus ojos agotados en el espejo retrovisor.

—Ya casi.

Cuando llegamos al río, a Vicente se le empiezan a cerrar los ojos, pero no cede. Me agarra el pulgar y lo aprieta.

Me vuelvo a acercar al huevito:

—¿Sabes quién soy? —le digo—, tu objeto de transición.

Y después el verso:

Lo poco que tengo es tuyo, vida mía / y si tuviera mucho, también te lo daría.

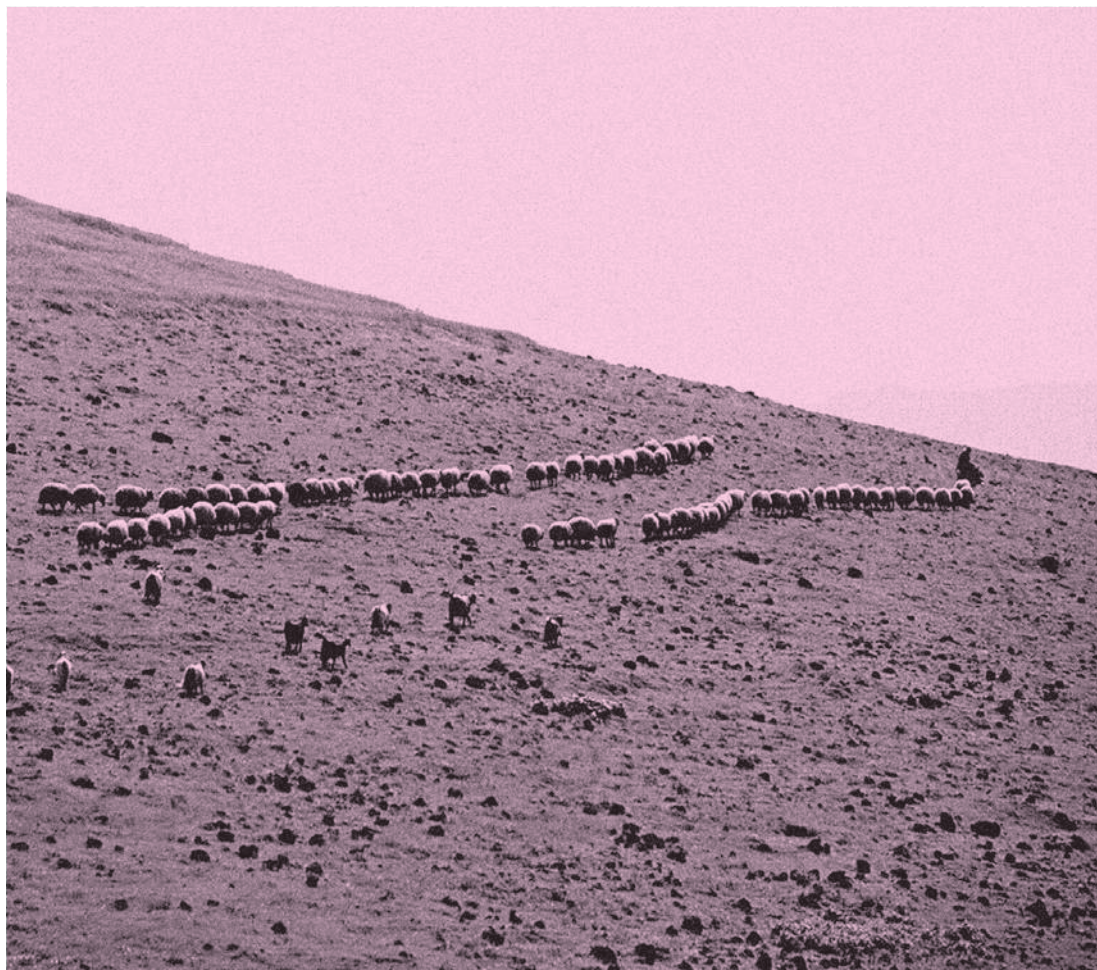
Y otra vez, hasta que se duerme.

—Tomá nota —me decías.

Acá están.

Trashumancia:
El poema que se
escribe caminando

María Sánchez



Estoy intentando terminar un libro. Y digo un libro, como algo impersonal y lejano, porque aunque lo sienta muy mío sigue siendo algo etéreo e incontrolable. Algo que sucede y encaja a la perfección en mi cabeza, pero que aún no termino de domesticar. Buscando anécdotas sobre mi familia, una que se vertebra de hombres de tierra y animales, descubrí en la dedicatoria de la tesis de mi padre que a mi bisabuelo Juan le encantaban las cabras. Tanto que, en unos de los carnavales de los años cincuenta en mi pueblo, le hicieron una coplilla: «Ya se murió “el pez”/ lo enterraron con su madre / ya entregó su alma a Dios / y las cabras a Juan Sánchez».

No podía irse a la cama tranquilo si no las veía volver cada atardecer del campo al corral. El rito de regreso que sucedía siempre después del alimento tenía que cumplirse cada día para poder descansar. De este *ir y venir de los rebaños* sabía como nadie el escritor Azorín, que en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1924, dijo que el genio de España nunca podría comprenderse sin la consideración de centenares y centenares de multitudes transitando una y otra vez por los caminos del país.

Cañadas, cordeles y veredas, un maravilloso sistema arterial para el territorio, son el lugar clave y único de paso para los pastores y sus animales, igual que harían oxígeno y nutrientes en nuestra sangre. Un sistema circulatorio a seguir para la supervivencia, un movimiento incansable siempre en busca del refugio y el alimento. Una manera inigualable de reescribir la travesía una y otra vez sobre la tierra, como el camino que comienza a dibujarse en las células del que escribe o lo intenta, constante, sigiloso, impaciente.

Pero la realidad de hoy dista mucho de aquellos días en los que nuestros caminos eran aorta principal y motivo por el que los antiguos reinos

se disputaban la corona para tener acceso a los pastos del otro. Por mucho que sus pastores y sus ovejas quieran seguir latiendo, la sístole de la trashumancia lleva años debilitándose. Vallas que prohíben el paso al ganado, construcciones en plenas cañadas reales, desconocimiento, ignorancia... Hace mucho que vivimos en una sociedad que se construye de espaldas a la ganadería, que no reconoce el sonido exacto que hacen los cencerros de los machos cabríos guiando a las ovejas, que no enseña a sus niños a valorar el patrimonio medioambiental y cultural que tanto cuidan nuestros pastores y que algunos intentamos defender y sacar a la luz. Para la poeta portuguesa Gabriela Llansol, su jardín, en el que tantas horas pasaba escribiendo, era su narrativa invisible, y así, intento construir una casa, aún frágil, casi fantasma, vergonzosa, donde tienen cabida surcos, animales y semillas, donde la escritura, todavía invisible, persigue quitarle sombra y polvareda al mundo rural y a sus habitantes.

Perros pastores

No son ni las cinco de la mañana cuando el despertador de Felipe Molina comienza a sonar. Da igual que sea sábado, al joven pastor cordobés y biólogo junto a su familia le queda una larga jornada por delante: tienen que mover a todo su rebaño rumbo a los pastos de verano. Antes que él ya recorrieron los caminos cuatro generaciones de pastores. Nos habla despacio, sonrío, prepara a los perros pastores, explica su labor y la importancia de ella a los pocos medios que se presentan en el punto de salida a las afueras de la ciudad.

Para lo que a muchos les supone una anécdota, a otros les va el empeño y la vida. Muchos son los sorprendidos de ver un rebaño cerca de la urbe, cómo algunas ovejas se desvían del

Kilómetros y kilómetros de caminos seculares que aún siguen esperando la voz de los pastores y el paso de sus ovejas, la misma por la que yo voy tarareando una canción de los Smiths y trastocando en mi cabeza, como si fuera un laboratorio, palabras para un poema.

Atravesamos parte de la ciudad bajo la mirada de algún que otro madrugador despistado que sonríe mientras intenta hacerse alguna selfie al paso de las ovejas, porque el rebaño continúa, mantiene siempre el ritmo, no se detiene.

grupo para buscar algún brote que sobrevive en el asfalto. Los edificios y antenas se desperezan, empiezan a perfilarse. Se inicia el calentamiento de los músculos del camino que también, sin saberlo, darán lugar a los de la escritura. La ceremonia está a punto de comenzar.

Las primeras normas escritas sobre la trashumancia datan del reinado de Eurico, en el año 504. Hablamos de una práctica milenaria, ancestral, casi mágica, que además de animales transportaba con sus pastores saberes y palabras. Son muchas las semillas que han adaptado su comportamiento y sus mecanismos tanto de defensa como de supervivencia, al paso de los rebaños.

Estos recursos nunca se podrían comprender aislados, sin un grupo de animales asociados a ellos, como los del trébol subterráneo, que entierra sus propias semillas como si clavara un arpón en la tierra para evitar que sean devoradas por el ganado que pastorea por la zona, o como las del género *Medicago*, que con sus vainas enrolladas se enganchan en el lomo de un animal trashumante para germinar a miles de kilómetros del lugar donde se originaron. De este modo también prosigue la literatura, de multitudes que buscan mediante la palabra la forma más bella de supervivencia.

Pisar sobre pasado

Atravesamos parte de la ciudad bajo la mirada de algún que otro madrugador despistado que sonríe mientras intenta hacerse alguna *selfie* al paso de las ovejas, porque el rebaño continúa, mantiene siempre el ritmo, no se detiene. Entre coches, pitidos y semáforos, pisamos sobre la misma tierra, ahora asfaltada, que recorrieron los antiguos trashumantes por la Cañada Real Soriana, una de las cañadas de La Mesta, reguladas por Alfonso X El Sabio en 1273, y que además coincide con la calzada romana Corduba-Emerita, en uno de sus tramos. Kilómetros y kilómetros

de caminos seculares que aún siguen esperando la voz de los pastores y el paso de sus ovejas, la misma por la que yo voy tarareando una canción de los Smiths y trastocando en mi cabeza, como si fuera un laboratorio, palabras para un poema.

Los hermanos de Caín que cruzan *las llanuras bélicas y páramos de asceta* en un poema de Machado no son los famosos que los niños quieren ser de mayores. Tampoco los verás hablando en público junto a intelectuales, actores o escritores en un mitín político. Aunque hoy muy pocos les den voz, estos hombres de zurroneos y veredas, que tanta vida le han dado a la literatura y con la que tanto tiempo han caminado de la mano, tienen demasiado que contar.

Invisibles, a veces marginados, desempeñan una tarea excepcional. No piden dinero, quieren apoyo y reconocimiento para seguir caminando, para poder *ser rebaño entero*, como escribió Fernando Pessoa jugando a ser pastor (como lo hago yo hoy) bajo el heterónimo de Alberto Caeiro.

Porque este caminar también es una forma de contar, de hacer historia. Con su manejo, crean biodiversidad, mantienen el equilibrio del suelo y le dan tiempo para que pueda regenerarse. También se preservan praderas y pastizales, que a su vez mitigan el cambio climático al constituir importantes sumideros de carbono.

Lejos del mar

«Mil ovejas reparten a diario tres millones de semillas con su paso por las veredas», me cuenta Molina mientras seguimos caminando. Durante unos minutos no puedo quitarme la imagen de intentar adivinar qué plantas llegaron aquí gracias a la incansable marcha de rumiantes que, ajenos a atlas y tratados de botánica, transportaron con su lana futuras generaciones de plantas a la nueva tierra.

El rebaño continúa, nunca espera. Yo sigo quieta, murmurando. No dejan de resonar en mi

El curso de este río de lana poco tiene que ver con el concepto de río como masa de Elias Canetti: no se detiene, no ansía de orillas ni de piel de la que lucirse, no se estira para llegar al mayor número de espectadores, tampoco quiere ser admirado ni temido.

cabeza los versos de la poeta iraní Forugh Farrojad cuando camino junto a los que no suelen ver el mar: «Pongo las verdes espigas de trigo / en mi pecho / y las amamanto».

Del latín *trans*, «de la otra parte», y *humus*, «tierra», la palabra trashumancia es un nombre femenino. A pesar de que son los hombres los que conducen al rebaño, la mano que cuida a todos es la de una mujer. Llevamos cerca de cinco horas caminando y Chari, la madre de Felipe, no ha dejado de estar pendiente ni un momento de que todos tengamos agua fresca durante toda la travesía. Se acerca la hora de sumergir a las ovejas en la campiña andaluza que a esta hora se nos hace infinita, y ella ya ha improvisado un almuerzo con queso, salmorejo, pan y lomo en manteca. En su rostro también se ven nanas, caminos, animales.

Todavía queda mucho por andar. El curso de este río de lana poco tiene que ver con el concepto de río como masa de Elias Canetti: no se detiene, no ansía de orillas ni de piel de la que lucirse, no se estira para llegar al mayor número de espectadores, tampoco quiere ser admirado ni temido.

Los acompañantes nos detenemos aquí, ante el mar de rastrojos de trigo que comienza al terminar la ciudad. Pronto llegarán al final de la travesía, vendrá el refugio y el alimento, el fin de la ceremonia que se para hasta el cambio de estación. Antes de marcharnos miramos al suelo, cuidamos, nombramos. Replico a san Francisco de Asís mientras la manada se aleja, ¿de verdad me toca contar, hablar o escribir ahora a mí? Recopilamos todos los insectos y pájaros con los que nos hemos ido encontrando por el camino. Guardo todo con cuidado en una libreta, celosa, no quiero que me roben las múltiples posibilidades del germen del poema.

Nuestras zapatillas están llenas de polvo, comienzan a desgastarse. Hace muchísima calor pero sonreímos. Alguien silba a una oveja que se extravía, el perro vuelve a correr en círculos para reunir al rebaño, con decisión y sigilo, como debería terminarse un poema, me digo. Recuerdo un libro de apicultura de mi abuelo donde leí que «insistiendo, insistiendo, es como se aprende», mientras las ovejas van haciéndose cada vez más pequeñitas, confundándose con el horizonte. Caminando. Como lo dice la propia palabra trashumancia: siempre, siempre en continuo movimiento. Como la misma vida, como la infinita escritura.

La española María Sánchez es poeta y veterinaria.

Las preguntas de Fernanda Ser mujer en la Bolivia del siglo XXI **Magela Baudoin**

Conocí hace unos días Ciudad Juárez, esa mítica ciudad que arde a la vera del Río Grande. Caminé sus calles, tan distintas a las de El Paso, en el otro lado de la frontera, que son inocuas, acaso demasiado bajas de sal. En Juárez, en cambio, se puede percibir el tufo a sangre en las esquinas, el humor antibalas de la gente, el espíritu chabacano y triste de la ciudad. En cada poste, en cada pared, hay carteles de mujeres desaparecidas: ancianas, jóvenes, niñas, ciegas, albinas, mestizas, discapacitadas... En el papel en el que me detengo se busca a Juliana Urbina Ramos, de 16 años, de ojos azules, no tiene iris en el ojo izquierdo y el derecho padece estrabismo, un lunar le marca el hombro. Va vestida de short de mezclilla azul, tenis rosas marca Jordan y blusa verde, dice el texto; también se busca a Diana Sujei Ortiz, de 12 años, de 1 metro 44 y 45 kilos, tez morena, se desconoce su vestimenta; y a María Luisa Blanco de León, de 52 años, 100 kilos, ojos café y verrugas en el cuello. Me doy cuenta de que el arte novelesco de Bolaño, en 2666, radica en haber sido fiel a la coda policial. Hago una foto del cartel y en ese mismo momento la comparto en Facebook; así me hago presente en la marcha «Ni una menos» que se desarrolla en Bolivia, igual que en varias ciudades de Sudamérica.

Vuelvo a casa, me recibe mi hija Fernanda, que tiene once años (solo uno menos que Diana, la

niña desaparecida de Juárez) y ya cabalga con soltura en las redes sociales. Me pregunta con angustia por qué están matando a las niñas. No dice mujeres sino niñas. Ha leído los posteos de su hermana, de mis amigas y las suyas, el mío. Ha visto la tele. Le explico. Dudo un segundo si darle una verdad pornográfica y didáctica o matizada por mi amor. Me decido por lo primero, para que aprenda a cuidarse, pero cuando veo sus grandes ojos asustados me detengo. Se me atragantan los datos: siete de cada diez mujeres han sufrido algún tipo de violencia en Bolivia; una mujer muere cada tres días por femicidios aquí; de cada diez personas que acuden a los servicios legales contra la violencia, nueve son mujeres...¹La contundencia del horror me desalienta y me mueve automáticamente a pensar en que la situación de las mujeres no solo no ha mejorado lo suficiente sino que incluso ha retrocedido respecto de los avances emancipatorios del siglo XX (voto, educación, salario, conquista del espacio público, etc.). Estamos peor que nunca, mascullo, pero los ojos de Fernanda me siguen interpelando incluso días después, cuando me siento a escribir este artículo. Entonces intento una lectura menos resignada, que es al mismo tiempo obvia. Este rebrote epidémico y feroz de violencia es en realidad un reflejo

1 Los datos son del observatorio de género de la organización boliviana Coordinadora de la Mujer (www.coordinadoradelamujer.org.bo).

Bolivia, el territorio con el más alto porcentaje de población indígena de Sudamérica, conmemoró 34 años continuos de democracia con la primera Asamblea Legislativa paritaria de su historia (49% de mujeres asambleístas)...; al mismo tiempo, sin embargo, es el país latinoamericano con el mayor índice de violencia física contra las mujeres y el segundo, después de Haití, en violencia sexual.

defensivo del machismo, que quiere aplastar con desesperación la desobediencia femenina, su independencia, los espacios conquistados por las mujeres, que son muchos, en su búsqueda intuitiva por la libertad.

Hablo con María Galindo, líder del movimiento feminista Mujeres Creando, uno de los principales colectivos independientes de Bolivia, y ella me ofrece su tesis: «En este momento hay en Bolivia una forma sumergida y subterránea de resistencia, un proceso de despatriarcalización muy importante protagonizado por mujeres, sobre todo de los sectores populares. Es un proceso muy claro de transgresión de los mandatos patriarcales... Las tasas de natalidad han bajado drásticamente en Bolivia, casi evidenciando una huelga reproductiva; el uso del aborto como vía de escape al embarazo, aunque este sea ilegal y de riesgo de vida, es muy frecuente; las mujeres han tomado las calles de nuestro país desplegando un tejido social de subsistencia muy amplio, muy duro, pero que habla de un proceso de emancipación económica importante. La idea del padre proveedor está en crisis. La toma de las instituciones educativas por parte de las mujeres, donde la presencia femenina es mínimo del 50% rompiendo la clásica división sexual del trabajo, es muy evidente también. Estamos ante lo que llamo un proceso de despatriarcalización que viene de facto, desde abajo y de forma masiva, que no es producto necesariamente de un movimiento organizado ni tampoco efecto de leyes en favor de las mujeres».

A María, la imagen de la mujer «víctima, sumisa, muda y doliente» la enoja y tiene razón. Son

los medios y las instituciones que acompañan la «cruenta, cruel y violenta respuesta del macho a este proceso emancipatorio» los que difunden esta idea de mujeres rendidas. Al mismo tiempo, y por increíble que parezca, hay todo un sentido común que no se resigna a la incomodidad de un cuestionamiento constante de las relaciones de jerarquía hombre-mujer: qué más quieren las mujeres, por Dios, de qué se quejan tanto las feministas, dicen, como si el feminismo no fuera en realidad una forma de humanismo (que busca acabar con la supremacía masculina, pero no con los hombres) y no un machismo a la inversa.

Un oxímoron social

El panorama es por lo menos entrópico, con-vengamos. Bolivia, el territorio con el más alto porcentaje de población indígena de Sudamérica, conmemoró el pasado 10 de octubre 34 años continuos de democracia con la primera Asamblea Legislativa paritaria de su historia (49% de mujeres asambleístas), lo que nos convierte en el segundo país en el mundo con mayor participación femenina en una instancia parlamentaria; al mismo tiempo, sin embargo, es el país latinoamericano con el mayor índice de violencia física² contra las mujeres y el segundo, después de Haití, en violencia sexual.

Estamos pues ante un oxímoron social y una realidad que entraña bastante más que su evidente paradoja. Evaluar la situación de la mujer en la sociedad y en la política bolivianas puede ser un ejercicio revelador e interesante, si nos

² Datos de ONU Mujer a 2015.

En este momento hay en Bolivia una forma sumergida y subterránea de resistencia, un proceso de despatriarcalización muy importante protagonizado por mujeres, sobre todo de los sectores populares. (...) Las tasas de natalidad han bajado drásticamente, casi evidenciando una huelga reproductiva.

alejamos de los prejuicios y de las conclusiones gruesas y polarizadas que pregonan que el país es un dechado de virtudes debido exclusivamente al liderazgo de un Presidente indígena³ o, por el contrario, el súmmum del subdesarrollo, enmascarado por un ejercicio retórico, ideológico y vacío producido por ese mismo liderazgo.

Antecedentes

Hago un recuento y aprovecho de contarle a Fernanda. En Bolivia, las mujeres obtuvieron el derecho a la ciudadanía en 1944, cuando se les permitió tener carné de identidad como un experimento que debía ser «evaluado» en sus consecuencias para la familia y la sociedad; entonces la mujer no tenía la prerrogativa de celebrar contratos, salvo el de matrimonio, en el que solo tenía obligaciones; carecía del derecho a la propiedad (lo cual le impedía comprar o disponer de bienes), al trabajo remunerado y, por supuesto, a votar (el sufragio universal rige desde 1952).

En los últimos quince años, especialmente en el último decenio, algunos indicadores han cambiado debido, en parte, a que 34 artículos de la Constitución de 2009 consagran los derechos de las mujeres (50,12% de la población) y, como consecuencia, se han generado reformas legislativas en su beneficio. Así, el analfabetismo (absoluto, no el funcional), que alcanzaba al 70% de la población y afectaba principalmente a las mujeres, prácticamente ha desaparecido;⁴

3 Evo Morales Ayma es el sexagésimo quinto Presidente de Bolivia y el primer indígena en ser elegido por sufragio universal.

4 El 21 de diciembre de 2008, la Unesco declaró a Bolivia un país libre de analfabetismo.

los índices de deserción escolar y los de extrema pobreza que afectan especialmente a las niñas se han reducido,⁵ y los derechos elementales de ciudadanía (acceso al carné de identidad y certificado de nacimiento) se han extendido gratuitamente a las zonas rurales y pobres, en donde hoy el 49% de las tierras han sido tituladas a favor de mujeres, en su mayor parte indígenas y campesinas.

A pesar de todo ello, le explico a Fernanda que nacer mujer y pobre sigue siendo uno de los peores pronósticos de vida. En Bolivia se practican más de 40 mil abortos clandestinos al año; las mujeres no solo ganan menos que los varones (en muchos casos hasta 53% menos) sino que trabajan más que ellos,⁶ y los índices de violencia machista son atterradoramente elevados.

Participación política

Parece evidente que los principales avances alcanzados se verifican en el orden político y de la representación en los distintos niveles y poderes del Estado, lo cual empero no implica todavía una participación del todo efectiva y que haya desaparecido el machismo. El propio Presidente Evo Morales, que ha promovido todo el aparato legal antidiscriminación y antirracismo en el país, ha tenido varios lapsus públicos, en los que ha sorprendido a la audiencia nacional e internacional con expresiones pura y llanamente

5 Entre 2001 y 2013 la asistencia escolar entre los 6 y 9 años creció del 78,3% al 83,45% en mujeres, mientras que entre 2005 y 2012 el porcentaje de población que vivía en la extrema pobreza disminuyó del 38% a un 20%, según datos oficiales.

6 ONU Mujeres, 2016.

Tengo tres hijos, dos mujeres y un varón. Al principio pensé que ellas serían feministas casi naturalmente, que sabrían serlo por su solo contacto con el mundo, por su condición femenina, que no tendería que ocuparme demasiado en ello; y que en cambio, mi trabajo era con él. Después me di cuenta de que no, de que las cosas en términos de libertad y derechos no pueden darse por sentadas.

machistas y sexistas, cuando no homofóbicas.

La líder de Mujeres Creando considera que la participación de las mujeres en los partidos ha sido denigrante y puramente ornamental. «La mayor parte de ese porcentaje de mujeres en el parlamento es solo un número sin consecuencia política –dice–; son mujeres neutralizadas, menospreciadas en el propio partido y en el parlamento, salvo excepciones de mujeres que participan en la cúpula del partido. Lo mismo ocurre en las organizaciones campesinas afines al gobierno.⁷ Se trata entonces de una forma de participación políticamente vacía que además, al convertirse en una apariencia, engaña y confunde. Por eso nosotras denominamos este “avance” cuantitativo del número de mujeres en los niveles de representación política como una mera representación biológica y no ideológica.»

La experta internacional en Planificación Estratégica de ONU Mujeres, Elizabherth Salguero, reconoce que en términos generales existen avances legislativos profundos a favor de las mujeres en el país, que, sin embargo, «no cuentan con la asignación de recursos humanos, técnicos ni presupuestarios suficientes para su implementación».

Y la actual presidenta de la Cámara de Diputados, y militante del partido de gobierno,

Gabriela Montaña comenta algo que también es cierto. Entre 2006 y el 2012, Bolivia escaló desde el puesto 87 hasta el puesto 27 en el ránking mundial de equidad de género. «Estos logros –explica– son fruto de una Asamblea Constituyente revolucionaria en relación con los derechos de las mujeres y también de una legislación y reglamentación posteriores que permiten que en todos los órganos legislativos de los diferentes niveles de gobierno (nacional, departamental, municipal e indígena originario campesino) se garantice la participación paritaria de mujeres. Inclusive en los casos de candidaturas uninominales.»

Violencia institucional

Bolivia registra cerca de 150 femicidios al año, y este número no muestra una tendencia decreciente a pesar de la promulgación de la Ley 348 en 2013, que busca una vida sin violencia para las mujeres. El acceso a la justicia sigue siendo uno de los principales escollos para las mujeres y uno de los lugares donde la violencia institucionalizada y la discriminación de género es más evidente.

Aquí, el que menos tiene un pariente, un amigo, una experiencia propia de abuso y de violencia institucional. «El problema mayor es que el gobierno no ofrece una solución para la justicia. Los niveles de corrupción y venta de sentencias son inmanejables y reflejan los niveles de impunidad que han convertido, por complejidad estructural, al femicidio en un crimen del

⁷ Galindo hace referencia, entre otras, a la Organización de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, «donde las mujeres de la base no son tomadas en cuenta y aquellas que están en las cúpulas están allí como un bastión de defensa fanática del Presidente Evo Morales, inclusive de defensa y justificación de todo su machismo».

Estado. Es decir, los niveles de impunidad son altísimos, por la baja calidad de las investigaciones, la poca o ninguna profesionalidad de la policía y por la parcialización recurrente de la fiscalía con los victimarios», explica la portavoz de Mujeres Creando.

Salguero señala también a la administración de justicia como un problema central en el país, y advierte la necesidad de crear y de dotar de recursos a tribunales especializados conforme manda la ley 348. «Solo existen siete juzgados especiales en la actualidad, ante las más de tres mil denuncias de violencia y alrededor de doce feminicidios que se registran mensualmente, lo cual es claramente insuficiente», dice.

La Presidenta de la Cámara de Diputados reconoce las debilidades del Estado boliviano en esta materia. «Un resultado importante de la nueva legislación es que las mujeres están denunciando más la violencia ejercida en su contra y ya se han condenado a algunos culpables de femicidio, delito que antes no estaba tipificado en nuestro Código Penal. Sin embargo, estas nuevas leyes colisionan todavía con un sistema penal y un sistema de justicia en general que requieren enormes transformaciones, para garantizar a todos los bolivianos, no solo a las mujeres, justicia. Estamos trabajando en ello.»

El espacio doméstico

Es una realidad que en los últimos quince años en Bolivia se han promulgado diversas leyes en nombre de las mujeres: contra la violencia, a favor de sus derechos sexuales y reproductivos, de identidad y género, de cuotas o participación política, entre otras. También que estos cambios formales evidencian una repercusión en el espacio público —sobre todo simbólica— pero que todavía resultan insuficientes en el ámbito privado o doméstico, donde las mujeres seguimos aquejadas por la violencia, la doble y hasta triple jornada, la discriminación salarial, por ese yugo estético que nos autoinflingimos para asfixiarnos de perfección y, también, por ese ejercicio extenuante de travestirnos cuando asistimos al mercado laboral, actuando/vistiendo/pensando como hombres porque esa, creemos, es la manera más efectiva de encajar.

Tengo tres hijos, dos mujeres y un varón. Al principio pensé que ellas serían feministas casi naturalmente, que sabrían serlo por su solo contacto con el mundo, por su condición femenina,

que no tendería que ocuparme demasiado en ello; y que en cambio, mi trabajo era con él. Después me di cuenta de que no, de que las cosas en términos de libertad y derechos no pueden darse por sentadas, de que lo que no se nombra no existe y por tanto hay que seguir denunciando a viva voz aquello que es un horror en el mundo. Fernanda vuelve incómoda uno de estos días del colegio. Me pregunta si soy feminista. Le respondo que sí, aunque es algo que ella ya sabe. «Pero no extrema, ¿verdad?», dice, como temiendo mi respuesta. Yo la miro sorprendida, me río y le respondo que sí, que extrema, naturalmente. Iba a comenzar a explicarle por qué, cuando me interrumpió de nuevo: «Yo también, mamá».

Las primeras sufragistas y activistas de los derechos femeninos buscaban conquistar el espacio público (laboral, político, institucional). Todo parece indicar que hoy es necesario mirar las reivindicaciones desde los espacios íntimos, para desde allí establecer cambios más profundos y que permitan que el aparato legal en curso repercuta efectivamente en el universo concreto de las mujeres, que es donde las prácticas y esquemas culturales siguen reproduciendo los repertorios de violencia/dominación. No es poco.

Magela Baudoin es escritora y periodista. Fundó el programa de Escritura Creativa de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia. Ha publicado *La composición de la sal* y *El sonido de la H*.

1

Diez crónicas escritas por mujeres que no son Leila Guerriero

Eileen Truax



Hace unos días volvió a pasar. Siguiendo links llegué a un texto que hablaba

sobre periodismo y periodistas, y que terminaba enunciando algunos nombres de quienes escriben crónicas y piezas periodísticas cálidas y cercanas a la realidad. El listado incluía a Reportero Veterano Hard Core, Escritor Famoso 1, Escritor Famoso 2, Cronista Reconocido 1, Cronista Reconocido 2, Cronista de Medio Pelo, Cronista-Escritor de Producción Nacional, Cronista-Escritor Glorificado, Cronista Hard Core, Cronista-Editor, y a Leila Guerriero. Entre diez nombres de hombres reconocidos y celebrados solo había un nombre de mujer, y era Leila.

No tendría mayor importancia si no fuera porque ocurre con demasiada frecuencia. En los círculos de aquellos que han dado en llamarse cronistas porque las corrientes periodístico-literarias, más la Fundación Conocida y Querida por Todos (FCQT), más un par de revistas sofis, han otorgado un halo de glamour al término, suelen predominar los nombres masculinos. Los paneles donde son solo hombres los que se reúnen a hablar sobre el sagrado arte de escribir crónica; recuerdo casi con flojera cómo año tras año se realizaba la famosa “mesa de los cronistas” de la Feria Famosísima del Libro (FFL) que siempre tenía a los mismos

individuos sentados hablando de, ya saben, hacer crónica. La lista “Diez libros para periodistas” publicada por una de las revistas sofis, en la que nueve de los títulos sugeridos tenían por autor a un varón. El libro aquel muy bueno, compendio de textos sobre América Latina, cuyo editor se llevó amonestaciones varias porque los trece autores eran hombres. El medio de comunicación centroamericano independiente y chingón cuya alineación estrella está formada solo por hombres. El espacio académico-periodístico virtual de reciente surgimiento en México, en cuyo equipo editorial, nop, tampoco hay mujeres.

Como muchas otras mujeres periodistas-escriptoras-cronistas, he hablado, comentado, pataleado, bromeado y cuestionado a mis colegas sobre el asunto, y las respuestas van desde los honestos *mea culpa* a los que te dicen «claro que incluimos mujeres, ahí están Leila Guerriero y Alma Guillermoprieto» (a quienes adoramos, que no quede duda), para llegar a los mentecatos que te sueltan un «es que no hay mujeres cronistas» (¡grrrrrr, grrrrrr!).

Hay desde luego también un movimiento que incluye y considera a las mujeres. La FCQT suele ofrecer espacios con equilibrio de género, tanto en la conformación de sus equipos como en la formación de grupos para impartir talleres. Bravo. Y algunos medios empiezan a reconocer el trabajo de sus reporteras —muchas de las cuales están ganando premios— y las impulsan y motivan. No es que estemos taaaan mal, pero todavía nos falta, nos falta; hay que seguirle tala-chando para que la máquina siga caminado pa'lante.

Por el rollo anteriormente expuesto, decidí que sería buena idea

compartir diez crónicas escritas por mujeres que no son Leila Guerriero, nomás por el gusto de recordar y recordarnos que, aunque a veces no se vea, a fuerza de zapato y pluma las mujeres sí somos copropietarias del éliseo croniquil. Estas son diez crónicas seleccionadas sin más rigor que mi gusto personal y mi buena memoria. Las comparto en orden alfabético y espero que las disfruten, las comenten, las recomienden, y nos recomienden las suyas.

1. María Fernanda Ampuero, «¿Que no ves que estamos en crisis?» (en *Gatopardo*).
2. Catalina Gayà, «Larga distancia» (en *Gatopardo*).
3. Thelma Gómez Durán, «Vivir de los migrantes» (en *En el camino*).
4. Cecilia González y Eugenia Zicavo, «Un amor eterno de seis días» (en *Anfibia*).
5. Josefina Licitra, «La vaca sagrada» (en *Anfibia*).
6. Vania Pigenoutt, «Los niños del opio en Guerrero» (en *El Universal*).
7. Daniela Rea, «Las voces de todos los muertos» (en *Cosecha Roja*).
8. Alejandra Sánchez Inzunza, «Se busca (muerto) al juez Odilón de Oliveira» (en *Etiqueta Negra*).
9. Magali Tercero, «Culiacán, el lugar equivocado» (en *Letras Libres*).
10. Marcela Turati, «El dormitorio más triste y solo de Ayotzinpapa» (en *Proceso*).

La periodista Eileen Truax es mexicana y vive en California. Su trabajo aparece, entre otros, en Cuadernosdableraya.com.

2

Tres pares de escritoras

María José Navia



Cuesta llegar a los libros a tiempo. Especialmente a los escritos por mujeres. Pienso en el caso de Lucia Berlin, que pasó sin pena ni gloria en su minuto y hoy el mundo se deshace en aplausos por sus cuentos reunidos en *Manual para mujeres de la limpieza*. O en Shirley Jackson y su horror cotidiano que ahora también revive, tanto en ediciones de sus papeles desperdigados como en una nueva biografía. Rescates con buenas intenciones, claro, con las mejores intenciones. Esas que buscan azucarar en algo la mala decisión de olvidarlas. Y si bien se agradece el esfuerzo, poder leerlas aunque sea *después* de sus vidas, qué ganas de poder leer *durante*, de leer *mientras*.

A modo de intento, acá va un Arca de Noé con tres pares de escritoras. Voces para rescatar del diluvio, voces para el ahora. Dos novelistas: una de las mejores novelas que leí el año pasado fue *Umami*, de la escritora mexicana Laia Jufresa. El libro ya circula traducido al inglés, en medio de críticas que resaltan su genialidad, pero en Chile todavía no está. Más que perdida en la traducción, perdida en la distribución. La de Jufresa es una voz distinta que se acerca a la realidad de la pérdida desde un ojo atento a las texturas, a los colores. La muerte de una mujer, el accidente de una niña, la desaparición de una madre; la ausencia explota y se esparce por todos lados. O como explica una de las narradoras, «Desde que Luz

se ahogó, hay algo siempre ahogándose en la casa».

Otra novela brillante de otra mexicana maravillosa es *Conjunto vacío*, de Verónica Gerber. Trata de relaciones que se acaban y de las geometrías imposibles del deseo. El inicio es brillante, con alguien que afirma que su «expediente amoroso es una colección de principios». Y que dice que «cuando te conviertes en un coleccionista de inicios también puedes corroborar, con precisión casi científica, la poca variabilidad que tienen los finales».

Dos cuentistas: Marina Mariasch y Fernanda Trias. La primera, argentina, me deslumbró con una novela brevísima llamada *Matrimonio* y hoy circula su volumen de relatos *Estamos unidas* en el que se exploran las relaciones entre una madre y sus dos hijas, y todos los intentos de familia que se acumulan alrededor. La segunda, uruguaya, acaba de publicar *No soñarás flores* con la editorial chilena Montacerdos. Una colección donde la muerte se queda, como un aroma, en los objetos, en la ropa, en la piel.

Dos poetas: Natalia Litvinova y Valeria Tentoni. Ambas sacaron libros en Chile recientemente. Ambas argentinas con raíces europeas, ambas feroces y despiadadas en su manera de retratar el mundo. En *Antitierra* (Tentoni), conviven imágenes de ciudad y animales. Si el corazón, como dice la hablante, es un «animal que late en otro animal», las relaciones de pareja también se definen en esos términos: «Yo me saco esto que traigo / y te lo dejo / como dejan algunos perros / pájaros muertos en la puerta de sus dueños. // Con inocencia / y con exceso». O, en otro momento: «Le pregunto cuánto me quiere / y le pido que lo cuente en kilos de alfalfa, en

jaulas de / leones, en latas de duraznos en almíbar». La inocencia y el exceso se acompañan en estos poemas en los que el lenguaje desfila como cantando: «Un corazón italiano como el mío / no puede menos que servir / en el plato / mucho más de lo que se puede comer / sin empacharse». Y también: «Hay una foto de Pizarnik en mi cocina, ella mira las hornallas. / Me gusta echarle la culpa / de todo lo que se me quema». En *Siguiente vitalidad* (Litvinova) la memoria es una bestia imposible de domar. Los poemas se acercan al cuerpo con curiosidad y fascinación («Percibo el olor de mi cuerpo / que desea huir pero se queda»); se detienen en rostros apasionados («Yo llevo la sangre de las mujeres / que vuelven a casa enrojecidas / como si ocultaran un amor»); en cuerpos que van mutando y empequeñeciéndose producto de la enfermedad.

De *bonus track* otras dos, para traducir, urgente: Megan Mayhew Bergman con *Birds of a lesser paradise*, y Leanne Shapton, que en una de sus obras más geniales (*Important Artifacts and Personal Property from the Collection of Lenore Doolan and Harold Morris, Including Books, Street Fashion, and Jewelry*) configura la separación de una pareja como el catálogo para una subasta. Y por mucho que Baudrillard diga que los objetos son los más domésticos de los animales, aquí cada uno de ellos muestra los dientes, afilados.

María José Navia es escritora y profesora de literatura.

3

La derrota Clinton**Ana María Stiven**

Hillary Clinton lideraba las encuestas. Su contrincante la enfrentó sin

misericordia, enrostrándole todos los trapos sucios que no lavó en privado ni como Primera Dama ni como secretaria de Estado. El affaire Lewinsky, los correos privados, el drama libio que costó la vida al embajador de su país, toda su historia quedó al descubierto. Y ella usó la misma estrategia: lo acusó de abusador y expuso su sexismo. Ambos candidatos desarrollaron una de las campañas más vulgares de la historia de Estados Unidos. Pero tanto la prensa como el sentir más generalizado le daban la victoria a Hillary. Ser mujer, y con una larga tradición en la acción política, era su fortaleza aparente. Muchas mujeres se esperanzaron con ver por vez primera a una al mando. No todas, por cierto, concordaban con la «Nación Traje-pantalón» que ella representa para sus adherentes, y eso explica la baja votación que obtuvo en algunos grupos femeninos.

¿Por qué no le sirvió esta posición de aparente ventaja? Su derrota, ¿compromete el futuro de las causas políticas para las mujeres? ¿Cómo se ve desde Chile y en un año de reivindicaciones femeninas? El psicoanalista Luigi Zoja sostiene que vivimos en un mundo menos patriarcal, menos patricéntrico, pero aún muy «machocéntrico». Después de un siglo de crítica feminista, la figura del macho continúa siendo el que domina la «manada», atrayendo a muchas mujeres hacia el macho alfa. Hillary Clinton quiso luchar con los líderes de la manada, pero en su territorio y con sus valores.

Se equivocaron quienes creyeron que ella pretendía derrotar el patriarcalismo y el machismo, para lo cual era importante abandonar la postura de esa primera ola feminista que pensaba que solo se accede al poder poniéndose puños de acero. Ni las concepciones de género ni el mismo feminismo sostienen hoy, también por la experiencia histórica, que para avanzar en posiciones de poder las mujeres necesitan abandonar las faldas. La causa es muchísimo mayor que unas pocas formalidades que no pudieron esconder lo obvio. Y que, en cambio, probablemente explican la seducción que ejerció Michelle Bachelet en su primera candidatura a La Moneda: ella no solo manejaba un tanque, también usaba faldas y en su discurso los roles femeninos tradicionales estaban siempre validados.

Los estudios de género, la historia de las mujeres y el feminismo han tenido que hacer un recorrido azaroso y solo muy recientemente han sido validados en el mundo académico. Sus logros se han debido justamente a su doble enfoque: el que enfatiza lo relacional y defiende los derechos femeninos valorando la contribución de la mujer desde los roles sociales que ocupa, y postulando la complementariedad de los sexos, y un segundo enfoque, anclado en una corriente más liberal, individualista, que enfatiza los conceptos abstractos de derechos humanos individuales, extensivos por su naturaleza, y no por el género, a la mujer.

Tanto desde el contexto relacional como del individualista era difícil que una feminista solidarizara con una mujer que protagonizó la imagen en que Bill y Hillary, con su hija Chelsea entre ellos, caminaban abrazados hacia un helicóptero por los jardines de la Casa Blanca después de que el mundo se enterara de la humillación que le había

proferido su marido en el mismo centro del poder. Ella demostró en ese acto y en lo que siguió que era ese poder machista, ante el cual se subyugaba, el que quería ejercer en adelante. Reconociéndole su autoridad, sin ningún guiño hacia las mujeres para las cuales su dignidad y la validación de su contribución desde lo femenino está por encima de la lucha por ser un macho alfa.

En los últimos años hemos visto avances importantes en la visibilización de las desigualdades de género, y en la posición de la mujer en la esfera pública. Sin embargo, unos cuantos puestos más en el Congreso o en los Ministerios no son suficientes para considerar que se ha llegado a puerto. Valgan para ello los datos sobre brechas salariales, sexismo en el trabajo. La lección de la derrota Clinton es que no es solo en el ámbito público que se juega la reivindicación de los derechos de las mujeres. No parece conveniente que la lucha por el control de la manada se dé para ocupar el lugar del macho alfa. Igualdad de género no implica desconocer las diferencias, y convocatorias como #Niunamenos no solo demuestran que el ámbito privado también importa, sino que incitan a superar la hipocresía y el temor a la exposición pública. Contribuyen también a complejizar el concepto de «violencia de género» y su publicidad, incluyendo aspectos psicológicos y formas de maltrato que son igualmente atentados menos socializados contra la dignidad y los derechos de la mujer.

La derrota Clinton demuestra, para la mujer chilena, que tiene sentido defender sus causas buscando espacios que reivindiquen sus roles públicos tanto como los privados. Elegir formas de ejercicio del poder desde formatos masculinos no necesariamente lleva al éxito.

4

No se aguanta**Sol Lauría**

Hay días que pensás que vas a reaccionar.

Cuando bajo un sol de mil incendios cruzas la calle y un tipo se acerca y susurra: «Mami, guarda, mire bien que la va a pasar un auto por encima, la acompaño pa' cuidarla, mami». O cuando salís del supermercado y en el calor gomoso del trópico otro suelta: «Ay, mami, esas bolsas le van a hacer mal a la espaldita; la ayudo, mami». O cuando fumas en la vereda y otro más: «Ay, mami, no fume que la afea». Un día, pensás, lo vas a empujar, a tirarle la bolsa en la cara o a quemarle el cigarrillo en la oreja. Pero no. Aguantás.

Como esos otros días. Tal vez tenías ocho, tal vez diez. Volvías del colegio envuelta en bufandas, blazers, cancanes, y un señor te hizo señas para que te acercaras al fitito rojo y vos te acercaste y lo viste mostrándote el pito macizo. A veces volvías a tu casa en colectivo y entonces estaba ese otro que te apoyaba. Después, en ese primer trabajo donde eras tan seria y tan formal, había un jefe que veías como un buen abuelo, que una de esas mañanas tranquilas te invitó un mate y a acompañarlo a la isla: «Vamos solos un fin de semana sin decirle nada a nadie». Y siguió —sigue— todo lo demás: un superministro interrumpe la entrevista con elogios y te propone una cena, y cuando encontrás la manera más elegante de zafarte llama a tu jefe y tu jefe te dice ay, que lo enloqueciste, que acepta, pues, tonta. El señor de Uber te recoge en un bar y cuando subes: «Mami, me hubiese avisado y me bajaba a tomar una cerveza». El

que te tocó el culo en la cancha. El de Naciones Unidas, esforzado en dar una charla muy progre, propone imaginar un mundo mejor en el que las mujeres sean libres porque asisten puntuales a las convenciones de casarse y parir, pero cuando ellas quieran. Si hasta el más librepensante de América Latina te sale con un qué exageradas, flor de putita o anda a lavar los platos, pero en broma, claro, ay, no se puede hacer ni un chiste, che.

Pensás en reaccionar, pero no. Aguantás porque el señor del fitito puede someterte a algo peor. El jefe puede volver tu rutina imposible. El superministro, no darte nunca más una entrevista. El señor Uber puede salirte con que *contraviniste* los términos y condiciones de la aplicación y que claro, comprenden, pero *contraviniste* los términos y condiciones de la aplicación, lo sentimos tantísimo mucho. Te van a decir que la cancha no es para mujeres, que los hombres son hombres y en esas circunstancias hacen eso, que viajaste sola con una amiga, que te expusiste, que no entendés porque no tenés hijos; que sí, está mal pero es así.

Ese modo inquisidor, vulgar y bajero, es el tono de nuestras vidas ahí afuera, en la calle. De todas: las avispadas y las ingenuas, las chiquititas y las crecidas, las que leen las etiquetas y las del fondo blanco sin mirar, las solas y las mal acompañadas, la Wonder Woman y la Manic Pixie Dream Girls. Todas tenemos en común eso de ofrecemos a veces resignadas a lo parco del día, en silencio y con desesperación.

Y a veces no la contamos. A veces nos prenden fuego, en México o en Guatemala, o nos rocían con ácido, en Colombia, o nos arrancan los ojos, en Chile. A veces

nos drogan, violan y empalan hasta matarnos de dolor. Como a Lucía Pérez, la nena asesinada en Mar del Plata. Ahí reaccionamos. Después del femicidio de Lucía, una marea de activistas organizadas, madres con sus hijos, estudiantes, laburantes, coparon las calles de Buenos Aires porque duele, porque entienden, porque les pasó, porque no se aguanta. Fue en Argentina el miércoles 19 de octubre pero también fue en Ecuador, en Perú, en Panamá, en Chile. Pero pasaron los días y en el país donde empezó esa demostración fenomenal siguieron matando a una mujer por día. Hoy uno de los títulos principales del diario *Clarín* es «Asesinaron de un machetazo en la cabeza a una docente en Santa Fe». Abajo da el detalle: la mató su expareja. A algunos todavía les cuesta nombrar el femicidio. Y, ya sabemos: lo que no se nombra no existe.

Mi abuela Porota, una sabia sin títulos ni academia ni otra aspiración que la dignidad, siempre repite que la indiferencia mata. El #Niunamenos no será la interrupción de esa forma de violencia, pero tal vez sea el reverbero flotando en el aire después de un gran impacto. El inicio de la tarea para arrollar lo que ya no se aguanta.

Sol Lauría es periodista e investigadora del International Center for Journalism/CONNECTAS. Es argentina y vive en Panamá.

Dejen de golpear arnos Carmen Gloria López

Todas las mujeres que conozco han sido alguna vez víctimas de violencia de género o violencia machista: violencia ejercida sobre ellas por el solo hecho de ser mujeres.

El comentario sexual no deseado, suspirado al oído cuando vas en una micro con uniforme de colegio, es tal vez la primera cachetada que todas compartimos. Escuchar a tus compañeros de curso en el colegio, y luego a tus compañeros de trabajo, hablando de mujeres como de objetos de consumo, con ránking de calidad basados solo en su físico —«se la comió, a esa me la zamparía, está para darle duro, con dos piscolas la paso»—, puede ser la segunda bofetada que tenemos en común.

En un momento de descanso, prendes la televisión y en plena tanda comercial te recuerdan que los utensilios limpiadores «son la pareja ideal de las mujeres de hoy», y Lipigas plus que «trae lo último en tecnología para las dueñas de casa, cocineras, familias y mamitas», y en imágenes te muestra que del gas te encargas tú y también de traer el queso del refrigerador, servir los tallarines y poner la mesa. En la radio de la cocina suena un reguetón que dice «vamos a abusar, a agarrarte por el pelo... ronca de santa, es senda putilla». Apagas todo y agarras una revista que te prestaron. En la primera página, cuatro hombres sostienen a una mujer en el piso por la muñeca, y no es la denuncia de una violación en pandilla

sino un aviso de Dolce & Gabbana. En la página siguiente, un hombre asegura las amarras de una mujer anoréxica que él sostiene de bruces sobre un sofá: es para que compres en Sisley. Más allá asoman las piernas de una mujer desde la maleta de un auto: también es un aviso y está dirigido a ti. Si sales a caminar, puedes encontrarte con el afiche de una discoteca que propone «Invítala a bailar pero bien curá» y otro, de ellos mismos, que muestra a una mujer inconsciente tirada sobre el piso; la invitación en este caso es a «que te piquen los minos, no los mosquitos». Y si te subes al metro, en una de esas te topas con la media mina de Tritón, que literalmente es la mitad inferior de un cuerpo femenino que camina ofreciendo galletas. La publicidad en vivo insinúa que nadie podría resistirse a esto: solo unas piernas y un culo, sin cabeza ni boca. ¿La mujer perfecta es una descuartizada?

Todos estos son pequeños golpes, coscorriones en la cabeza de nuestras hijas, de nuestras madres y en la propia. El sometimiento como algo atractivo, la entrega en el hogar como nuestro rol fundamental, la belleza física como nuestro principal valor. Son golpes, empujones en la espalda, también para los hombres cuando estos encasillamientos cargan sus mochilas con más estereotipos y deberes, como el de dominarnos. Muchos hombres sensatos y buenos son atacados desde muy pequeños con esa jerga adolescente que los llama «mamones» o «macabeos» si no parecen «imponerse» a la mujer. ¿Tú no te la comes acaso?, ¿y esa se manda sola?, ¿la dejas callejear todo el día?, ¿no ves que les gusta?

Hace solo treinta años, un aviso anunciaba talleres para aprender a Dominar a Tu Mujer Sin Látigo. Todo tiene que ver con la posesión y el dominio, con trasladar a los códigos de representación de la modernidad —la publicidad entre ellos— esa naturalización de la violencia hacia la mujer que hace que parezca el orden normal de las cosas. Y como parece natural, vamos aguantando bofetadas disfrazadas de comerciales glamorosos, comentarios grotescos en la calle como la ley de la vida; la mantención económica del hogar condicionada al buen comportamiento como dueña de casa, la obligación de volver a cambiarse de ropa si el atuendo fue rechazado por alguien, hasta recibir una bofetada física cuando al marido se le acaban las palabras para seguir discutiendo, o que te saquen los ojos para que nunca mires hacia el lado.

Hace cuatro años, Virutex sacó un aviso que decía *Mi marido trapea el piso conmigo y me encanta*. Algún grupo de creativos, donde seguramente había hombres y mujeres, consideró que era un juego de palabras gracioso. El comercial fue retirado pero algunos creen que el chiste de mal gusto esconde algo de verdad. ¿Por qué no dejan al que las maltrata?, dicen, antes de preguntar por qué hay hombres maltratadores, qué les pasa por la cabeza. No lo deja porque tiene miedo, porque todos estos mensajes nos han ido enseñando subliminalmente que ser femenina es aceptar, perdonar, someterse, saber limpiar, cocinar, estar para los otros en las buenas y en las malas, amarrada de bruces si es necesario para verse sexy y atractiva, sobre todo si no eres el bombón que sale en los comerciales. Porque la violencia del que se supone que te ama produce una reacción distinta a la del extraño. Es difícil de creer, la mente se sumerge en una niebla espesa y anestesiada antes de darse cuenta de lo que está pasando.

Por esa razón las mujeres maltratadas necesitan ayuda para salir de la situación de daño, y en su entorno probablemente no la tengan; al contrario, están bombardeadas por mensajes que refuerzan su baja autoestima, su culpa por algún deber no cumplido o algún derecho de «su hombre» sobre ellas.

Los mismos medios –algunos dirigidos por mujeres– que en octubre se sumaron a la campaña #Niunamenos aceptan avisos publicitarios en sus páginas y en sus tandas comerciales que transforman a la mujer en objeto limpiador o sexual. Porque así funcionan las cosas y es difícil ir a contracorriente para pagar las cuentas a fin de mes, lo sé. Pero es hora de parar. Es hora de llamar la atención, de educar al público y a aquellos que generan los mensajes, es hora de expresar nuestra molestia a los avisadores, de negarse a algunas cosas, y así como lo han hecho en la calle y en las redes mujeres de toda condición, es hora de que lo hagamos también aquellas mujeres que hemos estado en posiciones de poder, porque los objetos se arreglan, se corrigen, se dominan y cuando ya no funcionan como quieres se patean, se golpean, se rompen, se desechan y se tiran a la basura.

Una manera de contrapesar este retrato sesgado con que nos carga la publicidad es representar mejor a la mujer en los espacios sobre los cuales los medios tienen mayor control: sus propios contenidos. Un ejemplo es lo que hicimos en TVN en alianza con Hay Mujeres: intentar aumentar

el número de expertas consultadas en distintos temas noticiosos, usando la base de datos de Hay Mujeres pero también mejorando la disposición de las potenciales entrevistadas a ir a la televisión, un obstáculo importante cuando el entorno exige perfección a las mujeres. Hicimos durante meses un Programa de Entrenamiento para Medios inspirado en uno similar que existe hace años en la BBC, donde capacitamos a expertas en distintas áreas del saber para enfrentar las cámaras y perder el temor a las entrevistas. También invertimos horas educándonos como comunicadores en la manera correcta de tratar temas como la violencia de género y la agenda LGBT. Entendimos que es necesario tomar conciencia de que el lenguaje traspasa modelos culturales, sesgos y prejuicios. En esta misma línea, la revista *Ya de El Mercurio* ha hecho un aporte con la decisión de no usar más Photoshop en las fotografías producidas por la revista y, aun más importante, al diversificar su pauta con historias de mujeres escritoras, científicas, ingenieras, artistas plásticas, empresarias, educadoras, líderes sociales, para ampliar el mundo de la revista femenina tantas veces restringido a actrices, mujeres como excepciones del mundo político o modelos.

No es de tonta grave considerar inaceptable que la mujer sea representada como un objeto, es solo instinto de supervivencia. Ser mujer no puede ser un factor de riesgo para volver sana y salva a tu casa, menos para dormir segura en tu propia cama.

El primer paso ya lo han dado muchas, y consiste en llamar a las cosas por su nombre. Y aquí el nombre es violencia, violencia de género, acoso. Hay que subrayar una y otra vez que no es natural no poder andar tranquila por la calle, pedir a tus amigas que no se traten ellas mismas como objetos, entender que no tiene que funcionar así la industria de la publicidad ni la de los medios.

El Observatorio contra el Acoso Callejero es un gran ejemplo de cómo con persistencia se puede desnaturalizar algo que, para nuestras madres y abuelas, parecía un hecho de la causa. Después viene para todos la tarea de legislar para que el acoso callejero esté penalizado, para que la publicidad sexista sea ilegal, y para que la violencia intrafamiliar tenga un castigo mayor que cualquier otra.

Hasta que dejen de golpearnos.

¿Qué estás leyendo?

María Sonia Cristoff

Escritora argentina

Leo con lupa las columnas de escritores en diarios, todas, o más bien muchas, porque no me tomo el género como algo menor, «eso que los escritores hacemos para ganar dinero cuando bajamos de la torre de marfil», sino como una muy interesante apuesta, una que, por las presiones de tiempo y formato, nos pone contra otras cuerdas. Y así es que ahora tengo entre mis manos un hallazgo, un motivo de celebración: las columnas que Sara Gallardo escribió en la revista *Confirmado* entre 1967 y 1972 y que Lucía de Leone rastreó, también con lupa, para compilarlas en este volumen, *Macaneos*. Vuelvo muchas veces a Sara Gallardo —especialmente a sus cuentos— cuando quiero tomar lecciones de elipsis narrativa. Y sé ya, antes de terminarlo, que a estos *Macaneos* volveré como quien llama a una amiga cómplice para reírse un rato de los acartonamientos del mundo.

Sara Gallardo, *Macaneos. Las columnas de Confirmado*, Buenos Aires, Winograd, 2016



Alejandra Costamagna

Escritora chilena

Hace casi un siglo, cuando la palabra autoficción no circulaba ni por si acaso, hubo un chileno que escribió una novela donde tensionaba al máximo lo biográfico y lo ficticio. Aunque el libro tiene más valor testimonial que literario y está escrito con un estilo engolado y melodramático, resulta delicioso leerlo. Quizás porque el autor y protagonista es Gustavo Balmaceda Valdés, exmarido de Teresa Wilms Montt, sobrino del Presidente Balmaceda, pariente de diputados, políticos, jueces y autoridades económicas, celópata rabioso, oveja negra del clan. En las cuatrocientas y tantas páginas de la novela no deja de hablar del choque entre el conservadurismo de cuna y la sensación permanente de ser excluido por los suyos. Otros dos ejes del libro: la incompreensión familiar desde la infancia y el desastre conyugal. Ambos vinculados por una palabra, fracaso, que se repite hasta el cansancio en la novela y en su vida, y que responde claramente a la visión que el protagonista tiene de sí mismo: «... un ser aislado, perseguido, mal querido de todos».

Una historia puertas adentro, chismosa y resentida de la Historia con mayúsculas.

Gustavo Balmaceda Valdés, *Desde lo alto*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1917



Nona Fernández

Escritora chilena

Todo parte con una tumba sin nombre. El enigma de la muerte de un niño a fines de los años ochenta. Un pequeño *sprinter*, como le llamaban a los favoritos del tío Paul, que muere en el bosque y con cuyo cuerpo se entierra un secreto, una pregunta sin respuesta que es clausurada por una lápida sin nombre ni epitafio. Un misterio más a resolver en ese territorio ominoso de maldad, tontería y locura que fue Colonia Dignidad. Es el punto de partida para esta novela de Lola Larra que, como un DJ, va mezclando materiales de ficción y de archivo con testimonios, declaraciones judiciales y dibujos del *storyboard* del guión que intentó escribir la narradora y protagonista de esta historia. Todo para tratar de armar un puzzle que parece no tener solución. Un laberinto en el que está atrapada la conciencia de toda una generación que convivió de cerca o de lejos con esta locura. ¿Qué hacemos con Colonia Dignidad? ¿Cómo nos hacemos cargo? ¿Tenemos que hacerlo? Con sensibilidad, distancia y humor,



Lola Larra intenta responder estas preguntas y en el intento nos deja este tremendo libro.

Lola Larra, *Sprinters, los niños de Colonia Dignidad*, Santiago, Hueders, 2016

Natalia Cisterna

Profesora de literatura

Norah Lange rememora una niñez en el seno de una familia acomodada; niñez marcada por juegos, alborotos y tiernos recuerdos de una madre que bañaba los cuerpos de las hijas, los envolvía en toallas tibias y les daba leche antes de dormir. La primera vez que leí *Cuadernos de infancia* me generó una sensación extraña: nada parecía conectar ese cúmulo de recuerdos inocentes con su proyecto vanguardista posterior, y sin embargo, a la vez parecía tan conectado con él: de una manera menos visible, esas memorias solo podían ser de Norah Lange. En *Cuadernos de infancia* encontramos un conjunto de eventos dispersos, sin fechas, pero anclados en una temporalidad personal, cuidadosamente labrada: en cada gesto poco usual y acción ilógica, la niña prefigura a la escritora futura. Lange logra hacer de su cotidianidad familiar un espacio estrambótico y creativo; pero, también, un espacio de complicidades femeninas, tan distinto de la

cofradía masculina de la vanguardia bonaerense que ella integrará después. En uno de los pasajes más hermosos del libro, su mejor amiga le dice «Elegiste lo más difícil, lo que yo quisiera ser». Así, en la pequeña Lange no solo se proyecta la vanguardista del futuro, sino también la mujer del futuro, libre de las obligaciones de género. *Cuadernos de infancia* nos confirma que la memoria, más que entregar una imagen fiel de lo que fuimos, esboza lo que creemos que fuimos.



Norah Lange, *Cuadernos de infancia*,

10ª reimpresión, Buenos Aires, Losada, 2008

Cristina Vega

Artista visual y editora

Llegué a este libro sin querer, o más bien queriendo leer sobre el Polo Norte pero sin tener que aguantar la ya latera carga épica del hombre-conquista-polo. La contratapa cuenta cómo Onfray a los diez años, le pregunta a su padre cuál sería el viaje de sus sueños, y que él responde: «El Polo Norte». Así es como Onfray hace realidad el sueño de su padre cuando este cumple ochenta, llevándolo a Baffin, «más allá del círculo polar». Misión cumplida, contratapa.

El relato, más que una bitácora, pone la atención en el frío y el aislamiento, y en una cultura que se está perdiendo entre la televisión, los turistas, el asistencialismo y el consumismo (en un lugar donde, literalmente, no hay lugar para consumir). Sin embargo, los inuit aún intentan mantener sus creencias, y el autor lo deja ver mediante sutiles fragmentos del viaje, respetando la intimidad del pueblo que le permitió ver alguno de sus secretos. La escena de un anciano ofreciéndole la silla al padre de Onfray solo por ser un par de años mayor que él es conmovedora.

El libro es exactamente lo que promete: una estética. Pero es también la forma que tiene el autor de contar parte de su historia y vincularla con una completamente ajena a través de lo mejor que sabe hacer, la filosofía. Uno, simple lector, es el testigo silencioso de una cultura misteriosa y de la unión de un padre con su hijo; personalmente, leí con envidia la aventura de lograr pisar esa tierra congelada. Espero poder llegar, antes de los ochenta, al lugar que señala la estrella polar.



Michel Onfray, *Estética del Polo Norte*,

Madrid, Gallo Nero, 2015

Alia Trabucco

Escritora chilena

El tono reflexivo, poético, apenas melancólico de Bachelard obliga a leer este libro muy lentamente. A alterar el ritmo de lectura para descubrir al fondo de la letra (al fondo de la sombra, de la propia luz) el resplandor de una idea brillante. En la lectura, como en la llama, el tiempo está en vela. Como en todos los libros de Gastón Bachelard, los objetos murmuran sus verdades. «¿Acaso la lámpara no es una mirada?» Un conmovedor ensayo sobre la naturaleza del fuego domesticado, sobre el tiempo y la imaginación nocturna. «La llama nos obliga a imaginar.»



Gastón Bachelard, *La llama de una vela*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2015

María Lucía Miranda

Estudiante del magíster de edición UDP

Me gusta que un libro con un título que se ve pedagógico no intente responder preguntas. Esta es la transcripción de un curso que dictó Simondon en la Universidad de Poitiers en los años 60. Recorre, sin abusar de tecnicismos, la discusión científica, filosófica y moral que se ha sostenido sobre qué tan cerca o lejos estamos los humanos de los animales, desde la Antigüedad hasta las teorías de los siglos XIX y XX. Contrapone distintas perspectivas de naturaleza, instinto, intelecto: palabras sobre las que todos tenemos algo que decir, o sobre las que al menos algunos hemos discutido hasta el cansancio. A un ser humano que se pregunte a menudo qué sucede en el corazón de un animal no humano le recomiendo este libro. Pero aviso: no contiene respuestas. Pienso que es otra invitación a preguntarnos qué es lo que ven los gatos cuando fijan la mirada en una parte del



living y comprobamos, con horror, que ahí no hay nada.

Gilbert Simondon, *Dos lecciones sobre el animal y el hombre*, Buenos Aires, La Cebra, 2008

Andrea Palet

Editora

He estado leyendo mucha literatura latinoamericana y de jóvenes, y los padres y madres ya me salían por las orejas. (Parece queja pero no, solo es ansia de variedad.) Por eso encontrar esta rareza renacentista, editada por una pequeña editorial y librería viñamarina, fue como oler un buen grano de café para limpiar los sentidos y ver todo más transparente. Iommi me habla de Maquiavelo, de Pico della Mirandola, de Poggio Bracciolini, el «perseguidor de manuscritos», y del pintor Lorenzo Lotto como si vivieran a la vuelta de la esquina, ya retirados, ya no siendo lo que han sido, y encuentra en esos espacios a trasmano de la fama unas preocupaciones que refutan la demoledora, terrible sentencia de



Roger Fry acerca de la obra de Lotto en particular: «Interesting but minor». Bueno, ¿y quién no?

Alfonso Iommi, *La orden infeliz. Cuatro ensayos renacentistas*, Viña del Mar, Catálogo, 2015

Mujeres. Todos estos días, además de ordeñarme, he estado pensando en mujeres. Mujeres a las que les brotan cataratas de leche por los pechos y mujeres a las que no. Pienso que si en ese inmenso conjunto se diera la intersección probable de no tener suficiente leche ni suficiente tiempo ni suficiente plata, esa mujer estaría frente a una circunstancia trágica. Desde un lugar alterado, pero cierto, empiezo a ver algunas deficiencias estructurales del sistema.

La cruzada de la leche **Margarita García Robayo**